

A. NIN FRIAS
LA NOVELA
DEL
RENACIMIENTO

U.
564.3
N

864, 3

N

1. Lit. Mag. Essays

I. Lit.

LA NOVELA DEL RENASCIMIENTO

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS POR ESTA CASA

Ensayos de crítica é historia.—Una peseta.

Estudios religiosos.—Una peseta.

El árbol.—Una peseta.

05 22-1
ALBERTO NIN FRÍAS

La novela
del Renacimiento



F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES
VALENCIA

Esta Casa Editorial obtuvo Diploma de Honor y Medalla de Oro en la Exposición Regional de Valencia de 1909 y Gran Premio de Honor en la Internacional de Buenos Aires de 1910.

Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y Comp.^ª—VALENCIA

PREÁMBULO

Todo acto sincero creo tenga el máximo de probabilidades de ser verdadero, y en literatura como en la moral, esto resulta incontrovertible.

La retórica por la retórica va desapareciendo, y si hoy me cabe la honra de esta plática sobre el Renacimiento, la debo á haber sentido su significado en lo más hondo de mi ser. Si el espíritu de cada cual se cultivara con esmero, á mitad de la jornada nos apercibiríamos de que, en realidad, no hacemos otra cosa que pasar por donde anduvo la sociedad humana. Cada existir representa su Edad Media y su Renacer.

Mi vida no fué excepción de la regla. Viví lealmente durante mucho tiempo apegado sólo á la letra del manifiesto. Entrevi parte de mi error, viviendo frente á una naturaleza gloriosa, expansiva y soberbia. Reaccioné entonces de un pasado del que, por comprender lo que significó para el desenvolvimiento de mi espíritu, no me arrepiento. En ese momento de profundo análisis espiritual, vislumbré la solemne y libertadora influencia que tuvieron sobre la mente humana los siglos XV y XVI.

Traté ávidamente de conocer la época más grande del mundo, pero para penetrarla á fondo tuve que rena-

cer, y también, como aquellos jóvenes florentinos, transportándome en alas del estudio, al hervor de su vida y á la inspiración incalculable de sus creaciones geniales.

Los artistas (lo enunció ya uno de los más grandes), á semejanza de los dioses griegos, sólo se revelan unos á otros.

Opino después de mi investigación que esta época debiera constituir una de las bases de toda educación seria.

Italia, en esos tiempos, era sin réplica la maestra del mundo. Por más adelantos de que nos enorgullecamos en el seno de nuestra sociedad, no la hemos sobrepasado todavía. Y si queréis, cansados de uniformidad y medianía intelectual, gozar todavía de lo más exquisito de la vida, venid á tener nuevas de nuestra madre inmortal.

Como los iniciados en los misterios de Isis, me con-
tristece no poder relatar, sino muy imperfectamente, lo que he aprendido en mi viaje intelectual. Si mis narraciones carecen de interés, no culpéis al tema, sino al hierofante que, acaso, aun no sabe oficiar á la perfección sobre el altar de la suma belleza.

LA NOVELA DEL RENACIMIENTO

I

Lo que significaba el arte á la sazón

De Grecia quedaron el atleta y el artista: la belleza psicológica, la sacra belleza del coraje físico y el refinamiento de los sentidos.

El Renacimiento aporta otros dos predicados sociales. El arte deja de servir únicamente á la religión, pone al hombre bien parecido, hábil y afortunado, en el lugar de las deidades mitológicas ó de los personajes de la Biblia.

El campeón de esta edad es el *condottiere* en lo dinámico y el artista en lo metafísico; es hombre que lo mismo maneja el buril que el pincel ó el compás del arquitecto.

Más confiado en su propio vigor, el ser humano reproduce, enriquecidos, los atributos helénicos. La mente se ensancha en los libros, en los edificios, en los grandes organismos sociales y sorprende no ya la acción cercana, sino remota de los dioses.

Por eso se singulariza este periodo de casi dos siglos por un gasto extraordinario de energía mental en favor del arte.

La función artística traslada las visiones del espíritu á términos concretos.

Como antaño la escultura en Grecia, la pintura sobresale entre todas las actividades superiores.

El cerebro innovador tenta palpar el cambio advenido en el mundo, visualizando las ideas, que ya libres de la censura eclesiástica y política, tramonan como una nueva creación.

Los superhombres intelectuales gobiernan y apaciguan á la bestia humana. La sociedad se habitúa á las actitudes del artista: el desinterés, el placer noble, la alegría subjetiva, desprecio por la trivialidad y el crimen.

Para borrar la pesadilla medioeval, siglos de laboriosa gestación, el arte se brinda generosamente y cubre á la península de inmortales beldades, que tan de menos echan los artistas en los países nuevos. Fuerza es destruir toda imagen del mundo anticuado, inapto á los cultos de lo bello que durante veinte décadas forma el ideal supremo. Por él y para él se vive y se lucha. El estilo gótico cae en desuso, se eslabona la arquitectura de entonces con la de Grecia y Roma. Á todo trance, la sociedad huye del claustro y de lo lúgubre. Vida nueva, vivir exuberante, el arte entremezclado á todas las cosas, días alcióneos aparecen, porque se vuelve á considerar á la Naturaleza.

No debe limitarse esta revolución, espiritual, según Burkhardt, tan luego á una renovación de la clásica antigüedad, sino su trabazón con la genialidad del pueblo italiano.

El verbo humano es encarnado en la gloria de la libre Naturaleza. Á causa de la manifestación estética reconstruimos mejor la redención espiritual.

El arte á la sazón era puramente subjetivo, sin ningún elemento social consciente. Lejos nos vemos de la condenación del esfuerzo colectivo con que sueñan algunos teorizadores modernos. Artista vale decir individualidad y no puede ser de otra suerte sin falsear por completo el concepto. Á pesar de ello, estudiado de lejos, el conjunto histórico se pronuncia en todos esos fuertes creadores, que lograron, dentro de la sublime sencillez, los más recónditos secretos del arte.

Un humanismo de fuerza inagotable despuntó en ellos; porque siempre ocurre que siendo muy intensamente personales, reflejamos á la masa. Todo es uno y lo mismo.

Renacimiento é individualismo designan una misma cosa. Resucitada, para convencerlos, los diversos Estados peninsulares y sus infinitas maravillas. Soñad en Venecia y la suntuosidad innarrable de sus hijos. El vivo colorido de sus palacios, decorados por el Tiziano, el Tintoretto ó Pablo Veronese, surge junto al Gran Canal, La Guidecca, San Marcos, reluciente como un tizón encendido.

Florenxia, la Toscana, ningún libro soñado asaz voluminoso para aquilatar sus riquezas artísticas. Es el hogar del genio, si lo hubo ó habrá jamás.

El gusto más depurado, la fuerza más fecunda, una actividad incansable y la profundidad de la idea, diferencian á los admirables toscanos.

«Bellísima y famosísima hija de Roma, Florenxia», la saluda el Dante.

En cada una de las iglesias, los cuadros, las esculturas ó los libros señalan una personalidad robusta.

Desde 1420 á 1540 los arquitectos toscanos levantan palacios como los de Pitti, Rucellai, Strozzi; iglesias cual las de San Lorenzo, Santo Spirito y otras no menos grandiosas.

El anhelo de rodearse de cosas bellas, favorece á los interiores, también otrora fríos y desmantelados. ¡Qué joyas de decoraciones muestran las salas artesonadas! Sus paredes decoradas de frescos monumentales, tapices de inestimable valor, ya sobre los muros ó los embaldosados preciosísimos; aquí y allá una virgen de Lorenzo di Creda ó algún mármol de Donatello, difundiendo por la estancia un rayo sereno de luz espiritual. Y olvidaba la policromía de los Della Robia, arte sedativo donde la vista reposa y se delecta en la fuerza armónica de líneas blancas sobre fondo azul.

El sol magnífico que baña esta ornamentación, se concentra en los patios estilo Brunelleschi, con su algibe de mármol, y allí confinan las magníficas

gradas que conducen á las logias ó á los terrados luminosos. Si el detalle más nimio revela un ingenio superior en la parte arquitectural, ¿qué decir de los otros, de hermosura indescriptible, contruidos sobre espacios escalonados donde el mármol matiza el verdor obscuro del ciprés? semejan sitios encantados.

Horas, días, años de exquisito contento de ánimo podríamos pasar en este recinto, casi confundible con la Urbe perfecta de Platón. Añoran en nosotros, á pesar del deseo de hacer labor puramente didáctica, líneas melódicas de una *canzone* que el Dante elevó á su mística dama:

*Io non la vidi tante volte ancora,
ch'io non trovassi in lei nuova bellezza.*

En Milán, si son menos las sorpresas, encontramos la Cena de Da Vinci, florentino al servicio de Ludovico Sforza; la Pietá de Giovanni, San Ambrosio, el octógono bizantino de San Lorenzo; el Ospedale, y á pocas leguas, la admirable cartuja de Pavía.

Sin el más leve error de apreciación, Walter Pater define el Renacer como un movimiento de variados aspectos que se caracteriza por el amor de las cosas del intelecto y de la imaginación por ellos mismos, juntamente con un anhelo de modalidades más liberales y hermosas en el vivir.

Insistiendo en lo propio, otro comentador genial atribúele grandeza por no haber buscado

resolución de ningún problema social ni preocuparse de ellos, sino haber dejado al hombre desarrollarse libre, bella y naturalmente. De este modo surgieron grandes artistas individuales y personalidades.

Existía en toda parte un febril encendimiento, del cual surgió uno de los mayores indicios del secreto que aun enropa á la vida humana.

La obra de la clásica antigüedad se mostraba cual el símbolo de la majestad. Una inspiración divina anima á los que describen su civilización, en el arte y la literatura.

La sociedad entera considera que una sola cosa perdura, la creación sugestiva del artista.

*Tout passe, l'art robuste
seul à l'éternité.
Le buste survit à la Cité.*



II

Lo que nos dicen algunos cuadros

La mentalidad creadora de los italianos encuentra la belleza en todos los objetos, aun en los más modestos del lar doméstico.

La vida social adquiere una elegancia, una dignidad que solamente ha vestido en los áureos días del imperio romano.

Observad á los renacientes en sus archilujosos trajes, preparados con géneros deslumbrantes, ribeteados de marta cibelina ó armiño; miradlos en sus corazas labradas como joyas; en los cascos relucientes, terminados en grifos, quimeras ó dragones, vomitando fuego devastador.

Contemplad el soberbio retrato del joven gentilhombre atribuido á Rafael.

Se vacila entre la ponderación de la faz voluntariosa, el duro mirar, las cuidadas manos, el tinte de una frescura auroral ó de la veste carmesí, cuyo fulgor mitigan las tonalidades más apagadas del jubón del cuello de pieles. Los pliegues cadenciosos del manto, ejecutados á maravilla, son en ver-

dad *degli habiti antichi* de esta civilización fastuosa. Á su lado la nuestra no cautiva ni conmueve.

Recorred toda la galería de Giorgione; sus discretos patricios venecianos ó sus suaves y delicados adolescentes, con visajes tranquilos, francamente aristocráticos. ¡Cómo seducen la urbanidad de los gestos y la elegancia del atavío! Inmóviles, hablan como Pericles, con los brazos retenidos.

«Vivimos en una época de carácter—nos dicen—, escuchamos á la única maestra capaz de enseñarnos cosa alguna, á la Naturaleza; gozamos noblemente de los sentidos; enaltecemos á los artistas, porque ellos eran los más aptos á transmitir en toda su pureza las imágenes del universo. Si acaso en nombre de una libertad ó moral política mal comprendidas y peor empleadas, fuimos esclavos de déspotas, fué únicamente porque ellos acordaban al ingenio un lugar eminente. Conocimos la infinita paciencia que pone un sello inmortal á toda producción. Amamos la magnificencia que presta á todo acto el relieve de la escultura...»

Giorgio Borbarello ha sido bautizado con razón el *Heraldo del Renacimiento*. Si que lo es, por la intuitiva desenvoltura que aureola por toda la gente de positiva influencia.

Una ráfaga de ansias sublimes sopla por sus telas de jóvenes, siempre seguros de sí mismos, maravillosamente prendados de alegría, esperanzados, ardorosos y entusiastas por el tiempo en que viven. Giorgione ha sabido encalmar para siempre,

como Botticelli, los más sonrientes aspectos del Renacimiento; la exaltación romanesca, su salud tranquila, la esencia misma de esta olimpiada, su atmósfera espiritual, para decirlo todo con una expresión socorrida.

La belleza inexhausta del momento histórico, agiganta su profundidad al aislarlo de la parte política, pues si su arte fué Ariel, el gobierno siguió la férula de Calibán y tiranizó á las masas.

Del lado de los contemplativos se avista la serenidad de las horas. El poder ejecutivo explota su acrecimiento de energía en satisfacer ambiciones de expansión territorial.

El arte, sin embargo, distrae aún de sus crueldades á los peores de los tiranos. Ni su astucia ni su ferocidad les inhibe proteger á las artes.

Á todos se impone el creador de belleza. El régimen, aunque imperfecto, concede al *bel viver* el primer puesto.

Benvenuto Cellini, varias veces asesino, escapa á toda sación penal. El mismo Papa es el encargado de disculparlo, sugiriendo que un hombre de tales condiciones está por encima de las leyes.

Ya antes de Clemente VII, Cosme, su abuelo, el *pater patriae*, había absuelto á Filippo Lippi de una grave falta, el rapto de una religiosa. Á la queja de los parientes de la monja, el gran ciudadano responde con el encierro. Dada el alma ardiente y exaltada del pintor, nada puede detener al enamorado. Fabrica con las sábanas de

su cama una escala y huye para reanudar su aventura.

Por fin, Cosme de Médicis le otorga plena libertad, justificando su noble gesto con estas palabras que nos transmiten su pasión por el arte sublime:

«Que se le deje libre; los hombres de talento son esencias celestiales y no bestias de carga; no es menester encarcelarlos ni violentarlos.» Razón suficiente acompaña á Hipólito Taine cuando atribuye á los italianos de entonces el propósito de conducir la vida como una bella fiesta.

Donde la audacia personal, el *virtu* y el cálculo más sutil consiguen todos los éxitos, pocos escrupulos pesan. Para descansar de los manejos y horrores que abocan en desmedidas ambiciones, recurren los poderosos al gran ilusionador, al mundo armónico delatado por el artista. El remordimiento se diluye como el azúcar en el búcaro cincelado por Cellini.

«Para asir bien el sentimiento particular de este arte exquisito—escribe la más penetrante de las pensadoras modernas—, examinad al mismo tiempo retratos italianos del siglo XVI. ¿Otra época? ¿Sobre todo otra raza? Bien quietos se mantenían en sus marcos esos italianos famosos por su verbosidad, gesticulación y pasiones sin tasa.

»Antes de posar frente al artista, quizá habían apuñalado á alguien ó lo hicieran al salir. En los retratos son de una inmovilidad sorprendente; los ojos apacibles, las manos sin proyectos. Sucede que los

grandes retratistas expresan con sus modelos pasajeros el alma fija de su raza y que hoy el inglés, bajo la fría corrección de las apariencias, está hondamente agitado, mientras el alma italiana, no obstante el medio violento, es de manera notable, tranquila... Sin embargo, existe un retrato del Tiziano en el cual se revela la agitación interior. Es la efigie de un hombre. Él no está allí para siempre, no posee la paz. Recuerda y quiere. Los más bizarros secretos palpitan en las niñas de sus ojos; se trata del cuadro de aquel joven inglés que se ve en Florencia» (1).

Á César Borgia le describen altanera la cara, la mirada de acero, el cuerpo erguido como una barra férrea, dotado de trágica superhombria. El Bronzino lo ha pintado en un pomposo jubón carmesí con aplicaciones de piedras preciosas. Bajo sus hispanísimos rasgos, en los cuales se piensa divisar sangre mora, vive este hombre-sierpe en una estética apostura. Poco molestaremos los manes de este bravo, cuyo puñal no respetó ni al mismo hermano, el atildado duque de Gandía. En los propios brazos del padre hunde el acero toledano en el cuerpo efebo de Perosi, facsímile de Antinoo.

Sin exagerar, semeja la divisa del momento: *gozar ó matar*.

Los que acaban en todo caso por imperar en la

(1) Ver *Foemia* «L'âme des Anglais», pág. 269.

evolución social, son los espíritus constructores. En tanto que á los Borgias, algunos Médicis, los Sforzas y los Aragón de Nápoles y otros de su temperamento apasionadamente sensual y sanguíneo, se les resucita para promover la indignación, resplandecen con destellos siempre nuevos Lorenzo de Médicis, Juliano de Médicis, León X, Julio II, Miguel Ángel, Rafael Savonarola, Leonardo da Vinci, Pico della Mirándola, Policiano, Pulci, Botticelli, Correggio, Federico de Urbino, Leonardo Aretino, Maquiavelo, Alberti, Eneas Silvio Piccolomini y otros, cuya sola enumeración necesitaría un infolio.

Detengámonos ante los mejores hijos del neopaganismo, frente á los que pensaron más personalmente. Los movía la religión de la belleza y un respeto, casi supersticioso, por la jerarquía de los talentos.

Adoptado el lenguaje divino del Dante, al mencionar á Tomás de Aquinas podría invocarse de ellos quiénes «en la carne compenetraron más la naturaleza angélica y su ministerio».

Mirado de lejos, el Renacer aparece como un gigante adolescentuario. Al traspasar el umbral veremos animarse *dolcissimo salutare*, para servirnos de mentor, aquel mozo culto amigo de Giorgio Castelfranco.

Es hermoso, más hermoso que todos los Narcisos, por lo viril del continente y el señorío del robusto cuerpo.

Glabro, ancha la frente ambarina, los ojos serenos, llenas las mejillas y sombreadas por una abundosa cabellera que cae graciosamente sobre el cuello, se adelanta hacia nosotros en su veste violácea.

Pertenece, se adivina de inmediato, á esa sociedad veneciana, esencialmente aristocrática, que el Tiziano inmortalizará más tarde en sus magníficas telas. He aquí la altivez de la persona que, á fuer de bella, disfruta de todos los privilegios del patriado y de una mente clara. Ha cuajado su ideal este mancebo garbo, lo que se lee en la emoción espiritual y se desprende de su *noncuranza* y la señoril donosura de la *pose*.

Este cuadro hermosea la realidad vivida, resucita el trabajo interno, sutil y múltiple; equivale á una biografía; está tomado cuando el joven había profundizado la sabiduría de su inocencia.

Aduna el análisis anatómico de la escuela en boga á la síntesis avasalladora de Rodin. Visión pascual, el existir está más influido aún por el ambiente de elegante epicureísmo que por las torturas de la sensibilidad moderna. Desconoce la evanescencia de la belleza, crepúsculo de la hora perfecta, la complicación angustiosa de ideas opuestas y criterios éticos en pugna perpetua. Sabe de la vida el instante adorable del refinamiento espiritual. El retratado respira la hermosura irónica de la victoria de su patria, como sus otros camaradas por bosquejear aquí. Aun el cuerpo humano en su

frucción, es tenido por la más preciada ofrenda al Estado. El cuadro aludido, el más seductor de los de la época, luce todas las cualidades que eternizarán el encanto del Renacimiento.

Ese busto representa el despertamiento de la juventud después de los fatigosos sueños de una edad caduca.

Conozco entre las maravillas de Rodin, una estatua de adolescente que corresponde á esta pintura por su simbolismo. Es *La edad de bronce*, ático duplicado de ese mohín ascensional ejecutado por el hombre, toda vez que vitorea la intuición sobre el prejuicio secular.

Florenia y Venecia alcanzan la una el cetro del arte, la otra el del comercio; en el mundo no tienen rivales. Han recibido dadivosamente, con el imperio de la inteligencia, la virtualidad del físico.

Los habitantes de esas ciudades afortunadas, galardonan esa poesía íntima que inspira y sostiene á toda sociedad muy civilizada.

Este doncel de la lengua cabellera undosa, para distinguirlo una vez de todas, aparenta haber reunido en un haz la fruición de la vida quatuorcentesca; encantadora, vibrante y poderosamente creativa.

Á Dios se le humaniza. Penetra la razón que el misterio del vivir involucra todos los devenires que nos acerquen cada vez más á la omnipotencia. Hase realizado el pensamiento de Cristo: buscad dentro del reino de los cielos. Ya no zozobran las

apariencias engañosas: Elohin está más vecino á nos que lo que hasta la sazón ha dejado entrever el sacerdocio mediador. Ese es el descubrimiento inicial que agita á todos y les selecciona entre los representantes de la Evolución histórica.

Siempre que esa verdad ha sido escuchada ha florecido un notable movimiento artístico é intelectual.

III

La época: cómo se vivía de prisa
y estéticamente

Era en 14... cuando el Renacimiento daba sus más preciados frutos. La sociedad había desollado para siempre la fuente de Juvencia. El arte y el pensamiento, tanto tiempo comprimidos, rompían los férreos moldes. Los dioses que se creían perdidos, resucitaban más lozanos. Se sucedían sin cesar las justas, fiestas, triunfos y cortejos. Boticelli garzoneaba sus veinticinco años; Ghirlandajo frisaba veinte, y treinta y cuatro el Verocchio. Donde tan ardorosa juventud sentaba sus reales, fingíanse visiones de un mundo arrobador. La risueña y magnífica mocedad pontifica este amanecer. Sobresale el varón hermoso, espléndidamente modelado, voluntarioso, levantisco, capaz de las mayores pasiones y de la placidez más poética. Á juzgar por los pintores, el vestirse constituye un deber de los que más preocupan á estos enamorados de la vida terrenal. La plétora de artistas señala hasta el exceso la intensidad de la vida bajo las formas del

esplendor esteta. El italiano sentía, en verdad, ser ciudadano del país más avanzado de la tierra. Todos los cuadros de entonces ofrecen crónicas en colores del desnudo personalísimo vivir. ¡Franca y vigorosamente se pronuncian, progresando en el descifrar de las cosas temporales y eternas!

Cuéntase de Luca Signorelli—refiere Vassari—que perdió un hijo en Cortona, rapaz, de singular belleza fisionómica y apuesto de cuerpo, que él amaba tiernamente. En su dolor, el padre desnudó al hijo, y con una constancia de alma extraordinaria, sin pronunciar una queja ni verter una lágrima, pintó el retrato de su hijo finado para poder, mediante la labor de su propia mano, contemplar lo que Natura le había dado y arrebatado una adversa fortuna. Con almas tan apasionadas y soberanas deleita remontarnos á las causas de la majestad itálica. *L'uomo universale* sólo podía aparecer entre estas atildadas personalidades.

Ampliando una inscripción esculpida al pie de un reloj de sol, en un yerto jardín de Venecia, podía resumirse la perfectibilidad de estos hombres extraordinarios:

«Tan sólo vivían cuanto las horas de la triunfal conquista de un alma más serena, más noble, más luminosa, más desbordante de amor por todo lo ascendente.»

Jóvenes agraciados, hermosas doncellas, matronas dignísimas, ilustres senadores, comerciantes, grandes señores, papas egregios, cardenales,

embajadores, doges, á todos les han inmortalizado en la hora del éxito. Aun en los cuadros bíblicos, la irresistible dicha asoma al punto: el Cristo, la Virgen, San Juan, los apóstoles, los mártires, han pasado por la Hélada, grácil y sonriente. Allí perdieron todo sentir ascético. La canción compuesta por Lorenzo el Magnífico para el triunfo de Baco y Ariadna, anuncian tersamente el ansia de cosas nuevas, la busca del placer y el esplendor del lujo:

*¡Quanto é bella giovinezza,
che si fugge tuttavia;
chi vuol esser liete, sia:
di doman non c'è certezza!* (1)

Se vivía de prisa como si el momento siguiente suspendiese el sensorio de la belleza dinámica. Los personajes representativos mueren jóvenes. Pongo por ejemplo, la muy alabada Giovanna degli Albizzi y Simonetta dei Cattanei: Juliano de Médicis y Lorenzo Toruabuoni. Todos ellos fueron símbolos vivientes. La raza vuelve á beber el sol vernal. No gusta maridarse la belleza sino con formas juveniles.

Lorenzo Toruabuoni y su esposa, la preciosa Vanna, tejen, con su existir cercenado, la perfecta

(1)

¡Cuán hermosa la juventud
que presto huye!
Quien quiera ser feliz, séalo ahora:
del mañana no hay certeza.

imagen de la exaltación efímera. Lorenzo de Médicis dispone su casamiento y lo hace celebrar en Santa María de las Flores. La novia llega al *duomo*, escoltada por quinientas doncellas pertenecientes á las más ilustres familias y vestidas de blanco. El acontecimiento se desarrolla entre los portales bronceos de Ghiberti, los bajorrelieves del Giotto y la cúpula de Brunelleschi. Los testigos oculares de tanta pompa se llaman Boticelli, Verocchio, Ghirlandajo, Niccolo Florentino. Casi al día siguiente estos artistas se preparan á perpetuar tanto fausto, sabedores de que este vertiginoso vivir no puede durar, sino extinguirse, mientras la cosa de arte se eterniza.

El radioso Sandro, con sus pronunciadas facciones seductoras, se instala en la villa, donde los jovencuelos casados han ido á deslizar la luna de miel. Decora los muros de ese palacio de Eros. En bronce modela Niccolo Florentino, presuroso, los rasgos del radiante casal. Ghirlandajo traslada la bella Giovanna á una tela conocida mucho tiempo por la Laura de Petrarca. Más tarde la pinta en el cortejo del fresco de la Visitación, en Santa María Novella: *Castitas, Pulchritudo, Amor*.

No bien han finalizado su obra laudatoria estos artistas, cuando la muerte, visitante tan frecuente durante el Renacer, arrebató á la patricia de su amativo ensueño. Tenía veintidós años. Fuese á reunir con sus hermanas en lo bello. ¡Cuántas jóvenes desaparecidas del mundo por una fatalidad in-

explicable, cuando todo lo embellecían y renovaban con la luz de sus pupilas y la esbeltez armónica de sus talles! Poliziano, el pulido cronista, en su epitafio, describe admirablemente la impresión que produjo á su alrededor.

«Nobleza de sangre, hermosura, hijos, riquezas, amor conyugal, inteligencia, distinción en las maneras y en el alma, todas esas cosas me han hecho feliz, mas los destinos cruentos, para tornar mi muerte más amarga, me los han mostrado más bien que dado...»

De ahí en adelante vivirá con Francesca da Rimini, Margarita de Francia, Blanca de Castilla, Heloísa, María Estuardo, Jane Gray, Caterina Sforza, Simonetta Vespucci, Lucrezia Tornabuoni y Tullia Aragan, como aparición inmarcesible de lo eterno femenino.

El atrayente Lorenzo figura en un fresco, donde está recibiendo los dones de las musas. En su calidad de fino humanista y esteta, colecciona medallas para el Magnífico.

Estamos en 1497. La escena ha cambiado. Los Médicis han sido desterrados. Después del reinado de la beffa y el ingenio más pristino, Savonarola capitanea el voluble pueblo á la reacción puritánica. El árbitro del estoicismo moral y el venerable Bernardo del Nero se ven envueltos en una conspiración para entregar Florencia á sus risueños príncipes mercantes. Tornabuoni es sometido á la tortura. La extrema juventud del acusado, su

ferviente admiración por las obras de arte, su gran hidalguía, confunden á sus jefes. Se busca salvarle. Los *ocho de la paz* se recusan; el Consejo de los *ochenta* pide una asamblea consultiva. Durante nueve horas, la suerte de los cinco partidarios de los Médicis es discutida apasionadamente por ciento ochenta jueces. Decide Savonarola su muerte. Lorenzo es el último en ser ejecutado. ¡Cómo conmueven sus rozagantes veintinueve años, su orgullo de sabio! Nada le había sido negado de lo más voluptuoso y de lo más horrible. Conoció el amor entre las flores y los cipreses, sobre las *loggia* de casi etéreas columnitas. Sandro Boticelli refleja su amoroso entendimiento en célebres frescos. Vino al mundo como triunfador, vivió cual augustal junto á Lorenzo y Juliano, en la intimidad de los más notables. Vertiginosamente consume su fulgor la antorcha gloriosa... el hacha nubla la retina sobre la cual se formaron las imágenes más dignas de ser vistas. Ayer no más, pudo incorporarse como un joven dios y desafiar al mundo; hoy pasa en una camilla semejante al postrer criminal, apenas amortajada la garrida forma. Aun sus enemigos más encarnizados se enternecen; no quieren acreditar sus ojos: ¿es ello creíble? ¿Adonis transmutado en Sebastián? Húmedos los ojos, Luca Landucci relata la pavorosa efeméride en su dietario. Espió el pasar del desdichado joven...

Así ocurre con casi todos ellos, en esta época emotiva: lo fugaz de la dicha, la sinrazón de la

vida, lo baladí del esfuerzo humano. Con la muerte empezó para ellos la albura de una vida nueva. *La luz más bella cuanto más tardía.*

Tiempo grande alguno se aquieta en la tumba de los que le ilustraron. Pacta con un ser cualquiera y le inmortaliza...

Diez años antes de este idilio dramático, llegó á la ciudad un joven mercader florentino, Marco Vespucci, primo del Américo, cuyo nombre debía designar un continente. Traía consigo á su esposa, Simonetta dei Cattanei. Desde ese día pudo decirse que el Renacimiento halló su reina. Había nacido en Porto Venere, cerca de Génova, de linaje de grandes navegadores y comerciantes. La adolescencia culminaba en su cuerpo de ninfa. Fué en el firmamento de Florencia la estrella de «la Superba».

Al conocerla, Lorenzo y Juliano permanecieron deslumbrados. Durante siete años, ella es el ornamento obligado de todas las festividades de la corte filosófica y epicúrea del Magnífico. Simonetta divulga por el ámbito principesco su gracia comunicativa, su optimismo y su idealidad irresistibles. Impera en el medio platónico de las villas de Fiesole, Cafaggiolo, Carreggi y el palacio de la Vía Larga. El apasionamiento de los dos hermanos es puramente artístico. Las pupilas azules, la boca de un dibujo acabado, la frente de un extraordinario ángulo facial, la nariz de fino corte, sus trenzas abundantes, reflejan á la diosa del

mar que había venido á habitar entre los florentinos.

No privaba en ella tan sólo la hermosura, pues sus maneras eran armónicas y cautivaban.

Poliziano la pinta de esta suerte:

«...todos los de su intimidad ó á quienes dispensa la menor atención, se juzgan únicos en sus afectos. Sin embargo, mujer alguna es celosa de ella; todas la alaban sin restricción. Parece extraordinario que tantos puedan amarla sin perder la cabeza ni suscitar recelos...»

En su honor, y á guisa de entrada triunfal en la corte, es celebrada la *giostra* de 1475. Coincide con el aniversario de su bautismo, el 28 de Enero.

Á Boticelli se le ha encargado el estandarte llevado por el amante Juliano. El idealismo consumado del maestro había representado á Simonetta, remedando á Palas, con casco, lanza y la testa desgrefñada de la Medusa. La altiva diosa posa sus pies sobre el ramaje ardiente. Cerca suyo, Cupido aparece prisionero: rotas sus flechas, vacío el carcaj. En la parte superior lucía el sol; hacia él miraba la diosa. Era su divisa: *La sans pareille.*

Tiene lugar el torneo sobre la plaza de Santa Croce. Juliano de Médicis entra en la lid con su soberbio pendón; lo brinda á la *favoritá* de los florentinos y vence fácilmente. Le corona luego Simonetta entre los aplausos ensordecedores de un pueblo frenético por los bellos espectáculos. *Se vive en la edad de oro.*

En un tema fragmentario, Sandro ha reanudado ese momento lánguido y embriagador: Marte á los pies de Venus ó el areopagita vencido por Friné. Juliano declina sus armas, Eros le ha subyugado por completo.

El poderoso idealizador ha espejado la apoteosis de su modelo en *La Primavera*. He ahí la oda pictórica de su pasión y admiración. Ella cavó tan hondo surco en su alma que, al expirar, treinta y cuatro años después de Simonetta, pidió ser enterrado á sus pies. Fiel había permanecido á su juvenil ensueño.

En la umbría silente de los naranjos dan sus frutos de oro, ante una especie de nicho votivo, está de pie Madona Primavera, ejerciendo incontestado imperio sobre las almas en su redor. Sobre la cerviz, vuela Eros asestando sus flechas á Mercurio, que tranquilo disipa la tormenta, pronta á fundirse sobre este novel jardín de las Hespérides. Entre Simonetta y Juliano median tres gracias adorables, tan agramente enlazadas. La vaporosa vestimenta que recalca sus formas, sugiere la ilusión de atisbárseles al través de un mágico cristal. Al otro extremo, tres figuras menos donosas, visiones de pesadilla, ocupan el resto del pensil. Priva en estas tres mujeres no sé qué dejo de locura. Una de ellas avanza en su peplo floreal como anticipando la prometida de Hamlet, esmaltando de florecillas el prado por donde la suprema ninfa pasará.

Una crítica zahorí, ultimando toda la intención del pintor, acaso leyera así la fantástica alegoría. Á la reina incoronada de Florencia se la ama serena ó locamente. Apasionarse de ella fuera sentir el cosquilleo de la fragante primavera, euritmica y florida fiesta del sol, concierto de abejas y mariposas, nupcias eleusianas en las cuales Endymión vuelve á encontrarse con Diana, Persephona despierta y cesa el canto flebil por Adonis.

Estaba entonces el mundo civilizado en su vuelo primaveril. Á la vida real sólo se la ha tenido por tal cuando contorneaba la placidez de un cuento de hadas. Inspirándose en Boccaccio, la sociedad superior abandona el valle de lágrimas, va á los vergeles perfumados, á los lares de amplias salas y balcones sombreados por velarios frutales.

Los versos del Magnífico, *la mente che non erra*, comentan acabadamente la escena incomparable:

Bien venido sea Mayo,
con su rústico pendón;
bien venida la primavera,
que alegra todo corazón.
Y vosotros, jóvenes, en tropel,
con vuestras compañeras,
vosotras que con rosas y flores
adornáis en Mayo vuestra beldad,
venid bajo la sombra fresca
de tiernos árboles verdes;
las fiestas, los pájaros
trinan en Mayo su contento;
que la joven bella

no se avergüenza de su belleza.

La juventud no renace como la hierba;
que ninguna sea altiva,
en Mayo, mes de las flores.

El arte, como el amor, exigen un cultor apasionado: la serenidad dentro de la embriaguez; la paz en el deslumbramiento.

Breve, el reinado de las alas. Un año después, «la divina» regresa al mar (1) nacarado de donde nació á semejanza de Aphrodita. En el fatídico mes de Abril le ataca una fiebre intermitente. Sin pérdida de tiempo es conducida al borde del mar, á Piombino, donde el pensoso amigo ya se había curado de una herida. Los Vespucci se congregan y agitan en torno de la enferma. Lo infinito del mar, sugerente del vacío humano, no era, por cierto, el mejor consejero de un alma habituada á la más cortesana adulación. Urgentes asuntos de Estado impedían á los Médicis venir á su lado. Mensajeros continuos corrían entre las playas y Florencia y Pisa para calmar los presentimientos funestos de los dos príncipes. Por las cartas del cuñado, Piero Vespucci, puede seguirse, hora por hora, el estado de la diosa encarnada. Entre todos ellos, Simonetta era, en verdad, un rayo estelar. El 26 de Abril la gran campana de la Matriz redobla por el alma más bella que reinó en la metrópoli

(1) Alusión al cuadro de Boticelli: *El nacimiento de Venus*.

toscana: *Miserere ei Domine; requiem eternam dona, Domine.*

La tisis la ha consumido. Recibe el Magnífico la nueva en Pisa por intermedio de uno de sus cortesanos más adictos:

«El alma bendita de Simonetta ha ido al Paraíso. En verdad es dable decir haya tenido un doble triunfo en la muerte, pues á buen seguro, si la hubieses visto, la encontrarías tan linda y graciosa como en vida. *Requiescat in pace.*»

Lorenzo, el estadista filósofo, á pesar de su frialdad y cierta dureza, trasluce al evocarle toda la poesía y grandeza de su ser:

«Como hemos dicho, murió en nuestra ciudad cierta señora, conmoviendo á todos. ¿Quién no la compadeció? No es ello de maravillarse, vista la terrenal belleza y el mohín gentil que la adornaba; ante ella, á nadie bajo el cielo ha podido parangonársele. Entre sus otras cualidades excelentes se contaba su porte, tan suave y atrayente, que quien departía con ella como amigo, creía haber caído enamorado de su persona. Aun las señoras y jóvenes de su edad no sólo no envidiaban su preeminencia, sino que ni le disputaban su sitio, la apoyaban y se complacían en su hermosura... Si sus dotes físicas la habían encariñado á la humanidad, el pesar por su muerte, por la flor de su juventud y por la belleza que aun resplandeció más que en vida, levantó en el corazón el ardor de un gran

deseo... En verdad cumpliése en ella lo cantado por nuestro Petrarca:

»La muerte se mostró hermosa en su rostro bello.»

La desaparición de Simonetta es considerada una calamidad pública; el círculo de los agoreros presagios semeja ensancharse... La edad de oro pierde su centro.

Toda Florencia sigue el ataúd donde duerme, la faz lívida, coronadas de mirtos sus trenzas opulentas. Á su paso llora la muchedumbre.

Juliano, frenético de dolor, Lorenzo, Tornabuoni, Pazzi, Soderano, el anciano Cattáneo, acompañan á la idolatrada... Una gran luz se ha extinguido. La ninfa se ha recogido para siempre en el bosque sagrado... vive únicamente en los corazones de Juliano y Sandro...

Dos años más tarde, casi el mismo día del fúnebre aniversario, el aciago 26 de Abril de 1478, Juliano cae asesinado por secuaces de los Pazzi en el coro de Santa María de las Flores. Ha ido á reunirse con la primavera inmortal.

Por una ironía insondable deléitase Natura en anonadar las formas más perfectas. La gentil pareja no pudo esquivar su obra perpetua de aniquilamiento. ¿Podría sobrevivir el príncipe á su Egeira? Su privilegio pertenecía á la clase de los dones infinitos que sólo se poseen plenamente más allá de la muerte. Así parece quererlo el genio trascendente de las cosas.

¿No había aureolado su vida el símbolo vivo del Renacimiento su sacerdotisa alada, y en los pliegues de su peplo, movedizo como las ondas multiformes, aportado la libertad en la vida, la inspiración y la fantasía idealizante? Individualidad expansiva, enseñó á todos que sabe vivir únicamente quien irradia con la belleza ingenua, desnuda y generosa del alma, goces poderosos é independientes.

La gran moral natural es ir de frente y derecho á la fuente de los hechos, recoger los sutiles impulsos que, rompiendo con prejuicios, falsedades y astucias, ponen á cubierto la inmaculada majestad del mundo psíquico más allá de la ética moderna y pretérita.

La Vespucci fué una gloriosa instintiva: por ello se llamó hasta la demencia y sugirió obras geniales...

El simpático Médicis había caído en la red de una Circe espiritualizada. ¿Cómo libertarse del encantado círculo sino por la muerte?

...Otro efecto produce en el ánimo de Lorenzo: los graves deberes del cargo han endurecido su corazón. El dolor le inflama el numen poético. Dentro de las cuatro paredes de un salón no le cabe expresarse, sale al campo. La calma nocturnal de la primavera sublimiza el ambiente. Para pensar en tan risueña personalidad, clava la vista en el éter luminoso y parpadeante.

«Ve—le dice entusiasmado al caro amigo que

le acompaña—, esa estrella es el alma de aquella deliciosa mujer. No debiera sorprendernos este espectáculo: el ánimo de la dama gentil se ha incorporado á ese luminar ó se ha unido á él para brillar conjuntamente.»

En este estado sensitivo compone el célebre soneto:

¡Oh lúcida estrella que con claror trascendente
Apagas la luz de todas las estrellas vanas!
¿Por qué rutilas donde servir no puedes?
¿Por qué aun pretendes batallar con Febo?

Embebidos en esta fiesta del amor y del arte, hemos olvidado á una egregia mujer, Lucrecia Tornabuoni, madre de Lorenzo, nuera de Cosme el Grande y abuela de León X y Clemente VII. Como una providencia, ella tiene en su mano los hilos del soberbio tapiz. Muy jovencita se casó con Pedro el Gotoso, hombre enfermo, astuto, sin ninguno de los rasgos generosos que hacen perdonar los defectos. Durante diez y seis años es regente de la República ducal. Su esposo reina, pero no gobierna. Al morir Pedro, los jefes de la ciudad deciden conservar *el capo della Repubblica* en la familia Médicis, por el hecho de que ella tutela á sus dos hijos. El viejo Cosme la llamaba el hombre de la familia.

Y con todo, apenas parece salir de su rol materno y de esposa.

No divide ni deslumbra para mantener su auto-

ridad. En sus horas de ocio ha puesto en verso la historia sagrada.

Elige con tacto verdaderamente superior la esposa de su hijo, Magdalena Orsini.

Cuando Juliano perece asesinado, ella se encarga de su hijo natural y de tal modo le educa, que la historia lo llama el papa Clemente VII. Pocas madres tienen el valor de un gesto amoroso mejor entendido. Crece el alma venciendo prejuicios.

Se conduce en verdadero estadista. Ignora el descorazonamiento. Vigila siempre el porvenir de los suyos. Ante el altar erigido á la memoria de su hijo, fenecido prematuramente, se le ve orar; asiste á su nuera en peligro de muerte.

Ella está en todas partes desplegando esa omnisciencia y ubicuidad que son el privilegio de la madre. Así no nos sorprende hallarla en el fresco mandado pintar por su hermano el banquero á Ghirlandajo, bajo los rasgos de Santa Isabel. La glorificación de la familia es completa.

Menos todavía nos maravilla que Lorenzo le dedique á su muerte, en 1482, estas palabras:

«No sólo he perdido á mi madre, sino á mi único refugio en mis numerosas penas y el refrigerio en muchos labores...»

Tan sólo la actividad benéfica puede producir la paz que irradia esta admirable mujer. Poco perdura la torpe imposición.

Las finanzas y el arte se hermanan en esta so-

ciudad. Tal la magnificencia de la vida, tal la soberbia y el tesón en comprender á Grecia que nosotros, menos felices en este instante, de vivir largo y malo, dirigimos la mirada hacia ellos para caer de hinojos y exclamar:

«¡Deteneos, sois perfectos!»

Tres años más tarde, el 18 de Abril de 1485, excavando en la Vía Appia, unos trabajadores lombardos descubren un sarcófago romano. Se trata de la tumba de Julia, hija de Claudio. El cuerpo era el de una jovencita preciosa de quince años. Por medio de ungüentos y bálsamos había resistido á la putrefacción. La instalaron en el Capitolio. Toda Roma desfiló para ver el prodigio. En esta hora de sed febril por lo antiguo, la gente al dar rienda suelta á su imaginación, la vieron sin duda más bella de lo que era. Como la Vespucci, Julia presagia la resurrección del mundo grecorromano. El culto férvido de que era objeto, excita el celo apostólico de Inocencio VII. Hace sustraer el cuerpo durante la noche y lo sepulta en sitio ignorado por la muchedumbre.

La mente tórname con placer al patrimonio de Federico, conde de Montefeltro, duque de Urbino. Aquí volvemos á la paz de la cultura. En territorio más pequeño aún que el célebre reino de Navarra, establece su corte el condottiere artista. Rivaliza con los reyes en séquito y caballería. Los más nobles de la época acuden á él para aprender el arte de la guerra y el adorno de la cultura social.

Vespaciano cuenta á su servicio quinientas personas de la más esmerada educación. Dedicar quince años de su vida á coleccionar cuanto libro y manuscrito puede adquirirse en el fecundo período por que las artes atraviesan.

Los eminentes servicios del duque á las potencias itálicas, costean toda esta grandeza.

¡Cuán pródiga la luz de los libros! ¡Cómo suavizan el carácter y llenan el corazón de impulsos generosos!

Vale muchos renunciamentos el cultivo pertinaz del intelecto: enlazamos con la superioridad esa independencia interior que es el óbice del pensador.

Por los tiempos corrientes, su sinceridad y acatamiento á la palabra dada son proverbiales. Rapaz todavía, fué educado por Vittorino da Feltrém en Mantua. En la escuela del renombrado pedagogo crecieron Ghiberti de Correggio, Battista Pallavicino, Tadeo Manfredi de Faenza, Francisco da Castiglioni, Gabrielle de Cremona, Niccolò Perrotti y otros hombres ilustres.

Aun cuando las más de las veces le retenían ocupaciones militares, el duque disponía siempre de un momento para releer las obras de Aristóteles. Por la *Cornucopia* podemos familiarizarnos con esta bella vida, perfectamente equilibrada entre la acción y el pensamiento.

Leed á Vespaciano: *Admirabitur in te di divinam illam corporis, proceritatem, membrorum robur exi-*

mium... Salía á caballo al amanecer con cuatro ó seis garzones y uno ó dos criados á pie, sin armas. Paseaba tres ó cuatro leguas y regresaba cuando el resto de su corte despertaba. Después oía misa. De allí se dirigía á un extenso jardín, donde daba audiencia á los que venían á verlo hasta la hora del almuerzo. Mientras estaba en la mesa, todas las puertas del salón se hallaban abiertas de par en par, pudiendo cualquiera entrar á visitarle. Nunca comió sino con el comedor lleno de gente. Según la estación se hacía leer: obras espirituales en Cuaresma; en otras ocasiones, la historia de Tito Livio. Todas ellas en latín. Su alimento era frugal; no tomaba dulce ni bebía vino, á no ser bebidas hechas con jugo de manzanas, granadas ó guindas.

Nada había negado á su curiosidad de amor: conversaba de arte como si fuera artista.

Poggio, Pontano y Ficino le dedican sus obras más importantes.

Fiel amigo, esposo considerado, patriarcal hacia sus súbditos, ofrece un típico ejemplar del príncipe modelo. Complaciale patrocinar los viriles deportes de la arrojada juventud. Hacia los perros y desvalidos se mostraba misericordioso.

No en balde fulguró sobre su caballeresco pecho la orden de la Liga, conferida por Enrique VII de Inglaterra; la papal de la Rosa y la de Armiño de Nápoles. Sirvió á dos duques de Milán, á dos reyes de Nápoles, tres papas y á la República florentina.

Giobaldo, su hijo, pisa la misma senda. Sobre su corte está calcado el *Cortegiano* de Baltazar Castiglioni.

El *bel viver*, púdico y sobrio, trasciende de este libro, recorriendo el aspecto risueño y brillante del Renacimiento. *El Príncipe* sólo proyecta la tétrica sombra. Su consorte, Isabel Gonzaga, ciñe también la diadema de una conducta levantada, posee esa cautivadora distinción, sello de dos magnánimos.

Victima de su arrojo en los juegos atléticos, el duque pasa inválido los últimos años de su vida. Brillan entonces más lucidas sus aptitudes filosóficas.

Sugestivo é hidalgo, su ejemplo moldea la poética caballeridad de las páginas del *Cortegiano*. Son sus protagonistas: la duquesa Isabel Gonzaga, Emilia Pía, la esposa de Antonio de Montefeltro, Bernardo de Bibbiena, Pietro Bembo, Juliano de Médicis, duque de Nemours; Ludovico, conde de Canosa; César Gonzaga, Gaspar Pallavicini, Frangosi y fray Serafino.

La corte del serenísimo príncipe florecía romanescamente, conquistando la fama de espiritual, poética, heroica, pulida, pura y culta.

Hoy, aunque los contrincantes del torneo literario y moral han enmudecido para siempre, jamás sus siluetas erran por el mundo de las finas formas, recordando la dignidad señorial, la dulzura, la bizarría, la cultura y la heroica moralidad que in-

forman todavía el concepto del gentilhomme. Su ejemplo no se perdió: fué utilizado para señalar las cualidades del hombre superior en sociedad...

Se radicaba en Italia, la época aciaga en que César Borgia era el brazo derecho de la ambición paterna. Quería reinar sobre la Romaña y las Marcas.

Con ese fin, atacó, uno á uno, los señores á quienes pertenecían esos Estados por derecho de conquista, despojo, donación imperial ó pontificia. Concedores sin duda de la clase de hombre que era el amoral duque de Valentinois, huyeron como ganado ante el incendio de la campiña.

Uno solo desafió su audacia sin escrúpulos: el joven señor de Faenza.

¿Con qué vocablos describirlo? Adolescente encantador, potente, entusiasta: *Jeune Guerrier du drapeau de la beauté vivanti*.

Conocerle era amarle, tal poderosa fascinación fulgía de su juventud. Con sereno dominio sobre sí mismo, resiste al alud humano. Casi un niño, tiene fe ciega en los tranquilizadores impulsos de un alma digna, inmaculada, fiel á la euritmia triunfal del Renacer.

Astor Manfredi se confía al coraje indomable de sus súbditos, que le amaban con el delirio de quien ha incorporado á su psiquis la idea de que nada es comparable á los dones de la juventud y de la belleza.

Aguardaba también el apoyo de su abuelo el

hábil señor de Bolonia, Bentivoglio. Vendido este cobarde á los franceses por 40.000 ducados, notifica al infortunado mancebo que no puede compartir su defensa.

El dinero había influido más en su alma ruin que la voz de la sangre.

Tanta beldad moral, tanto entusiasmo, tanto derroche de donaire juvenil, quebrantan por un breve lapso de tiempo al inexorable destino.

Astor resistió con éxito al mensajero del Papa, del rey y de la propia bastarda ambición.

Son necesarias tres guerras y aun no puede levantarse el sitio de Faenza. Las escaladas, las sorpresas, baterías gigantescas, asaltos, brechas, todo se estrella contra la impotencia.

Diríase una nueva Suiza desafiando al Austria. Garzón feliz, todo semeja sonreírle.

¿Derribará ó no la divisa cesaria: *Aut Cesar aut nihil?*

No pudiendo vencerle por la fuerza, el Borgia propone un tratado. Maquiavelo hásele sugerido, ¿para qué dudarle? El espléndido capitán, maestro consumado en artimañas, pretende postrarse ante esa valentía; jura, por Satanás quizá, respetar la libertad del invicto príncipe y las rentas de su dominio. Le ofrece hospitalidad en su campamento. así cual la araña atrae á la mosca, deslumbrándola con su morada espectral que desdobra la luz y flama á todos los vientos. Quiere actuar como padre y hermano cerca de esta naturaleza, promisor de

grandes hazañas. Reo de su magnanimidad, el joven se lo cree todo.

Un buen día, Astor y su hermano menor desaparecen de las carpas lujosas.

La historia de Ricardo III de Inglaterra y de sus sobrinos, los príncipes de York, es planteada de nuevo.

Lo que ocurrió con ellos es harto impuro para nuestros castos oídos. Envilecidos á pesar suyo en ese antro de la desvergüenza que fueron los apartamentos de los Borgia, amanecieron extrangulados poco tiempo después á orillas del Tíber.

Episodio alguno de la tragedia, que á menudo circundó con siniestros tintes las perspectivas luminosas del Renacimiento, sacude como éste.

Cuanto existe de romántico en el ánimo, todo nuestro fondo de poesía se encabritan indignados.

No sé de cierto si el arte pictórico ó el de Fidias lo plasmó en la eterna quietud. Sea de ello lo que fuere, como artista gozo en hacerle revivir: palpitante su anatomía de guerrero; los músculos en acción y transparentes las venas que surcaban la tenue epidermis; ágil y elegante la figura; vacíos los glóbulos oculares como para no percibir los horrores del mundo aquel, sino la onda límpida del mar interno; sobre la testa, el casco de metal bruñido, terminado en fogoso dragón; una minúscula victoria ebúrnea en la palma de la mano; la lanza y el escudo reproduciendo las facciones de Medusa.

Tengo para mí que la suerte ventilará la gloria del triunfo, el símbolo siempre vivo del verdadero Renacimiento, aquel que fué una continuación del Ática pericliana.

Como Girgione, como Donatello, como Pico della Mirándola, como Cosme de Médicis, como Lorenzo el Magnífico, como Juliano, como Botice-lli, como Maquiavelo, como Miguel Ángel y otros tantos, merecía la más alta revelación del mundo invisible. Careció, cual ellos, de ese algo que hubiera endulzado sus penas y tornado hasta edificante el ser vencido por los hombres más odiados y funestos de la historia.

Oímos la voz de esos peregrinos de ultratumba en el melódico pensamiento del vidente hebreo:

«Vivi cerca suyo semejante á quien fué educado con Él; me regocijé en las partes habitables de la tierra. Mis alegrías provinieron de estar con los hijos de los hombres.»

Relátase del hijo de Andrés de Pazzi un episodio cautivador.

La luz de Grecia y la majestad romana, hermanadas al empuje titánico del *quattrocentto*, ocasionaban continuas conversiones á la belleza del saber, como finalidad de todos los esfuerzos y laurel de todas las victorias.

He aquí del modo, quizá recordativo de Sócrates, que el sabio Niccolo Niccoli ganó para la sapiencia á un devoto del *bel viver Nulla dies sine amor*.

Halaga mirar al joven Piero con su tez bella y sonriente, con el pelo artísticamente redondeado, vestido con pompa elegante, *habiti antichi*; la púrpura luciente de las mangas y del birrete armonizan con la piel decorativa y el luciente cuello de encaje.

Sus ojos no poseen la firmeza serenante de la conducta regular; son vagos, vidriosos, turbios. No han medido sino el andar voluptuoso de los días.

Las manos venosas, la piel aterciopelada, no han encallado por el trabajo, sino por el desgaste pasional.

¿Espléndidas noches? ¡Ay de él cuántas han pasado sin asomar á la pura visión de los abismos temblantes!

Bajas, torpes aventuras han consumido su subsistencia.

Cierto día, al pasar por el Palazzo del Podestá, el magister helenizante le detiene. El liviano Piero queda paralizado y se prepara á escuchar el reproche que, sellado aún, anuncian los labios enérgicos.

Pregúntale maese Niccolo por su padre.

Messer Andrea de Pazzi responde gentilmente, con ligero rubor. Risueño prosigue el diálogo, hasta ser interrogado sobre la vocación.

Desembarazado Piero, replica con un alza de hombros significativo, en el cual parpadea toda su avidez de gozar:

—*Attendo á darmi buon tempo.*

Niccoli, abrazándole paternalmente, con la mirada escrutadora, le dice á su vez:

—Hijo de tal padre y tan apuesto mozo, vergüenza es que no sepas latín, adorno excelente para ti. Si no lo aprendes, para nada servirás, y así que se marchite la flor de tu juventud serás un hombre sin importancia.

¿Milagro estupefaciente? El pródigo penetra de inmediato la evidencia del aserto, y arguye de que aprendería si tuviese maestro. Le asegura su protector que lo tendría. Días después buscóle un profesor de humanidades, Pontano de nombre, y por quien mostraba mucho afecto.

Desde ese día, sereno y perseverante, dejó los placeres y se entregó al estudio con ardor...

Maduro ya su entendimiento, vivió en la amistad de los sabios y grandes estadistas. Conocía de memoria la *Eneida* y muchas arengas de Tito Livio...

IV

Filosofía del arte

Tres tendencias se definen en el gran ciclo, representadas respectivamente por Rafael, Leonardo y Miguel Ángel Buonarroti.

El más joven de los tres, el divino Sanzio, recoge su inspiración en Grecia. Resucita la ingenuidad luminosa de ese cosmos tan chico que puede volcarse en dos provincias italianas y grande por un destino que todavía no ha terminado de cumplirse.

Ved sus *Tres Gracias*, mármol puesto en colores. En «la escuela de Atenas» renueva el mismo prodigio de una humanidad helenizada.

Era la gentileza misma, dice Vassari. Leonardo, el más genial y amplio espíritu de los tiempos dichosos, traduce á la Naturaleza tal como perla al hombre, profundamente, en el acto de replegarse sobre sí mismo.

El alma de este coloso hace pensar en un terso cristal en que se desdoblara Natura, y al hacerlo columbra el mismo visaje sin el ceño reflexivo ni las huellas del dolor.

Si Rafael continúa á Fidias y Praxiteles, Apelles y Zeuxis, Da Vinci hereda directamente de Platón y Aristóteles.

Excele en todas las artes y ciencias con esa difícil facilidad que sólo pertenece al hombre de absorbente vida interna.

Existe para el saber. Ruedan los reinos y principados en tétrico tropel; caen las dinastías, desaparecen sus protectores y él camina rítmico el paso, incólume é impasible. Puede cambiar á menudo de amo, porque en verdad sólo posee uno, la razón inmaterial; de una perfección física casi sobrehumana, anda por el mundo con la desenvoltura de un Dios.

Sonrisas enigmáticas, cuasi incomprensibles, cruzan las caras de sus modelos. La crítica es impotente para explicarlas. Es el primero en proclamar el eslabonamiento de todo lo existente. Anticipa en Leda la grandilocuencia que ha de animar siglos después á Hegel y Taine. Él presintió el «axioma eterno» que por ondulaciones sucesivas se diversifica hasta lo infinito.

Incomprendido, peregrina mientras se necesitan sus eminentes servicios por las cortes de Milán, de Borgia y de Francisco I. ¡Qué soledad hubo de experimentar este ser singular, pensador de un mundo por venir, primo artífice de un nuevo orden científico. La mala suerte, que se ensaña con todos los grandes, arremetió contra su obra, destruyéndola en gran parte.

Menos venturoso que Rafael, menos feliz que el mismísimo Miguel Ángel, sus obras no ornamentan una Capilla Sixtina ó estancias del Vaticano.

En el autor del *Cenáculo* y la *Monna lisa* fructifica el esfuerzo todo de la época. De ahí que sociológicamente hablando, sea él un puente entre esa era y la moderna. Semeja á Dafne, convertida en árbol, cuyas ramas cobijarán generaciones de generaciones.

Miguel Ángel sobrevive medio siglo á sus camaradas geniales. Si se echa de menos la objetividad hechicera de Rafael y la profundidad filosófica de Leonardo, le sobra alma.

Subjetivo hasta el exceso, su módulo consiste en la introspección. Toda la obra suya está amasada con sus aspiraciones, sufrimientos y apasionamientos. Los ímpetus dormidos de miles de almas despiertan en él para revivir titánicamente.

Fué Miguel más que mortal, Ángel divino para dar eco á las palabras de un soneto en su alabanza.

Es el más humano de los tres genios. Arde su alma cual la zarza que anuncia á Moisés la presencia sacrosanta del Altísimo. No le abstrae la ciencia que fué el culto del discípulo del Verocchio ni la donosura de la sociedad adolescente que transportara á Rafael; su trirreme dirige la proa hacia la grandeza del individuo.

Ni el goce del vivir florentino ni el epicureísmo de los pontífices de la casa Médicis le ahuyentan su preocupación absorbente. Concebía la su-

blimidad de su destino; cuanto le embarazaba el realizarlo por completo, lo sume en el dolor y el abatimiento.

Ved cómo gime por la perdida libertad de Florencia en la tumba de los Médicis. Comenzados antes de la tercera expulsión de los tiranos, trabaja estos grandiosos monumentos en secreto, mientras fortifica la ciudad contra el papa Clemente VII. Por fin los concluye, bajo pena de muerte, como condición del perdón pontifical.

Amenazada su vida por el tiranuelo Alessandro, fastidiado por los herederos de Julio II, cuya tumba quedaba inconclusa, se pliega á esa labor hercúlea.

Propiamente dicho, ninguna de las estatuas ducales es copia fiel del original, sino idealizaciones, cuyo grandioso modelo llevaba consigo el escultor. Se barrunta que significan la vida activa y la contemplativa, pues ya en el sepulcro de Julio II había intentado personificarlas en la efigie de Lia y Raquel.

Juliano, duque de Nemours, tercer hijo del Magnífico, está sentado sosteniendo en su mano el bastón de portaestandarte de la Iglesia militante. La fisonomía sugiere las facciones viriles del *David*. Del lado opuesto, descansando á la manera de un triunfador romano, se ve á Lorenzo, duque de Urbino. Piensa atenciosamente, mas no llora como el artista, que merced á la lucidez de su idear, tiene accesible el corazón. ¿Qué vé? Quizá el saqueo

de Prato, la toma de Roma por el Condestable de Borbón ó prevé las atrocidades que su hija Catalina consentirá para extirpar el calvinismo de Francia. Acaso esté por clarear en su espíritu absoluto, vencido por la razón, ese anhelo todavía irrealizable, al cual sus antepasados y sus descendientes aportaron un esfuerzo varias veces secular.

¿No soñó esta raza principesca con aislar á la sociedad, en la adoración del ideal estético? Es posible que el digno propósito hubiese germinado, si esa curiosidad de arte, de agudeza en la comprensión hubieranse convertido en una necesidad social. No cruzó por entre los dichosos del mundo y la multitud la palabra de inteligencia que habría prolongado la edad de oro.

Los poderosos hubieron de beber más tarde hasta las heces por la contrarreforma y el triunfo de Carlos V la inmolación de todas las actividades á su egoísmo.

No supieron que en la victoria sobre sí mismos habrían encontrado lo que aleja la extinción y el atrofiamiento.

Allí, cual la dejó, el buril del poeta épico reposa, padre de males sin fin.

La faz surcada por eternas sombras,
mientras fustigaban los lentos amaneceres y ponientes,
las cenizas de su larga raza extinta,
que jamás detendrá ya, de los hombres el progreso (1).

(1) Versos de la poetisa Elizabeth Barret Browning.

Buonarotti sábese superior á esos amos pasajeros, cuyas hazañas celebra en los sepulcros más monumentales del mundo.

¿Qué le falta á este Prometeo para burilar la realidad como modela el mundo de su cerebro? Precisa la fuerza bruta del número. Sin ella, no se rompe para siempre la zoofia supremacía.

No pudiendo sublevarse abiertamente al pie de los príncipes para quienes León X quiso reinos y Maquiavelo escribió *El Príncipe*, labra esos dioses caídos que son la noche y el día, la aurora y el atardecer. En sus desmesurados tálamos cósmicos, los gigantes cuerpos se desperezan angustiados. ¿Qué ocurre, qué pasa en la tierra?

Expresan en mi particularísimo sentir, toda una filosofía de la vida para quienes sollozan bajo el dominio de la injusticia. Al dar forma humana á las poderosas é indiferentes potencialidades de la Naturaleza, mudas y sordas, á primera vista, á nuestros males, quiso aleccionarnos, que ellas vengán á las grandes almas. El triunfo, aunque lento y penoso, llega. La serenidad de espíritu que él había conquistado por el culto de lo bello, era lo único, después de todo, para lo cual valía emanciparse. Para quienes pueden pasear su alma por una esfera tan vasta de libertad, Natura constituye un proceso de divinización, un atalaya del mar de infinito, donde el hombre compartirá la eterna dirección de las cosas. Dios moldeaba la materia pensante como él el albo mármol.

Por eso el pesar no se divisa en la silente majestad de los dos biografiados. Ellos vivirán mientras duren estos túmulos y él perdurará aun después que ellos sean olvidados eternamente.

Miguel Ángel simboliza el artista y su verbo, que á semejanza de la sucesión de los días y las noches, son eternos. Sólo sus dones flotan por encima de todas nuestras decepciones; él nos avecina á la sobrehumanidad; por él entramos en el reino de Dios.

Estudiemos *Los cautivos* del museo del Louvre. Ha encarado bajo esas formas á dos temperamentos morales, sometidos á la tiranía.

Uno de ellos, alma hermosa, se delata por la actitud suave y soñadora, naturaleza delicada, exquisitamente elevada.

El joven esclavo no desespera, no se debate en estériles contorsiones para huir de la servidumbre y sus miserias. Ha mesurado el valor de su psiquis, y ello le basta para existir relativamente feliz.

Entre el idealista y lo posible interviene una *armonia prestabilita*: su percepción rebasa este cosmos infinitesimal.

Todas las estatuas y pinturas é iluminación de ideas del artista, manifiestan la amargura de su alma, incapacitada de tender todo el arco pujante de su esfuerzo.

Sostengo con el maestro Rodin que el Renacer no fué enteramente la resurrección del racionalis-

mo pagano y su victoria sobre el misticismo medioeval.

Miguel Ángel y Leonardo descienden de los Cinabué y Fra Angélico; son los últimos jalones de esa evolución.

El escultor del *Moisés* rinde culto al dolor, tan particular del cristianismo y observable en el arte gótico. Da Vinci cierra el ciclo de la interpretación espiritual del mundo. Uno y otro suman á esos elementos archicristianos la audacia de la innovación que trajo consigo la cultura de la destruida Bizancio.

Sólo Rafael es completamente heleno, y por esa razón arribó antes que los otros dos á merecer el sobrenombre de divino.

Las tres maneras á que pliegan su genialidad estos maestros, se fusionan en una armonía singular, donde se confunden: la extrema frontera del gótico el iluminismo del Giotto y Fra Angélico y la Antigüedad, reproducida por un natural dichosísimo.

La evolución camina por etapas perfectamente eslabonadas, atendiendo á la ley biológica de la desigualdad natural de todos.

Á medida que progresa el Renacimiento, tórna-se más reflexivo y si apogea gentilmente en Rafael con la sonrisa sobre el bermejo sensual de los labios, llega el ocaso pesaroso y meditabundo cuando expira Miguel Ángel, el año 1564.

Aunque Benvenuto Cellini haya vivido más,

Buonarotti es el postrer de la raza prometea que, al darnos el Renacimiento, nos legó la mayor maravilla de todas las edades y un deleite perenne para los espíritus distinguidos.

Hæc sunt mea verba.

FIN DE «LA NOVELA DEL RENACIMIENTO»

LA FUENTE ENVENENADA

Dedico estas páginas, escritas cuando sufrí los primeros choques con la maldad humana, á uno de los buenos de este mi país, Eduardo Ferreira, modelo del hombre que cualesquiera sean las circunstancias y vaivenes de una vida agitada, siempre tiene la sonrisa de la bondad y un alma serena.

Á GUISA DE PREÁMBULO

Si la verdad entristece no pocas veces, lo bello, aunque en muchos casos engañoso, delecta y consuela.

La finalidad del arte, por más disquisiciones que se hagan á su alrededor, será siempre la idealidad, llámese el artífice: Maupassant ó Thackeray, Destöyewsky ó Tolstoi.

El palladium del artista es la adoración de la belleza, y ella está en todas partes.

La facultad de extraerla de cualquier objeto ó ambiente, por más mísero ó alucinante que sea, distingue al literato del resto de los hombres.

Millet percibió la poesía del montaraz, del zagal, del sembrador; Gorki iluminó el tugurio y la senda del haraposo viandante.

Esta historia pertenece al género de las extraordinarias. Básase en una superstición medioeval que, á fuer de muy ignorada, ha sido poco ó nada estudiada. Ella se funda en que con la imagen de un ser ó de una de sus posesiones, se podía hacer sufrir al cuerpo con cuanto ocurriera á la malévola intención del agente. Estas prácticas, acompañadas de fórmulas de encantamiento, subsisten aún, en todo su demente furor, entre las he-

tairas. Su vida atroz es harto propicia al desarrollo de pasiones vengativas en un ambiente de espantoso terrorismo.

No tomo ni el pro ni el contra de este culto horriblo; constato un caso que conocí personalmente.

La coincidencia, acaso, jugó no poca parte en la tragedia.

Temo, y con razón, no haber dado á mi relato mayor viso de verdad, pero pido al gentil lector, tenga por contado que no refiero cabalmente lo que sucedió, sino creo haber sucedido.

Lo más humano en este caso es lo sobrehumano.

LA FUENTE ENVENENADA

(Novela extraordinaria de costumbres cosmopolitas)

«...ese peculiar dejo de melancolía que se hallará siempre como inseparable de la perfección de lo bello.»

E. A. POE.

«...a calm artistic control of one who in possession of the secret of beauty.»

OSCAR WILDE.

I

París

Eran las once ante meridiano cuando Jorge de la Torre, con paso indiferente y soñador, atravesaba la Avenida de los Campos Elíseos. Iba á dar su paseo matinal por el bosque. Mecánicamente llamó un coche, y con su indiferencia habitual por el medio ambiente, le dijo al cochero en un francés bastante malo, pero de entonación melodiosa: *A la Porte Maillot!* El vigoroso Arco de Triunfo,

sumergido en la encantadora luz matinal y la perspectiva grandiosa y vaga de los Campos Eliseos, le despertaron sensaciones de belleza fugitiva. Sintió no podérselas comunicar á alguien, pues sufría de esa vulgaridad elegante, consistente en dar eco á todos los sentimientos y á todos los pensares.

En sus ojos sin fijeza, en dos surcos pronunciados al redor de la nariz, en los labios móviles y en un tic del cuello, se leía claramente que de la Torre era un neurasténico sin cura, uno de esos seres que devoran más vidas que las que dan. La indiferencia en la cual parecía encerrarse era en él algo fingida, pues observaba, disecaba y torturaba en un análisis, agigantado por el ridículo, á los seres con quienes estaba en contacto. Todas las contradicciones se daban cita en su espíritu, débil para toda cosa que no fuese la voluptuosa contemplación de sí mismo. Las cosas y los seres, aun los menos vulgares, llegaban á su templo íntimo despojados de grandeza; á veces amaba y admiraba las ideas, odiando soberbiamente á los que las habían engendrado.

En el momento en que entró como fantasma maléfico en el seno de la vida de Sordello Andrea, su alma se agitaba sin cesar, entre una calma hermosa y una agitación malsana.

En los momentos de esta última crisis destruía con una maldad insospechada en él la impresión serena anterior. ¿Tenía él conciencia ó no de esa dualidad enfermiza de su espíritu? Á veces parecía

conocerse íntimamente, y entonces su maldad semejaba un refinamiento de su pensar siempre inestable; otras obraba por impulsos, como un loco. Creo que este extraño modo de ser, fruto de lecturas copiosas, empezó siendo un juego imaginativo y acabó por ser un modo de pensar y de sentir.

Jorge era un enfermo de la voluntad. Había entre su físico viril y fuerte, como el de un atleta, y su mente, una disparidad, causa de todas sus desgracias. Su aspecto exterior seducía á las mujeres, y su fondo romántico las alejaba de sí. Sus relaciones con el bello sexo merecen un capítulo, mas no insisto sobre ellas, porque se desprenderán de esta narración.

II

El suplicio del amor

Llegado á la entrada de ese jardín del suplicio amoroso, que es el Bosque de Bolonia, penetró por el camino más corto, al *sentier de la vertu*. No contempló mucho á las elegantes estatuas que pululan por allí en sus trajes de estudiada sencillez y colores suaves, cual los sentimientos de sus corazones, disecados por el dinero. Muy pronto se encontró frente á frente de su amigo Sordello Andrea. Una simpatía profunda, acaso más romancesca que real, unía Sordello á Jorge. La sinceridad, la natural distinción, el deseo artístico y filosófico de Andrea, su bondad ingénita y luminosa, su pasión por lo bello, atrajeron singularmente al neurótico descreído. La amistad de esos dos seres reposaba sobre un equilibrio inestable; en muchos puntos las líneas de su destino se unían para luego divergir bruscamente. Como artista verdadero, Sordello Andrea amaba sentir en la serenidad de su vida una influencia revolucionaria, un elemento de desequilibrio y un esfuerzo inútil. Así empezó á nece-

sitar de la presencia de Jorge en todos sus paseos, en sus idas al teatro y en todos los instantes. Acaso por la afabilidad de su carácter, Andrea no era profundo en sus afectos, mas sabía á veces exaltar su facultad de amar hasta la gran pasión, y esto acontecía al tratarse de sus amigos. Su epicureísmo moral é intelectual ocultaba tesoros de abnegación y fidelidad. Jorge empezó por divertirle, pero insensiblemente y á causa de su gran impresionabilidad, le fué fascinando de tal modo, que sólo vivía la vida de su amigo. Se hizo el esclavo de Jorge; sufría con sus tristezas; se alegraba con él y su alma parecía no formar sino una sola, con el ser que adoraba.

Fuera útil saber que Sordello no había sido afortunado en el amor y su alma sensible buscaba en la amistad dar una expansión á la ternura. Con un amigo caminaba mejor por la vida; en la vibración de un afecto viril calmaba su sed de ensueños irrealizables. En Jorge existía, mas por otras causas, el mismo desprecio por las mujeres; había sufrido mucho haciéndolas sufrir. Su sensibilidad pesimista se satisfacía conociéndolas, haciéndose amar apasionadamente, y luego, cuando otros se aprovechaban de su aventura, rompía con ellas de una manera brutal.

Un buen día compadre, dispó el silencio en que el amigo iba envuelto como en un círculo mágico.

—¿Hay algo de nuevo, Jorgito? Te ha escrito

Andrée. Adivino que esa mujer está minando tu calma. Si no hubiese sido tuya, comprendo tu insistencia. Guarda tu calma y deléitate con el recuerdo delicioso.

—No me comprendes—fué la respuesta glacial—. Andrée se me escapa, lo siento. No es ya mía. Verdad que tengo la culpa. Me prefirió á su príncipe ruso y sin sacrificar esa *liason*, me ha hecho partícipe de su lujo, de su hotelito y de lo mejor de su corazón. Soy incorregible. El maldito almuerzo en lo de Georgette ha roto el idilio. No pude contenerme. Se me apareció tan vulgar, comía tanto y con un apetito tan burgués, que no sé cómo le transmití mi impresión en los términos más precisos. Luego me dejó solo con la amiga. Le repetí lo que le había dicho, y ella, la muy callada, convino conmigo en esto y después se lo ha vuelto á contar á Andrée.

Mientras por la gran *allée* las amazonas pasaban risueñas, las *demimondaines* sonreían olímpicamente en sus lujosos equipajes, atraía la mirada universal una *execuyère*, manejando sus cuatro caballos. Iba á toda prisa. Á pie, se deslizaban glaciales cientos de muñecas con caras virginales, seguidas del perro respetuoso; á veces, entre ese mundo equívoco andaba una seudomatrona, en cuyas arrugas y ojos desorbitados se adivinaban noches de orgía. El hombre, el joven, el principiante de la vida galante en sus trajes entallados caminaban inapercibidos en este tumulto mujerie-

go. Aquí sólo impera el idolo eterno y devorador de energías.

Entretanto, ajenos á la gloria de la arboleda umbría, al calor solar que llega entibiado al rostro del paseante, los amigos han urdido un plan para reconquistar á la bella.

Sordello le escribirá una tierna epístola en que resaltará la perfidia de la amiga de Andrée, la consecuencia de esta última y una invitación á una nueva cita. Y como escenario de tanta belleza, sugeriase el cuadro encantador del hotelito de Georgette, medio escondido entre el sátiro París y la ninfa Bologne. Á pasos lentos y llenos de su proyecto, descienden ensimismados la gran avenida del Bosque.

Sordello es todo corazón y alma para su amigo; aguza su ingenio; embellece su sentimentalismo y se depoja de su yo para complacerlo. ¡Rara cosa la amistad: tiene del amor que mueve la vida todos los caracteres sublimes sin sus decepciones profundas, porque es una unión libremente consentida é ideal. Una confianza mutua llena de idealidad y encanto une las relaciones de cada día. Pero en esta alianza, para producir el equilibrio afectivo, es necesario que uno de los amigos sea la víctima y el otro el victimario; el uno el dominado, el otro el dominador; el uno el débil, el otro el fuerte.

Insensiblemente y sin que por ello sufran los seres unidos, se establecen todas esas condiciones.

«Se sufre cuando se ama y sólo se ama verdaderamente cuando se sufre», ha dicho alguien. Á esta clase de personas pertenecía Sordello, y la abnegación era en él cosa fácil.

Comieron juntos en el pequeño hotel que los albergaba. La cena fué jovial. De Latorre era un manantial de chistes, y por su linterna mágica pasaron todos los fantoches que penetraban al comedor. Una vieja sobre todo, fumadora y con una voz de trueno, muy amante de la juventud picaresca, era el blanco de todas las sátiras. Austera y escéptica, recetaba á todos calomel, especie de panacea para los tormentos humanos. El juego la entonaba singularmente y en sus ojos parados se leía una curiosidad malsana por los secretos íntimos de los demás. Era en el hotel el lazo entre todos los pensionistas; con todos se daba y de todos sabía vida y milagros. De Latorre ejercitaba con ella toda su perversidad y hacía temblar con humoradas su vetusto palacio de astucias.

Concluida la comida, fuéronse al hall, donde con su risa clara y franca, una diminuta doncella alegraba el ambiente como una fuente morisca el el patio embaldosado. Era la cajera y su personita el único rayo de sol en aquella región de la hipocresía y la embecilidad. Jorge chanceó hasta el cansancio con la pequeña maja. Luego se acordó que tenía con el amigo asientos para *Marion De Lorme*. Victor Hugo despertó en los amigos romancescos perdidos. Sintieron hondamente el am-

biente histórico del drama, la belleza arcaica de la acción y el gran acto final, en que los escalofríos de terror se suceden en el sistema nervioso. La situación de los dos enemigos, reconciliados en el instante de la suprema reflexión: la noncuranza bellísima del marqués de Saverny, la tristeza tierna y filosófica de Didier, la desesperación de Marión, la crueldad del «hombre rojo», todo ello infunde pavor. Sordello lloró copiosamente y no sabía decir él mismo si de goce por ser sensible á tan hermosos sentimientos ó de honda melancolía.

Su compañero también estaba conmovido y húmedas las pestañas. El *metró* los condujo hasta los Campos Eliseos, de donde fueron al famoso Fouquet. Al día siguiente se instalaron en el pabellón de Armenonville, pidiendo en seguida su *cocktail* de vermouth. Imposible era la concentración del espíritu en aquel sitio: la mujer obsede este ambiente galante. No tardó Jorge en reconocer á una personita rubia con unos ojitos de extraña vivacidad. Con ella, susurró al amigo, había debutado en París. Momentos después subía el *perron* una amazona soberbia como Diana. Era la famosa Lili de Courtoy, la amiga del conde de Cars-Lorby, mujer, decía el amador de Latorre, de un cinismo sin igual. Había buscado una cita con ella y encontró fácil el acceso á su alcoba de cortesana. Allí, al sonar la hora sexual, se habían hecho mutuas confidencias. Ella amaba á su sexo con una pasión mórbida, fumaba opio y confesaba con la

risa en los labios que su placer era el ver al hombre arrastrado bajo sus pies, consumiendo médula y fortuna en mantener su lujo.

Pasó en la vida de Jorge como pasaban todas: á semejanza de fantasmas nocturnos, que huían con los tintes de la aurora á descansar de sus pecados. De igual modo desfilaron por delante de la mesita dos americanas: frescas, arrogantes y ataviadas con marcada elegancia. Acostumbradas á los yanquis despilfarradores, parecían pasearse por allí como sacerdotisas de Mommon. Una de ellas, Dolly, también había ocupado un cuarto en el corazón de Jorge.

Vaciaron las copitas y emprendieron el camino hacia la Porte Maillot. La tarde mostrábase serena y sofocante, propia para quedarse en casa. André no había dado señales de vida. Decidióse Sordello á escribir la carta, una de las tres que debieron proyectar sobre el jardín de su juventud una sombra fatal y maldita.

«Andrée querida:

»No sé qué pensar de ti. En este París, donde los corazones están anestesiados, eras una excepción llena de promesas. Viniste hacia mí cubierta del velo de la idealidad, avanzaste en mi vida triste y fugaz, como la virgen de mis ensueños. El modo, lleno de una gracia arcaica, con que rechazaste tú la primer noche de nuestro encuentro, mi caricia de enamorado ardiente me ganó en tu fa-

vor. Soñé tanto esa noche con el oro de tu voz, con el cristal de tu pupila, que para mí se borró la imagen de mil amantes y apareciste virginal.

»Los encuentros sucesivos robustecieron la primera impresión; te revelaste pensativa é ideal. ¿Recuerdas me dijiste leyera la *Tais* de Anatole France? En fin, yo, ciego ya de amor, te adoraba en silencio. Nos conocimos bien antes de la hora del amor material. Mi ventura era incalculable, infinita, cuando tu amante vino á verte del fondo de la estepa. ¿Por qué nos habrá separado? Nos dejamos de ver, se fué y luego el bosque volvió á ver nuestro encuentro. Atraídos nuevamente hacia la dicha, almorzamos juntos en casa de la amiga traicionera. Después te he invitado, he pedido perdón, pero como la mujer de Lot, te has vuelto de piedra. ¿Por qué sacrificar á un chisme una vida deliciosa? Ven de nuevo hacia mí. Me mostraré agradecido. Te espero en tu casa á las 7'30; iré de *smoking* y comeremos en Doyen al son de la música enervadora...

»Tuyo en un beso prolongado.—*Jorge de la Torre.*»

La carta fué leída, aplaudida y despachada por el minúsculo *groom* del hotel. Pasó la angustia de una hora y un sutil abatimiento se pintó en el rostro de Jorge, vestido ya con el *smoking*, su disfraz de hombre galante. Frente á él, su amigo revolvía todos los libros que llenaban la mesa, la cómoda y la chimenea. El *Adolph* de Benjamin Constant se

codeaba con *L'Aphrodite* de Pierre Louys; Shuré, el autor de los *Grandes iniciados*, con Henri Caen y sus *Promenades dans Paris; Il était une bergère*, de Rivoire, con *Poliphème* de Samain, y tirados en desorden, sobre todos esos tesoros, *La Revue*, programas de teatros y la última novedad en materia de cultura física: *Comment obtenir le pur sang humain?* Esta biblioteca indicaba á maravillas la mentalidad de este amante apasionado del libro. La ciencia majestuosa, el arte delicadísimo, preocupaciones de orden puramente estéticas, y otras sencillamente físicas; todos ellos tenían un altar en su templo mental. Pero no escapaba al observador normal la falta de culto de la energía, de la voluntad, del señorío de sí mismo. También estaba ausente la idea necesaria é ineludible del deber. El orden moral huía de su comprensión. El universo se desarrollaba en la inconsciencia del azar. Su visión veía la sombra, la inmensa noche en que nuestra vida se debate sometida á una voluntad despiadada. La enfermedad de su espíritu, causada en parte por los trastornos del hígado, se reflejaba en el concepto doloroso del mundo, de la humanidad y de la vida, tan generosamente repartida, á pesar de ello, en la eternidad y lo infinito.

Jorge salió. Dirigióse á la casa de Andrée. Su visita fué inútil, pues había salido. El invencible encanto en que lo había sumido la excantatriz no se disipó aún y pensó tentar nuevamente un arreglo. Así se lo hizo saber á Sordello. Esa noche co-

mieron tarde, mas por ello no fué menos entretenida la cena: Jorge, en quien el olvido momentáneo de sus penas y preocupaciones era cosa sencilla, arrojó sobre ellas el cáliz de su ironía. No quedó persona sin mote. Empezó á ridiculizar sin piedad á un amigo suyo, llamado por él *bombín*, á causa de un sombrero puntiagudo que llevaba, y asemejaba su cara á la de Mefistófeles. Con precisión imitaba sus gestos, inventando frases en que aparecían sus términos favoritos, la salsa gratuita de todas sus frases: *fantástico y brutal*.

Eran las nueve y media, cuando los amigos se encaminaron al insípido Jardín de París con sus números de variedades baladías. La cuadrilla de mujeres, con sus faldas remangadas y dejando entrever por momentos la carne blanca de sus piernas, era lo único interesante. Cansados de eso, fueron á Marigny. El famoso *promenoir* estaba en su apogeo. Se imaginaba uno estar en un mercado de esclavas orientales. Escucharon por escuchar y vieron por ver hasta el final del espectáculo, caminando luego hasta Fouquet, donde bebieron un chocolate. Allí, en una mesita solitaria, estaba sentada una joven morena con aires de verdadera parisiense. Vestía de luto, y en la palidez de su tez y en sus ojos vivos había un no sé qué de melancolía que la distinguía de las demás hijas del placer. Jorge la conocía y se acercó á ella. Á ambos saludó con términos estrambóticos del *argot montmartrois*. Lo manejaba con habilidad singu-

lar. Parecía una titiritera de la gracia ligera; pasaba de un chiste á otro; se reía á carcajadas prolongadas. Leía en ese momento *Resurrección*, de Tolstoi, y por supuesto, la *Naná* de Zola le era familiar. En estos coloquios, más sentimentales que galantes, se pasaron dos horas leves. Jorge llamó un coche, y alegremente escoltada, condujeron á la pilluela parisiense á su casa.

III

Un misterio

Paris ha despertado ha tiempo, los numerosos museos exhiben sus tesoros sin par, todos los rincones de la gran y simpática ciudad sonríen al viandante matutino, y aun se duerme en el hotelito. De pronto golpean el cuarto de Sordello. Abre y el té aparece. Su primer gesto se encamina á desatar un voluminoso paquete de libros. Para su alma candorosa, que aun conserva tan bien la impresionabilidad del hombre primitivo, aquello es una fiesta nupcial. Olvida á Paris, la amistad, el amor, la familia y experimenta un goce sereno, en la soledad de su cuartito. Se pone á leer, con sentimiento exquisito, *la Mare au Diable*, de Jorge Sand. Está apenas en la décima página cuando ya le penetra un grande amor por la bella vida sencilla, por la naturaleza maternal, fuente de paz y amor hacia Dios. De pronto recuerda que allá bajo lo esperará el amigo, para escribir la carta y luego ir juntos al Museo *Gustave Moreau*. Después de cambiar afectuosamente los saludos matutinos, pó-

nese á escribir. Una hora después, Andrée recibe la carta con ira. Arrugas surcan su frente: la contracción sinuosa de sus cejas presagia un proyecto fosco. Rara es la ramera que no es supersticiosa. La mayor parte son amigas de las tiradoras de cartas, que á menudo consultan é interesan en la realización de sus impuros deseos. Andrée conocía á una Mad. de Lorand, que otrora le habia vendido un imán y un amuleto, de los cuales creía dependia su éxito. Ayudada de retratos, de filtros y de otras cosas de una complicada y asquerosa alquimia, habia conquistado para su clienta ya un corazón rebelde, ora conservándole un buen amante. Jorge la importunaba y su odio se transmutaba en un sentimiento de venganza. Él la habia despreciado. Decidióse visitar á la adivina. En una calle apartada, muy al centro de la ciudad, vivía sola con un gato y la cocinera. Empezó por hacerse tirar las cartas. «Un ser extraño quiere perturbar su vida», recitaba como una cantilena la vieja bruja. «No la quiere á usted, en el fondo, mas desearía reducirla á la esclavitud de su corazón, en los que luchan la perversidad y el amor.»

Bastó esta insinuación para que se elevara en su pecho toda la marea de sus deseos vengativos y preguntó: «¿No podríamos hacer algo en su contra por medio de estas cartas suyas?»

La adivina quedóse pensativa un instante y luego cogiólas bruscamente. Fué en busca de una especie de incensario, en el cual quemó unos pol-

vos violáceos. Fumigó con ellos las cartas. En seguida, dándose vuelta á Andrée, preguntóle su parecer. Ésta casi aulló: «Es el único hombre que no ha sido el juguete de mis más leves caprichos. Se ha burlado de mí. Quiero herirle con una enfermedad que le consuma pronto; por ejemplo, la tisis...»

Por toda repuesta la vieja insinuó: «Le costará á usted doscientos francos y es, créamelo, un precio módico, pues son muchos y variados los ejercicios á que debo entregarme para producirle ese mal.»

Andrée titubeó un tanto, pero su sed de venganza fué más fuerte que su egoísmo, y comprendiéndole bien así, la maga negra prosiguió sus instrucciones.

Cada mañana, antes del alba, debería encender una vela al espíritu del mal, acompañada de las evocaciones que ella le daría por escrito.

En seguida untaría con una pomada preparada por ella una imagen de los supuestos pulmones de Jorge, dando libre curso á las imprecaciones más horribles. El trato fué concluído y Andrée tomó su elegante victoria para volver á su hotel. Esa noche durmió inquieta. Dos días después, casi al propio tiempo que recibía por escrito las prescripciones de la adivina, le trajeron una nueva misiva. La leyó con curiosidad y pudo notar, por la ternura que el escritor habia puesto, la pasión que su belidad fatal habia encendido.

IV

La calma destruida

Tranquila era la vida de los amigos, ajenos por completo á la red invisible de daños que los estaban por encadenar. Continuaron como si tal cosa su jira artística por el Luxemburgo y el Panteón, á cuya entrada se ha colocado como símbolo vibrante y enérgico *El Penseur* de Rodin. El Panteón es el único templo laico de la humanidad; allí se adora y glorifica al hombre abstracto; el tipo ideal de la especie sapiente. El pensador de Miguel Ángel moderno, en su actitud casi hierática, en la concentración de todas las fibras y músculos de su cuerpo acerado, guarda la entrada de este templo de un orden novel. El pensamiento y su magnífico arte son el amor que vela el destino del hombre. Sordello sintió ante todo este sugerimiento filosófico una emoción de infinita armonía por todos los seres. Su alma desbordaba de una luz nueva, de esa alegría que se apodera de nosotros cuando vemos clarísima una idea. Sentía, y no sin razón, que el espíritu omnisciente que hay en nosotros le había revelado algo profundo...

En el Luxemburgo, Jorge entonó á Paris una oración en que la ciudad se confundía con la Atenas de Pericles. Se extasiaba ante este ó aquel cuadro, fraternizando á menudo con el espíritu sublime de los pintores.

Dulce fué para ellos el resto de la soberbia tarde de Junio. Su sueño respectivo fué calma cual la suave y superior emoción que les había producido todo aquel esplendor de la belleza sensible. El día siguiente fué de mucho calor y Paris no estaba lejos de creerse una ciudad tropical.

Nada podía detener la gran curiosidad que por todas las cosas bellas é instructivas tenían Jorge y Sordello. Visitaron la catedral de Notre-Dame. Atravesaron las altas naves silenciosas y oscuras, recordando toda la historia de la agitada villa. La gran basílica había sido testigo de muchos días aciagos y de jornadas de gloria para la invicta ciudad. Mejor que el barco insubmersible del escudo, Notre-Dame cuajaba el símbolo vivo de la eternidad de Paris. Después subieron á la torre. En el camino rememoraron vivamente la fantasía poética de Víctor Hugo, el más realista de los historiadores del templo parisiense. La catedral vivía para ellos en la imaginación, con la vida grandiosa de los seres inanimados. Cada piedra les contaba un hecho del pasado. En llegando á la cúspide maravillosa, se extendía á sus pies Paris. Aquí era el vetusto palacio de Justicia, la joyita de la Sante Chapelle, el río negruzco; allá el Instituto, San

Sulpice, los Inválidos, la torre Eiffel, el gigante moderno; acullá se destacaba en lo luminoso azul del horizonte el perfil bizantino de la basílica del Sacré Cœur. ¡Qué profundamente sugestiva se ofrecía toda esa sinfonía de magnificencias arquitecturales! El Sena serpenteaba por la ciudad, atravesado por decenas de puentes. Hacia aquella calma casi perfecta llegaba como un leve murmullo el ruido de la actividad humana. París era verdaderamente la ciudad reina, y la vista panorámica del Louvre, con su corte de aristocrática belleza, imponía más y más ese juicio.

No sin sentimiento emprendieron el regreso. Iban felices, cuando Sordello se detuvo como petrificado, y llevándose la mano al pecho, se quejó de un dolor punzante. Una gran molestia le encendía los pulmones. Se echó á toser. Jorge, habituado á los síntomas de las enfermedades, no presintió cosa buena. Esa noche Sordello la pasó agitado, sufriendo atroces pesadillas. Al levantarse, se sentía extenuado y sin apetito para almorzar. Los días siguientes aumentaron sus males misteriosos, y al cabo de dos semanas esgarraba sangre. Un médico fué llamado. Después de examinarle, en la fisonomía dulce y pesarosa del enfermo se reflejó su inquietud.

En efecto, según se lo comunicó á Jorge, su amigo estaba atacado de tuberculosis. No pudo contener sus lágrimas y recién entonces supo cómo en su corazón áspero se había insinuado un afecto

perdurable. Pensó en los bellos días, ricos en ocios nobilísimos; en las percepciones finamente intelectuales de su compañero del alma, en la bondad ya inencontrable de su temperamento propicio á la paz y á la armonía. En un instante, Sordello se había transformado para él. Hasta el recuerdo de su rostro se le hacía más bello. Su cabeza artística, su frente despejada, sus ojos garzos, en los que se apercibía á veces un abismo, un infinito, su perfil de líneas puras, todo ello constituía para él la expresión de un ser excepcional. Y ese iba á extinguirse pronto sin remedio. La intrusa lúgubre parecía habérselo robado... Se compuso un poco antes de golpear suavemente la puerta del cuarto. Chanceó con él, pero no había medio de levantar la cortina de sus pesares. Le contestó como quien sobrevive á una afanosa lucha en la cual se esperaba sucumbir: «Presentía, siendo muy niño, una muerte así, cuando la virilidad me llamaba al festín de la vida. Mi única tristeza es el hogar desolado que dejaré tras mí y tú.» Al decir esta última palabra, puso su mano en la del amigo. «Sentía siempre el choque de tantas cosas diversas en mí; me atraían por igual tantas y tantas cosas bellas, la fe y el arte, la ciencia y la moral; con el mismo placer intenso leía la Biblia como la *Imitación de Jesús*; Cristo ó Wilde... Una curiosidad tan insaciable, una plasticidad tal de espíritu, créeme, acaba por consumir. Los libros, esos mis únicos amores. Goethe, Taine, Shakespeare, esos mis dio-

ses, habían despertado en mí de tal modo fogoso la fantasía y la inventiva, que más vale morir con resignación que gozar de la suerte de los mediocres. Llevo para adornar mi cuartito en la tierra, muchos vasos griegos, á cuyo borde esculpí líneas puras de pensamientos é impresiones de la delicia que me procuraron el sentir con nobleza y el ver el mundo físico con ojos de artista. Á la humanidad la he contemplado como filósofo. Dios me ha revelado su ciencia misteriosa en la medida de mis fuerzas. He cumplido mi deber con respecto á mi espíritu, hoy más sutil y hermoso que al recibirlo de mis padres.

»He sido un devoto de la vida superior. En todos mis gestos hay idealidad. Creo haber observado la vida en mis escritos con sobriedad y sin ilusión engañadora. He puesto en ellos, en vez de la objetividad fría del naturalismo, la simpatía inteligente de un alma ardiente y el empaque alegrador de mi temperamento sano. Cuanto he hecho y escrito he buscado rodearlo de la poesía que conduce el alma á la música de las esferas más elevadas y más libres.»

Jorge no le interrumpió; hablaba como un profeta en plena visión y sus palabras se arrebuñaban en la elocuencia de las cosas invisibles. El esfuerzo de hablar tan seguidamente le hizo toser y esputar grandemente. No encontraba palabras para silenciar la clarividencia cruel de los que la muerte señaló con su guadaña libertadora. Jorge escuchó

en silencio. Aquella noche y las siguientes, muchos fueron los amigos de Sordello que pasaron á verle, más por curiosidad que por compasión. Entretanto dibujábase la misión fraternal que se había impuesto Jorge. Escribió, desgarrado el corazón, á la familia del amigo. ¡Qué mala le parecía la vida! Había vuelto á la intensa tristeza suya, pero ya no podía abandonarse á su perezoso enervamiento. La enfermedad de Sordello hizo aparecer en él los restos de su energía y voluntad. Puso fin sin pesar á sus relaciones con Andréé. No se ocupó más de ella ni de otra mujer. Sólo vivía ahora para la amistad fraterna. Los médicos llamados á opinar sobre el caso resolvieron enviar al enfermo, sin pérdida de tiempo, á Davos Platz.

El viaje á Suiza fué penoso y en parte agradable. La cara de Sordello había ya adquirido una mortecina palidez y su flacura era extrema. Muchos, notando en él al tísico, no se sentaban á su lado, y así fué que casi todo el viaje lo hizo solo con su amigo. Momentos había en que una hermosa calma ilusoria se apoderaba del paciente, y entonces la conversación era amena y zumbona. Uno de los temas desarrollados con amplitud por Jorge fué las contradicciones marcadas que existen entre el escritor y su vida.

Á este respecto, Sordello rebatió el concepto pesimista y deprimente expuesto. Para él un artista, un pensador, un talento político, un carácter; en fin, toda persona en quien se manifestaba

alguna superioridad, no lo era así en todos los momentos del existir. Todas esas cosas grandes y bellas se revelaban en esos hombres de una manera intermitente; obedecían en la mayoría de los casos á inspiraciones súbitas, no pocas veces ajenas á preocupaciones del momento. En este sentido, el hombre genio ó de talento, según los casos, podía ser también un ser vulgar. Vieja la comparación, eternamente bella del alma artista el arpa eólica que se mueve al son de cualquier viento.

El artista es más bien un ser oyente, un sensitivo que un creador en toda la extensión de la palabra. Arriba ó compenetrando nuestro mundo físico, se extiende otro plano, en el cual seres desencarnados van y vienen como las ondas de un infinito mar de pensamientos. Nosotros, poseyendo á menudo un vehículo nervioso apropiado, damos curso á esas bellezas de sus mentes, más sùtiles y divinas. De ahí resultaría la inspiración un torrente cuyo origen desconocemos, una voz que no hemos escuchado con nuestros oídos físicos, un paisaje no contemplado por el sensorio habitual.

No sé si fué convincente su dialéctica á favor de esta filosofía idealista, mas Jorge no pudo sino admirarla serenamente. Él prosiguió en seguida otro asunto, y esta vez á él correspondía la palma de la razón.

Era versado en la criminología, estimando sobremanera á Lombroso, Ferri, Ferrero y Scipión Sighele. Éstos habian hecho ciencia positiva, pero

una vez que quisieron deducir premisas para aplicarlas á la sociedad, todo su saber se desmoronó como un castillo de naipes. El ergástulo, ese castigo digno de la Inquisición, era el mejor ejemplo de esa aberración, que lleva al sabio á dejar la investigación serena por la medicina social.

Ratos después, una vez tomados los medicamentos, la conversación recayó sobre las profesiones favoritas. Iluminósele el rostro á Sordello, y dijo: «Mi profesión ideal es la del profesor que llega á imponer su saber, que lo recoge en libros de estilo y constituye á su alrededor una brillante pléyade de discípulos. Vivir la vida sencilla del pensador en un viejo claustro universitario; amarla y hacerla sentir á los demás; no abochornarse de la humildad de su estado con respecto á los hombres de acción; desenmarañar cuanto tiene ello de belleza humana, de verdad y de poesía; enorgullecerse de su misión y proclamarla en esta época de ambiciones desmedidas y reivindicaciones muchas veces harto odiosas, fuera mi programa ideal.»

Era demasiado falto de voluntad el amigo para conformarse á una vocación á primera vista tan modesta é ingrata. Su volubilidad de pensamiento no le hacía considerar la nobleza y las exquisitas dulzuras que procura el profesorado verdadero. No comprendía el someterse á un régimen de vida sin otro horizonte que el propio desarrollo mental. Aunque perteneciente á raza de soñadores, hubiese deseado ser un gran hombre de acción política,

arrastrar á las masas con la palabra elocuente, seducirlas y llevarlas á un triunfo en que el primer puesto fuese suyo y pudiese de ahí en adelante gozar voluptuosamente del resto de sus días.

Sordello volvió á ser dueño de la palabra, y para ilustrar mejor su ideal sacó de su cartera una tarjeta postal. Figuraba un joven de perfecta constitución física, un atleta, con una pequeña Venus de Milo en la mano y un buril en la otra. Todo en él señalaba al griego, al alma sana en cuerpo bello. En el fondo de la estancia se alzaba incitante en su desnudez, apenas escudada en parte por un tul flotante, una joven de líneas armónicas y sueltas. Abajo se leía en alemán: «Sebastian Lucios, der Bildner», el escultor. Así se sentía el joven maestro ante la juventud: era un escultor de almas, un Fídias de mentalidades libres y encantadoras.

Encontró aún otra postal medio oculta en el fondo de su bolsillo, y esta vez apuntó el sembrador de Millet. Pidió le bajaran su saquito de viaje, y de entre las páginas de un cuaderno sacó un grabadito policromo que representaba «las Letras». En la penumbra vaga aparecía de un lado Pallas y Atenas, y del otro, en actitud de adoración, un mocetón recostado sobre una mesa en el acto de escribir. No pronunció una palabra más y se quedó quizá soñando en todas esas cosas altas que le incitaban á la vida. Miró el paisaje ondulante, pero no era lo suficiente sugestivo para distraerlo de sus pensamientos tristes. De nuevo, y con más

fuerza que otrora, sintió el enorme peso de su destino enigmático. Hizo un último esfuerzo para contener sus lágrimas, mas no pudo. Sollozó. ¡Qué triste ser despojado de las maravillas de la existencia! ¡Cuán doloroso no ver al maduro Abril, y sólo conocer de la humanidad el pensamiento! Había amado, lo recordaba delicadamente, y el eco de todo ello era sufrimiento, decepción y dolor en su corazón. No había conocido las pasiones tumultuosas y el vértigo embriagador de los sentidos.

Tardío había despertado á la sensualidad, é iba á morir sólo conociendo las caricias de las ideas y de la madre. Acaso la experiencia le faltaba, y soñaba en idilios irrealizables, en exquisiteces incomprendidas...

Sintió una gran amargura. Se imaginaba el sobreviviente de un naufragio. Vivía cogido de una plancha, pero la inmensidad del mar se abría á su alrededor, condenándole á expirar de hambre ó frío. Desgarrante era la escena: Jorge también vibró al son de todas las tristezas imaginables. Aquel vagón semejava una cárcel. En él iban dos condenados á muerte. Al verles ya se adivinaba el fin trágico que pondría fin á sus días. Los enfermos fraternizaron en su dolor.

.

V

Davos

En Davos reina una atmósfera solemne de calma. El aire sutil de la montaña vigoriza el sistema nervioso, al punto de alivianar nuestro cuerpo. El encanto del valle de Davos resulta del contraste del verde claro de los terrenos para pastoreo y los tintes variados de las rocas con el verde sombrío, á veces azulado, de los pinos y sus sombras. El paisaje alpino es vigoroso, mas falto de horizontes variados. Encerrado por todos lados de montañas abruptas, recubiertas de una flora peculiar, la belleza de Davos, se experimenta más en el físico que por la vista. Al pie de la montaña gigante, al fin de una colina muy pendiente, se levanta una capillita. ¡Qué bien se siente uno en la montaña, lejos del murmullo humano, del ruido de los tranvías y automóviles, en la serenidad, á la luz discreta de nuestra vida interna! Una temperatura agradabilísima domina á veces excesiva; otras refrescada por el vaho de los ventisqueros. El éxtasis y la voluptuosidad se alternan en el ánimo ante el perfil soberbio y romántico de las sierras con sus flancos cortados.

Aquí el hombre se siente pequeñito, efímero, un accidente del eterno todo, ante la magnificencia, la violencia y la exaltación de la Naturaleza. Á esta altura considerable el hombre intrépido, libre é independiente, ha llevado todos los confortos de la civilización para mejorar á los enfermos del pulmón. Jamás se ha hecho una obra más bella ni sugerida por una piedad más emocionante. Hermosísimos chalets de artísticos contornos, hoteles coquetos, otros grandiosos, y el inmenso *kursaal*, alzan sus siluetas civilizadoras en esta soledad serrenante.

Á la hora que penetra el tren en el valle, todo se ha teñido del rosado crepúsculo. La luz, que se rarifica poco á poco, desciende sobre los chalets esculpados. Todo ello da la sensación del reposo, y por anticipado ante tales bellezas, pensamos en el placer de la aurora. Las cimas orgullosas son las últimas en desaparecer en el regazo de la sombra.

Los amigos, cada uno á su manera, iban experimentando las sensaciones diversas descritas más arriba. Entraron al anochecer en Davos; era quizá un presagio malo, y así lo hizo notar Sordello, que se volvía cada vez más sensible á todos los signos de un próximo desenlace.

Imaginó el cementerio, donde tantos jóvenes dormían un sueño profundo y dulce, expuestos á la luz deslumbrante, atalaya de su reposo contra todos los intrusos. En el gran hotel los recibieron gentilmente. Los instalaron en un cuartito elegan-

te y limpio como un campo de nieve. Había un escritorio que el enfermo observó con cariño; una mesita de luz con su respectiva lámpara eléctrica y una cómoda *chaise-longue* cerca de una ventana, con acceso á una larga galería de cristal. Estaba Sordello muy cansado, y el médico del establecimiento, luego de auscultarlo minuciosamente, ordenó lo acostaran en seguida. Le recomendó hablara lo menos posible. Anticipando la íntima intención del amigo, Jorge quitó de la valija los libros que el paciente amaba y los colocó sobre el escritorio. Hizo lo propio con un retrato. En la mesa de luz puso un grabado que representaba una hermosa cabeza de Cristo. Sordello sonreía tristemente ante esas pequeñas atenciones que le sustraían del curso de dolorosas ideas.

El médico había notificado á Jorge que no se ilusionara sobre el estado del amigo. Para su mal sólo había una cura, y sobrevendría pronto, con toda seguridad. Aunque hecho á esta idea, sólo pudo oirla con un sentimiento de infinita tristeza.

VI

El sacrificio

La mañana alboreaba en la montaña, un viento fresco corría por el valle; las hierbas finas de los Alpes exhalaban al secarse su perfume aromático. El cielo estaba sereno y la calma esplendía. Todo respiraba el bienestar y el placer de existir. Á pulmones llenos se absorbía aquel aire puro, que penetraba con suavidad en el apartamento del doliente. Hacía tiempo que Sordello estaba despierto, después de un severo ataque de tos. Dirigió una mirada lánguida y prolongada á la Naturaleza, pensando cuán presto se confundiría con toda ella.

El día bello que se abría como una flor para rendir su encanto, era domingo. Al acordarse de su día favorito, cerró los ojos y se puso á orar:

«Maestro, desearía vivir para glorificarte. Tu bondad supera mis esperanzas. Eres más grande y bueno de lo que puedo imaginarte. Desparrama en todos los seres la dicha que hoy me proporcionas á fin de que advenga tu reino y fraternicen las almas. Tras de Ti está sereno el gran Dios, á quien sólo conozco por la belleza de tu enseñanza. Dile cuán-

to le amo, le adoro y le estoy agradecido en todos los momentos de mi existir.»

Abrió sus ojos claros y remiró el paisaje. Cerrólos de nuevo y como una melodía suave y luminosa, prosiguió la meditación:

«Jesús, bien amado, quiero contar Tus alabanzas. Mi corazón se eleva hacia Ti como el incienso ligero. Cerca de Ti quiero descansar para soñar con lo eterno, de lo cual eres la imagen suprema. Dulce maestro, cerca de Ti el día no termina. El universo estrellado, el igneo sol, son poca cosa al lado de la luz con que Tú inundas el alma.

»Á Ti, buscaba en mis ensueños; empapa mi espíritu con Tus palabras; déjame beber de Tu cáliz; dame la mano para marchar juntos. Soy absolutamente feliz. Tu voz se eleva en mí como la aurora preciosa, cual la marea montante invade la playa, semejante al vuelo fecundo de la abeja. Á semejanza de la golondrina, busco un país más templado y hermoso, acariciado por la primavera! ¡Sueño, pruebo lo infinito, me duermo á Tu lado, bien amado!»

Permaneció en éxtasis unos momentos. Al verle en una inmovilidad casi absoluta, con la expresión de una infinita tranquilidad en la cara, se hubiese pensado que ya no era huésped de esta casa de la ilusión. Atmósfera tal de paz imperaba en el cuarto cuando llegó Jorge, que no pudo sino exclamar: «¡Esto me parece un templo, y tú un santo!»

Después de sorbido el desayuno, pidió Sordello

se le leyera en voz alta el primer tomo de la correspondencia de Taine. Todos aquellos pensamientos zahoríes, traducidos por imágenes nuevas y frescas, engrandecían su amor por el filósofo de Vouziers. Le exaltaba su palabra viril y elevada. Meditaba acerca «de la encantadora juventud del hombre pensante». Una gran desesperación se posesionó de su espíritu, un inmenso vacío se hacía en sus recuerdos y se preguntaba desfalleciente: «¿Para qué la vida?» En Jorge repercutió la punzante tristeza y contestó mecánicamente: «Sí; ¿con qué fin sufrir tanto? El dolor nos ha marcado. ¡Sentimos demasiado sutilmente la vaciedad de nuestro destino; tan corta, la dicha! Quisiera desaparecer.»

Recién en ese momento, se acordó de su insensatez; ¡hablar así ante el amigo moribundo! Mas, como á menudo sucede, sus palabras desconsoladoras no tuvieron el efecto esperado y Sordello, á quien ya no podían dañar, convencido de su muerte cercana, pensó en que su querido amigo le sobreviviría. Desde ese instante, juró emplear el resto de las fuerzas que les restaba en traerle á una sana corriente de pensamiento. Su desesperar, su pesimismo, su amargura de corazón eran frutos de la enfermedad. Antes, lo recordaba ahora, no había sido así. La alegría, la tristeza se sucedían en su vida. La fe le había hecho hombre de esperanza. Un optimismo sano y reflexivo era para él condición absoluta de la felicidad individual, así como de la social. Haciendo abstracción de sí, sin otro pen-

sar que el *servir*, sacrificó sin gritos ni gestos su obsesionante tristeza, su terrible angustia para salvar al amigo del abismo que le tentaba. La paz del Maestro le envolvió el corazón. Su oración no había sido cosa vana. La visión de Jesús le serenó y de su grande y tierno amor nació la idea de transmitir á su amigo la fe de una concepción severa, moral y humana de la vida.

Se sentía ya inspirado, y pidiendo tinta y papel púsose á escribir la carta que transcribimos, no sin antes haber indicado á Jorge fuera á pasear por los jardines del hotel:

«Á Jorge de la Torre.

»Querido amigo:

»Fuiste mi amigo en el momento psicológico que una gran decepción me iba á torturar. Me hacía daño el pensar que tú, á quien sólo he querido como á otra persona, en el curso de mi vida, serena para el vulgo, llena de tempestades internas para mí, no pensaras como yo.

»Tu persona es el retrato de tu alma: cruel, afectuosa y deliciosamente intelectual. Cuánto he pensado en ti apenas podrás figurártelo, tú que eres escéptico é irónico.

»Amo la vida porque creo en su belleza, y ha bastado en mi existencia de artista un momento de calma encantadora para que creyera en ella y su virtualidad poderosa para ser feliz. Tengo un alma

bella. ¡Oh, querido! desearía que mi corazón, que mi mente, que cuanto hay en mí de divino, se hiciera verbo y te hablara de la vida tal como la experimento en este momento de exaltación suprema. Como una sinfonía heroica, como una página de Taine, como una caricia de voluptuosidad, la vida sencilla de Suiza, sus montañas gigantescas, su cielo, el verde de sus prados y el alma primitiva de sus hijos, me seducen y atraen. En esta soledad deliciosa y rodeado de esa fisonomía de Dios, que es Natura, me siento ser, vivo mis ideales, concibo la fascinación de ser poderoso, fuerte, superhombre, y todo ello mezclado de piedad para el rebaño y de ática ironía para la imbecilidad, que funda su ensueño sobre la piedra del dinero.

»El hombre es grande por sí mismo. Nuestra alma, que vive en todo lo hermoso, que es amiga de todo lo grande, sólo se satisface en ser superior.

»En la soledad debemos ser nosotros mismos completos y sugestivos, cual salimos de la mano de Dios; en sociedad impera el amoldarnos al promedio vulgar. El gran hombre es actor; su alma múltiple, como las variaciones del ser. Soy eloquente porque quizá hoy, como nunca, me ha parecido que soy tu buen ángel, la mejor parte de ti mismo, tu alma gemela. Quisiera atraerte á un sentido serio de la vida con la suavidad del afecto, con el embeleso de un ensueño que te hará feliz y potente. Te quiero porque me has hecho sufrir,

repito con Shakespeare. Te amo porque pudiendo ser un espléndido burgués no lo eres. Te quiero porque eres un aristócrata del pensamiento. Te detesto por carecer de voluntad. Te odio porque no te vengas de los mediocres trabajando y haciendo fortuna para luego independizarte de todos ellos. El hastío te ha hecho sufrir harto joven. Ves demasiado el lado ridículo de la gente, encontrando un placer enfermizo en decirselo. Locura es pretender conducir á las masas hacia ese justo equilibrio moral que difícilmente alcanza una individualidad distinguida. No debes satisfacer de un modo tan epicúreo tu sensibilidad pesimista. Has de llevar una vida armónica para la conciencia. Ante los problemas dolorosos y las contradicciones insolubles de la existencia, vuélvese uno fácilmente triste y hasta desesperado, mas en ese momento de la prueba estamos *llamados* á ser alguien y no alguna cosa. Se impone entonces á nuestra superioridad el buscar la lucha y el sufrir noblemente. Fuerza es en ese instante refugiarse en la vida del espíritu, por la cual nos diferenciamos de la animalidad, y no engolfarnos en la psíquica y pasional que compartimos con el resto de los seres animados.

»Cuando el análisis de sí es muy exagerado, se traduce por nuestra muerte.

»Vivir es analizar á los demás.

»Los ensueños malsanos, las ambiciones sin rumbo, una dulce pereza son para nosotros como

una sirena, cuyos encantos fatales acabarían por agotarnos y adormecernos para el mundo.

»Preciso fuera ser felices por nuestra bondad, ideales por nuestra sensibilidad refinada y humanos por la tolerancia, la piedad y una ironía filosófica.

»La vida, acaso nadie mejor que el artista y pensador así lo comprenden, es mala, esencialmente mala. Sujeta á fatalidades ineludibles, de ella surge, en su conjunto, á semejanza de un lago, un vapor dañino, si nos empinamos demasiado sobre su misterio.

»Cualesquiera fueran los obstáculos y los reveses, nuestra superioridad nos indica perseguir hasta el fin la ruta, animados de perseverancia y justicia. Eternamente nos sostendrá un coraje indomable y la resolución firme de mantener siempre el alma pura, serena y divina.

»Suiza ha sido para mí un bálsamo. Por más tranquilo que sea nuestro ánimo en París, la atmósfera neurótica enerva y desasosiega.

»Hay demasiadas atracciones en la nueva Atenas. Ninguna de ellas ha dejado en mí una impresión tan profunda y permanente como el Museo Gustave Moreau.

»Quizá ello sea atribuible á la comunión perfecta de nuestras almas cuando la visitamos.

»Vuelve á Helvecia, por la cual fuera menester viajar «como un turco en su harén, yendo de una beldad á otra».

»No encuentro otro lenitivo á tu tristeza que sumirte en la encantadora tarea de escribir. Crea, déjate vencer por el encanto de sentir en tropel las imágenes, las ideas que semejantes á ninfas nos acarician y deleitan. He ahí una felicidad inmaculada.

»Á ver si escribes cuanto antes. Acaso empieces por reverenciar la memoria de tu amigo del alma y acabes por hacerlo como una necesidad de tu espíritu exuberante y sagaz. ¡Á la obra, chico! ¡Zola, el gran luchador, el artista ciclope, no te dice acaso *avanza y habla!* Tu amigo te abraza.—*Sordello.*»

Para despistar sospechas, escribió unas líneas á su madre y otras á los hermanos. Luego se incorporó y dirigiéndose al baúl de Jorge, apartó la ropa y dejó caer la carta. Acaso, cuando él durmiese para siempre, la encontrara y fuera para él como su voz divinizada, grandiosa y augusta.

VII

Aparente serenidad

El maravilloso aire de Davos ha tonificado el cuerpo y el espíritu de Sordello. Ha estado dos semanas constantemente en un sillón expuesto al sol. Ha podido leer un libro sobre la vida y obra de Guy de Maupassant.

En margen, escribe lleno de su antiguo entusiasmo:

«¡Cuán emocionante es en medio de una magnífica Naturaleza, cerca de las montañas solitarias y salvajes, ante un pinar, sentir libremente las neurosis de vida malsana! Entonces cae, semejante á un juego de niño, esa vida tan propia á la creación estética!»

También se divierte leyendo un libro sencillo y claro, *Escenas de la vida campestre*, por Pierre Scioberet. Su espíritu vuelve á una sana alegría que gozoso comunica á Jorge. Los amigos viven y sueñan. Hay días de más calma en sus destinos. En un instante de frenético ardor por la dicha de vivir, Sordello sale en un coche de inválido junto á su

amigo. La conversación serpentea en magnífico desorden sobre todas las cosas que embellecen la vida, pero que al quitarle su rudeza y materialidad, la vuelven, al fin, insoportable.

La serenidad ha retornado á las fisonomías, trabajadas por la angustia cruel. Un maravilloso renacer abrasa los pechos. El domingo, Sordello manifiesta el deseo de asistir al culto de la iglesia evangélica. Lo llevan allí, y su piedad candorosa y ferviente llama la atención del pastor, que le saluda y le promete visitarle el martes por la noche.

VIII

La fe

El pastor Lionel Eroll es un jayán de treinta años, alto, fornido, con un visaje sumamente simpático. Se encuentra aquí en reemplazo de un amigo que está pasando sus vacaciones en los Estados Unidos, de donde también procede Eroll. En sus maneras hay la jovialidad de un joven atleta. Su inteligencia es viva y distinguida. Sobre todas sus excelentes cualidades, una se eleva soberana: una gran sinceridad en sus ideas religiosas. Su vida modesta, silenciosa y humilde, espejea fielmente su fe muy espiritual. Adivinase en sus ojos lípidos y en los rasgos fisionómicos la belleza espiritual, el deseo leal de ser un hombre sabio y de robusta piedad. Busca el triunfo de las sugerencias del espíritu malo por el heroísmo moral.

Como es natural en almas místicas, la conversión se detiene en las experiencias morales. Expone los móviles de su vida interior.

«Es nuestro deber estar igualmente alejados de las angustias de la metafísica y la sensualidad mística.

»La necesidad del creer se explica por la conciencia. Nuestro culto ha de ser todo interior. Toda religión que no implica el deber y el ejercicio de la voluntad es falsa y pervertidora. El pensamiento religioso para ser sano ha de ser útil á la vida.»

«Bien pensado—contestó Eroll, y agregó—: La religión es una intuición anterior al conocimiento, pero no por eso menos verídica que la ciencia. Tiempo vendrá en que todas las pruebas que le conciernen se harán claras y exactas para nosotros.

»La fe sólo se relaciona con hechos morales; la evidencia racional no pertenece á su dominio.

»El pragmatismo de Guillermo James, que encuentra en las consecuencias prácticas de la religión el criterio y la clasificación de los hechos, es á todas luces de una lógica acerada. La religión nunca como hoy ha pisado un terreno más firme. Los hombres de ciencia son los que mejor la defienden á pesar suyo. Así, por ejemplo, el sabio Poincaré demuestra que las verdades científicas no tienen nada de absoluto. Á lo sumo son instrumentos de trabajo, hipótesis cómodas para la explicación de los fenómenos. Aun reduciendo el cristianismo al rango de un hecho puramente histórico y social, siempre tendrá que contarse con él al solicitar un destino mejor para la especie humana. La doctrina del Evangelio tiene la vaguedad que caracteriza á todas las obras eminentes del espíritu humano. Es por ello por lo que no ha

envejecido y cada época encuentra en él un hálito de vida superior. Los dogmas evangélicos no son tales en el sentido absoluto de la palabra; por esa razón se hacen susceptibles de revisión, sin perder por ello su fondo eterno de verdad y bellezas filosóficas. Cristo no se dice sólo ser el camino, sino la vida y la luz, vale enunciar el arte del vivir en las relaciones sociales y el gnosís de nuestro psiquis. Su programa para el hombre era una fe viva y sincera.

»En último término, el gran argumento á favor de la experiencia religiosa es su utilidad social é individual.»

«Esa idea también me es muy cara—interrumpió Sordello—. Tiempo ha que no discuto de religión en el terreno de la ciencia, y en ese sentido el abate Loisy barrunta bien al sostener que el Evangelio narra más visiones cristianas que hechos positivos. Y finalmente, si las promesas de la fe fueran inciertas, ¿no constituyen acaso una ilusión encantadora que semeja la vida á un mal sueño del que despertaremos á una gloriosa é interminable realidad? Ante el infinito, el hombre mal hace en reflexionar, debe soñar. ¿Cuál de esos sueños es el verdadero? La fe es una iluminación que la ciencia no interpretará hasta que ambas no formen sino un solo conocimiento. Es una disciplina moral; mantiene incólume en la madurez el venturoso espíritu del niño, santifica y da paz, porque en último análisis nace del inmenso amor que por

Dios experimenta el ser humano y que se traduce en confianza ciega en su sabiduría para gobernar el mundo.

»La ciencia hace hombres; la fe dioses. La ciencia se va, la fe queda. Es ella, el amor sagrado del progreso, el eslabón por el cual nuestro pasado se encadena á nuestro presente y á nuestro futuro. Es el símbolo del instinto que nos arrulla en serenidad inmutable y nos acerca de la arcánica Naturaleza.»

Las puertas de la esperanza se abren de par en par. La belleza se vuelca en moldes nuevos. La frente de Andrae palidece como la nieve blanquea el horizonte. Súbitamente su espíritu despierta á las certezas de ultratumba. Ante él ya no existe el valle alto y crepuscular, mezcla de salvaje majestad y agreste beldad. Recuerdos lejanos lo maravillan un momento. Parece abstraído, y el pastor, que á su lado vibra con una indecible emoción de la presencia de Dios, articula con voz temblorosa un «amén».

Silencio prima entre las almas; la amistad se insinúa á ellos como una forma de la fraternidad universal.

El espíritu de cada cual tiene presentimientos misteriosos y sin saber cómo, la idea de la muerte constituye su tópico siguiente.

Eroll, con un gesto enérgico, en que se revelaban su resistencia, su sangre fría y su resignación, dijo como la cosa más natural:

—Estoy pronto para cuando el Señor quiera llamarme.

—No temo la muerte—replicó Sordello—; sin embargo, no estando absolutamente seguro de mi serenidad de espíritu para el caso en que fuera el desenlace de una larga enfermedad, anhelaría que mi pequeña lámpara de vida se extinguiera cuando menos lo pensase.

Y el pastor contestó sorprendido:

—¿Y no desearía usted encomendarse al Maestro?

Á lo cual replicó Sordello.

—Él no tendrá en cuenta ese postrer momento, sino toda mi vida. En la parábola de las virgenes está muy bien expresada esta idea. El cristiano se distingue de los demás hombres religiosos por su actitud de espera. El arte de gozar de la vida eterna consiste en tener siempre abiertos los ojos del alma á la belleza que resplandece en todas las cosas.

En ondas puras y sonoras venían como el eco de una campana remota todos los recuerdos sublimes de su conversión; se diría que todos ellos eran como un coro de ángeles resonando en las bóvedas de su alma.

Era ya tarde, y Eroll constatándolo, se despidió de Andrae. En las palabras sencillas «Dios le bendiga á usted», surgía todo el perfume de la emoción que le embargaba.

Cuando Jorge regresó de la sala de concierto,

su amigo dormía con una expresión de absoluto reposo. No sabía definir por qué asociación de ideas recitó suavemente para sí las líneas poéticas de Albert Samain:

*Oh! s'en aller sans violence,
s'évanouir sans qu'on y pense
d'une suprême défaillance
silence... silence... silence.*

.

IX

La carne

El esplendor del paisaje alpino ejercía sobre el estado moral de los amigos una influencia saludable. Su alma tenía necesidad de reposo para adquirir de nuevo la elasticidad de pensamiento y de sentir perdidas. Bebian con avidez, en medio del aire calmo y seco, el sol resplandeciente de la mañana. El hermoso cielo cerúleo, el suave calor, el aire deliciosamente fresco eran tantos agentes maravillosos que tenían sobre ellos una acción vigorosa; constituían una fuente de vida nueva.

Bajo el imperio de un soplo misterioso, la salud volvía...

Caminaban lentamente una mañana gloriosa por la ruta principal, cuando oyeron una melodía sugestiva. Era música extraña, un nocturno insinuante. Ya alegre, ora triste; ya piano, ora fuerte, el arabesco musical llegaba á Sordello como una invitación á la dicha del vivir. Experimentó una sensación seductora de bienestar físico y fuerte algazara espiritual. Era tal su emoción, que se de-

tuvo para tomar aliento. Con voz temblona, articuló:

—Dejarse vivir; coger el fruto sagrado en el jardín de la juventud y paladear en un sorbo la delicia de lo infinito... ¡Qué feliz soy! Es la primera vez que he experimentado esta voluptuosidad. Nada es comparable á esta sensación maravillosa, sino la noche en que una mujer ya madura me inició en el amor... El reposo después del placer... La detención deliciosa del ser en un éxtasis en que el alma se aleja de todo. Es una sensación de unión con la Divinidad... Todo eso que evade el análisis; la euritmia; en fin, rústica é incompleta es nuestra lengua para describir esa experiencia singular. Daría mi vida por un deslumbramiento semejante. ¡Si hubiese aquí un alma bella en un cuerpo estético, un pecho ardiente, un seno suave para descansar allí todo mi ser en un abrazo sutil! Esta dicha ha de hermanarse con otra más íntima y pasional. ¡En mi cerebro pesa demasiado la materia gris!

Sus ojos se volvieron vidriosos, adquirieron un resplandor fogoso; por el azul de las venas circulaba veloz una sangre lujuriosa; nerviosidad viril le agitaba todo el cuerpo.

Jorge trató de disuadirlo por todas las reflexiones á su alcance. Su apasionamiento, en el que había la sublimidad de algo solemne, no era susceptible de cambiarlo la religión ni el sentido práctico. En su exaltación juvenil pensó que la

joven enfermera sentía por él una pasión naciente. Fatigado por tantas emociones, trabajado por la fiebre que agujoneaba el deseo, se recostó y llámola. Viéndole tan abatido, apartó los cabellos de su frente con ternura, pronunciando palabras de aliento. Ciego ya, asíóla con ambas manos en un esfuerzo supremo y la atrajo violentamente hacia él...

Una sensación inefable de serenidad y contento les mantenía en brazos uno de otro, tranquilos.

.....

X

La dicha

«Un amor, una pasión puramente fisiológica, regocija el corazón del hombre. Si en el querer interviene un elemento de idealidad, entonces se sufre amargamente. No hay que poner en el amor sensual nada ajeno á él mismo.» De esta manera reflexionaba Sordello y todo su ser estremecíase de goce.

El paganismo de su imaginación le dictaba esta vida novel. La sensualidad se alternaba en él naturalmente con el misticismo. Su naturaleza no era ajena á Dios ni al mundo. Se acercaba al equilibrio perfecto, á esa dualidad franca de temperamento que produce en nosotros la serenidad. Dar goces á su cuerpo le parecía un deber tan sagrado como el cuidar espiritualmente de su alma. Jorge estaba alarmado, porque siendo una naturaleza apasionada y unilateral, no comprendía el desdoblamiento del yo. Pero optó por no criticarlo más; pensó que en el estado de Sordello todo le era permitido. Esa ansia de vivir, esa fiebre de saberlo

todo, de sacrificarlo á la invicta belleza, eran tantos signos de que la muerte luchaba ya con la vida. La juventud encantadora del artista se defendía y desafiaba á la Parca, mostrándole que su sensibilidad se sabía aún exquisita y potente. Se desvanecía la austeridad y la angustia de su existir, volvíase fuerte, superior, y con un gesto helénico parecía á veces querer posar su mano en delectable contemplación, la estatua móvil, fulgurante y vibrátil del perfecto adolescente, ansioso de todas las venturas sensitivas é intelectuales.

Fuerza, calma, necesitaba de su mente de pensamientos claros. Deseaba alejarse tanto de la temosidad enfermiza como de la neurosis refinada. Su visión era un cerebro tranquilo en que el universo reflejara sus maravillas. Éstas constituían las imágenes que flotaban por su mente.

.

XI

La muerte

Muchos días intensos se sucedieron. Los amigos estaban alegres, ninguna preocupación triste turbaba su vida ideal. Uno de esos días en que todo presagiaba felicidad, al entrar en el comedor Sordello tuvo un vómito terrible de sangre. Fué cosa de un instante, y la muerte ciñó su cuerpo jadeante. La sangre purpurina hacía marco á su palidez diáfana. Paz augusta iluminaba su tez. Le condujeron al aposento suyo. Después de los primeros momentos sólo permanecían á su lado la enfermera y Jorge; se pusieron de hinojos, y con un movimiento trémulo, casi simultáneamente, asieron las manos del muerto.

Durante largo rato la estancia se llenó de sollozos desgarradores. Jorge estaba inconsolable; hubiera deseado abandonar la vida en ese mismo instante. Se levantó tembloroso, y cerrando los ojos del extinto fijó en él su mirada plañidera. Viniéronle entonces á su mente unas palabras que Sordello amaba: «Á su amado dará Dios el sueño.»

En seguida levantó á la pobre mujer, embellecida por el dolor. En su fidelidad al finado había algo de sublime. Así lo comprendía en lo más hondo de su ser, y la abrazó tiernamente para consolarla. Un tanto calmados, se pusieron á lavarle y vestirlo. Como una melodía que llega en alas del céfiro, el alma se cernía por allí. Silenciosos cumplían la lúgubre tarea, á veces entrecortada por un llanto lastimero. De pronto Sordello pareció hacerse presente por el recuerdo, y Jorge rememoró sus disposiciones para el entierro.

«Lo tengo tan presente... Me dijo un día, con su modo insinuante, con su acostumbrada finura para expresar las ideas delicadas: «Deseo ser enterrado en la tierra fecunda, envuelto en una sábana blanca, á la manera de una toga. Sobre mi frente algunas hojas de laurel ó una sencilla corona, para recordar á los efebos de Olimpia. Junto á mí espero ver, cuando despierte, mis libros: un volumen de Goethe, otro de Taine y el ejemplar de la Biblia que siempre me acompañaba fielmente en todos mis viajes. Una mano piadosa acaso plantará flores modestas sobre mi lecho terrenal. El gesto noble, el pensamiento ético, serán recompensados: alimentaré á las flores con las partículas de mi cuerpo y á ellas pasará mi pobre humanidad. Me conducirán á pulso cuatro jóvenes escogidas entre las más bellas; sólo quiero me rodee la juventud en mi último viaje. Si se canta alrededor de mis despojos, cual es costumbre entre los protestantes, en cuyas

máximas moriré, que no olviden mi himno favorito:

Duerme en paz, querido, repetimos á menudo,
no disipando con nuestro encanto
tristes imágenes que penetran los párpados;
mas jamás volverá el pesar
á desvanecer el feliz ensueño
cuando él á su amado dé reposo.

El rocío cae silencioso sobre la colina,
las nubes en lo alto navegan serenas,
aunque el hombre en la tierra siembre y recoge,
más suave que el caer del sereno
ó el bogar de las nubes en el cielo,
él dará á su amado el sueño.»

Aquí se detuvo, y después prosiguió mentalmente: «Que toquen el nocturno de Grieg antes de conducirme al cementerio.»

La poesía y la paz deliciosa de alma que desparraman todas estas ideas, no serían comprendidas de la mayor parte de las personas; así fué que Jorge trató de amoldarse á aquellas cosas que no chocaran demasiado con el medio ambiente.

Avisado el pastor, vino anhelante á ver á su hermano. Mucha triste resignación, mucha melancólica poética, mucha filosofía añeja puso en las palabras con que abordó «al amigo fiel»: «En su vida no cabían la maldad y el pecado. Lo he sentido como si se tratase de un amigo íntimo. Había señalado en él á un elegido. Me encantaba su candor de niño, su sencillez de corazón, su perfecta

humildad y su completa ceguera para todo aquello que no fuera lo bello, lo bueno y la verdad. Que Dios le dé su paz.

»Amigo mío, usted ha sido consecuente para él y la fidelidad es lo que yo más apreció en un hombre.»

Jorge se puso á llorar amargamente, y atrayéndolo hacia sí Eroll dejó que por un momento inclinara la cabeza sobre su hombro.

—¡Jesús está siempre cerca de los que le aman, sin más allá que la perfecta dicha de ser amados! En él hallará usted lo que yo no puedo darle sino con palabras: la paz. El son de su voz es la misma dulzura. Por esta gran prueba, usted va á capacitar mejor el destino confuso y lleno de cosas inesperadas...

Jorge suspiró su respuesta:

—Pero señor Eroll, es tan horrible lo que me pasa... no tendré nunca el coraje de sobrevivir á este golpe y á la neurastenia que me roe el corazón desde hace un año. Aborrezco la sociedad, hipócrita y cruel...

—Por respeto al muerto, cálmese Jorge. ¡Mire qué sereno está! No se inquiete por él, ya no nos pertenece: es de Dios; ha transpuesto el reino de la ilusión y la fantasmagoría. Inclinado está sobre el pecho de Jesús, á quien tanto amó. No turbemos la paz del alma más bella que he conocido...

Jorge inclinó la cerviz y se hincó cerca del cádaver. Eroll hizo lo propio. Entornados los ojos y

con un visible esfuerzo de resignación, empezó á articular, muy emocionado, esta oración:

«Señor, te agradecemos por Tu gran misericordia hacia nosotros. Te hemos comprendido mejor cerca de este ser que ya ciñe la corona de gloria inmortal. Te agradecemos sinceramente, porque tuvimos el privilegio de tratarle...

»Su vida, Señor, fué gloriosa, consagrada á una actividad del espíritu sana, tranquila y valiente, inspirada por un ideal que lo animaba y que realizó en un todo.

»Era la bondad y el silencio mismos. Vivió en el retiro, con el entusiasmo del verdadero sabio. Autodidáctico, la historia de su aprendizaje mental desmiente la absoluta necesidad de la pedagogía. Cautivaba por la dulzura indulgente y alegre. Creció sabiamente en un gran amor por el estudio, siempre entregado á quimeras generosas. Su misión fué la de hacer amable la vida con su ejemplo, por el esplendor del pensamiento, la pureza positiva de la fe y el encanto poderoso de la bondad.

»Te agradecemos el don preciosísimo de su amistad. Amén.»

Hubo una pausa, casi eterna, misteriosa y profunda como la misma muerte.

Un golpe, dos golpes secos en la puerta volvieron la vida á la estancia mortuoria. Eran los peones con el cajón. Animación brutal invadió el ambiente. Una vez todo en orden, se lo llevaron abajo para conducirlo al cementerio. Seguían el féretro

Jorge y Eroll, apoyados el uno en el otro. Á su paso todo el hotel se había congregado.

Avanzó una joven rubia de entre un grupo de bellas adolescentes, y muy compungida, depositó en nombre de las compañeras del sanatorio una corona de las flores que él amaba como el mismo amor y la juventud.

Sic transit gloria Sordelli Andrae!

EPÍLOGO

Ahora que estamos por despedirnos de los últimos actores de este drama, dejémosles donde ellos mismos hubiesen deseado permanecer.

Jorge de La Torre cató hondamente la lección recibida.

Sordello desconoció mucho del dulce sabor del vivir por abstenerse de constituir un hogar. La fecundidad del afecto paterno es irremplazable.

El cubano, por exceso de la peor clase de pasiones, estuvo en el umbral de su ruina. La muerte de un ser tan querido para él como Andrae, desunició sus ojos. Dióse cuenta cabal de que la existencia era algo, mucho, muchísimo más que sensaciones entre dos eternidades igualmente mudas. Fué á Grecia. Allí observó con rigor el duelo que hicieron los padres y hermanos de Sordello al bien amado de sus corazones. Acabó por escuchar la salutación á una vida nueva que le ofrecía el hogar de la familia Andrae. No tardó en casarse con la hermana menor de Sordello: Antégona.

¡Mantuvo su fidelidad al gran muerto hasta el

amor! Entendió, como nunca hasta entonces, que al dar Dios á su amado el sueño, le había dado la vida de sus quimeras.

Con el correr de los tiempos, mejoró á tal punto la posición financiera de los Andrae, que pudieron fijar, cual el desaparecido había anhelado, el lugar donde yacía.

Á la sombra de un templete heleno, consagrada á las más puras doctrinas del Bien, se divisa un arcaico sarcófago á la manera de las Atenas que fué. Una guirnalda de estelios funerarios, reproducidos en mármol pentélico, á imitación de los más hermosos que se exhiben en el Museo Ateniense, forman los lados. Aquí percibimos un efebo gentilmente apoyado contra un árbol ó sobre una columna tronchada; su pie huella con donosura de fuerte una antorcha por extinguirse; allá es Hycinto, príncipe de Laconia, que disputa á Apolo el disco sonriente mientras Céfito, lleno de envidia, está por abrumarle con la muerte; acullá, Hylas, el seductor zagal empujado al río por las ninfas coléricas. Ora era Adonis de extraordinaria presencia, que habiendo resistido los consejos de Afrodita, muere cazando. La inconsolable diosa hace brotar de su sangre aventurera la anémona de púrpura. Ya era la funesta noche abrazada de sus vástagos: el dulce sueño y la muerte.

El principal de los bajorrelieves tenía por tema el sueño de Orestes, velado por Electra, su noble hermana. Ella espanta con amoroso gesto á las tur-

bulentas Furias. Con una ternura nunca tan tierna como en los más fuertes, solicita mece el sueño del gallardo mancebo de esculturales formas. Reposo confiadamente el joven guerrero. Pronto renacerá para destruir con la pujanza de su vitalidad toda grosera usurpación. Las compañeras de Electra, á fin de asociarse á su dolor, avanzan gentilmente enlazadas con esa armonía en las actitudes, cuyo prototipo los helenos hallaron en las tres Gracias. Grabados en bronceos signos, podía leerse:

«¡Gloria immortalis!», y de continuo en caracteres griegos: *Xresto, Sophia, Kalon*.

Sobre una inscripción, veíase un bajorrelieve que era toda una obra maestra: las gradas del estadio con el Partenón por horizonte y la victoria alada, cobijando bajo sus agigantadas alas la gloriosa Olimpia. Encima de la tumba, esbelto efebo, difundiendo á la luz sus núbiles gracias, inclinaba hacia el terso cristal de la onda la artística cabeza, fijos como en éxtasis los cándidos ojos, fruncida la casta boca en un pregunteo doloroso: era Narciso, el divino cazador aquel que se consumió de amor por su alma, donde temblaba la belleza. Sugería el mito que Sordello amaba entre todos los de la vieja patria. ¿No era acaso también la moraleja de su vivir?

Nos embelesan los hilos que en el sacro huso torcemos con deleite tan sólo para acortar nuestros días.

En medallones, superpuestos á los estelios, iban esculpidos los rasgos de los autores favoritos: Cristo, Platón, Shakespeare, Goethe, Leconte de l'Isle, Walter Pater y Wilde, con una cita apropiada de su labor filosófica. Había sido en esa tarea amorosa y paciente, donde el apasionado amigo había ahogado su pesar y aprendido por añadidura los senderos misteriosos de Dios.

Una blanquecina mañana del áureo otoño pudimos ver encaminarse á este huerto electo un hombre de poderosas espaldas, finamente viril. Sus labios los apretaba un mudo dolor.

Después de contemplar el sepulcro y el ciprés que cerca se balanceaba con dulce ritmo, entró á la capilla conmemorativa. Hincóse. Asió la cabeza de espesos cabellos negros con ambas manos en un movimiento convulso de desesperar. Sollozó entonces ante el eterno doliente que pintara Eugenio Carrère en un raptó de inspiración psicológica. Es el dolor del espíritu en un parto de donde saldrá la primavera de la raza.

El derrumbe de una juventud; el casi naufragio de la suya; el caos; el largo martirio de duda y soledad habían sido necesarios para que la cerviz del soberbio se doblara de esta suerte.

Por medio de Sordello, *blanca víctima*, por la admiración de sus virtudes y la crítica de algunos de sus defectos, había pasado sin estremecerse á la amistad de otro amigo, mayor que aquel joven artista, mero discípulo suyo.

La abnegación, el desinterés, la fraternidad, la pureza, la ternura espiritual existían en alguna parte á la perfección.

Las pupilas anegadas de lágrimas, volvió la vista hacia el Crucificado. Se le hizo—ayudado sin duda por la sutileza del pincel que advierte con un milagroso clarooscuro la emanencia del misterio—que ya el sacrificio del Hijo del Hombre se había vuelto á consumir en su favor.

Él ingresaba con el infatigable amigo del hombre á la libertad tranquila, á la belleza del reino interior.

Escrito en Lausanna (Suiza) en Agosto de 1908.

FIN DE «LA FUENTE ENVENENADA»

VARIOS

Poesía de una estancia

(CUENTO DE COSTUMBRES INGLESA)

Pour les princesses lointaines.

La estancia Virginia estaba situada en el departamento..., cerca de un río caudaloso. El terreno era muy ondulado, lo que hacía muy pintoresco el campo. Doquier se descubrían lomas verdes y espesos montes en la vecindad de las lagunas y de los ríos. La Naturaleza aparecía siempre risueña; tenía algo de amable y de civilizado. Uno se creía estar á unas leguas de la capital. Donde culminaba cada colina se hallaba algún edificio: en una estaba la mansión de la estancia; en otra las poblaciones de la Chacra y así de las demás. Á lo lejos, en torno del redondo horizonte, de un lado una ancha franja de arboleda que señalaba el curso del río y los bordes de las misteriosas lagunas; del otro lado pulperías y ranchos; por el costado Norte tres cerros chatos. Este era el panorama que circundaba la población principal. Ella estaba constituida por un *chalet*; una casita que era cocina, despensa,

quesería, depósito y sótano á la vez, un gallinero, un galpón y una manguera.

Al hablar del *chalet* siente fácil la imaginación suponerse en tierra de hadas. La casa estaba en alto sobre piso de portland. Mirada de frente era este su aspecto: galería con reja, ancha puerta de entrada estilo Luis XV, con ventanillas, dos espaciosas ventanas de cada lado, la una perteneciente al comedor, la otra á la sala; en la parte superior un altillo con *terrace*, desde donde se percibía todo el campo. Entrando estaba el *hall* con una gran chimenea para quemar leña; la repisa se encontraba cubierta de *bibelots* ingleses; era su adorno principal un cuadro al óleo del cavaliere E. De Martino, *¡Tempi felicit!* El efecto del *clair de lune* sobre las mansas aguas de la bahía de Montevideo es simplemente admirable. Pocas veces se logra imitación tan acabada. Es ella la pálida Selene que canta Ovidio en su elegía al abandonar sus lares de Roma; que serpentea por las aguas móviles plateándolas y dando aire feérico á la Naturaleza y á los hombres. Al pie del fuerte San José desembarcan marineros y oficiales; acaso para asistir á un baile donde les esperan la belleza y la gracia.

Las piezas principales, como el comedor y la sala, daban acceso al *hall*; al fondo había una escalera como las que se ven en los grabados del siglo XVIII. El comedor era incomparable en severidad y hermosura. De cada lado del aparador había una tela imitando gobelinos; una de ellas re-

presentaba el amor en tiempo de los romanos; la otra amantes del reinado de Luis XII. El primer cuadro estaba pintado primorosamente con gusto y vigor. En el ambiente de una villa romana, tal vez aquella en que Vinicio conociera á Lygia, un joven augustal, apoyado su atlético porte sobre una baranda, habla dulcemente con una doncella patricia, mientras á los pies de ambos se balancean las verdosas aguas de una fuente. Alma Tadema no desdeñaría ser autor de este precioso cuadro.

Otras telas no menos atrayentes adornaban el resto del aposento.

Los cuartos donde vivían las niñas estaban amueblados con objetos hechos en la carpintería de la estancia. Revelaban mucho ingenio y arte. No faltaban en lugar preferente estantes artísticos con libros: novelas de Gualterio Scott, rimas de Bécquer y los libros de Smiles.

En derredor de la casa corrían todas las aves imaginables.

* * *

Aquí vivían unos huérfanos: tres mujeres y dos varones. Hacía tres años habían perdido sus padres, á quienes querían entrañablemente. Como quedaran con una respetable fortuna, viajaron para distraerse.

Todo les aburría, hasta que por fin volvieron á Inglaterra, invitaron á sus numerosos amigos y en un *five o'clock tea* se despidieron de ellos. Vendie-

ron sus tierras y se fueron á América del Sur. Tenían intención de comprar allí una estancia en sitio apartado. Después de mucho viajar é inspeccionar, se establecieron por casualidad en la República del Uruguay y compraron la estancia de que se habla al principio. Ésta había sido un gran establecimiento, pero el abandono de sus últimos dueños la redujeron á una insignificancia. La casa era una pocilga; hubo que destruirla y hacer un *chalet* en su lugar. Las reformas á que se dedicaron los hermanos transformaron por completo aquel sitio. El primer año fué de trabajos y penas; en el segundo ya se descansaba, es decir, todo marchaba regularmente.

La vida de este pequeño mundo, lejos de la civilización urbana, era sencilla y noble. Quien viera á los dos hermanos y á las tres hermanas no sospecharía hubieran habitado las grandes ciudades europeas; tan resignados estaban á la soledad del campo.

Las princesitas, cual les llamara una tía, cuidaban del hogar; los varones, del campo. La reparación de los deberes era perfecta. Cada cual cumplía con amor el suyo.

Antes de despuntar el sol, Godofredo y Seth estaban sobre sus corceles en dirección á algún potrero, donde había de pararse rodeo. Pasaban y repasaban lomas, valles, chircales, lagunitas, monte, para reunir el ganado. Luego abandonaban, conversando sobre sus intereses, un potrero para

dirigirse á otro. Entretanto el sol espléndido se levantaba de su reino en las nubes; los pájaros, con su trino y su alegre vuelo, cantaban su gloria. Parecían decirle: «¡Salve, oh sol, fuente de luz y de vida!»

Godofredo, que era de temperamento más idealista que Seth, murmuraba una oración y recordaba como una música vaga las rimas geniales:

Yo sé un himno gigante y extraño
que anuncia en la noche del alma una aurora.

Deformes siluetas
de seres imposibles,
paisajes que aparecen
como á través de un tul.

Sobre su petizo colorado, Fautleroy soñaba y sentía emociones experimentadas por pocos. Aunque todos los días veía salir el sol, siempre lo emocionaba. Es que veía en él á su dios.

Seth, fiel á su carácter, observaba el alambrado para mandarlo componer ó estirar. Al terminar se encaminaban á las casas. Gustaban mucho de la música; una de las hermanas, para saludarlos mejor, tenía costumbre de tocar el piano así que los veía llegar. Esa mañana había escogido el *Vals de Venus*, seguido de la *Chanson Soarentine*:

Dors ma Carmé, il est bon de dormir dans la vie.

Edita, rubia joven de diez y nueve primaveras, alta y esbelta, les aguardaba en la galería, y to-

mándolos del brazo los conducía al comedor. Leían las oraciones de la mañana; esto lo hacía generalmente Doreen, la menor. En seguida almorzaban. Alegría, siempre alegría, aun en el dolor y en la pena se vislumbraba; era la divisa de aquella familia feliz. Las fealdades de la vida parecía no haberles rozado nunca. Concluido el almuerzo, los dos hermanos hablaban con el capataz y se ordenaban los servicios del día. Inspeccionar, llevar algunos animales á la aguada, traer maíz y alfalfa á los toros finos, llevaba el resto de la mañana. Á estos trabajos más livianos solía acompañarlos la hermana mayor, *Tribby*, apodo que cuadraba bien á su ser franco, expansivo, valiente y con todo distinguido. En traje de cazadora, sencillo pero elegante, montaba en su yegua alazana *Gaucha*, recorría el campo con sus queridos hermanos. *Tribby* era una joven extraña, distinta de las demás mujeres; gozaba con el peligro, se exaltaba ante el esfuerzo físico. Amante del campo, como Godofredo y Seth, era tan sufrida, valiente y campera como ellos. No hay que creer fuera un marimacho. Era algo que poco abunda: una mujer diestra como Diana y sabia como Minerva. De cuanto se encargaba hacía bien, fuera ello una ocupación material ó intelectual.

Edita y Doreen eran encantadoras é instruídas, pero carecían del valor de su hermana mayor. Doreen tocaba el piano y cantaba con exquisito sentimiento. Dominaba cuanto correspondía al buen

manejo del hogar. Para *ménagère* no tenía rival, y su bondad era grande; siempre tenía á su cuidado algún animalito: ora era un pichoncito, ya una potranca, ora un carnerito, ya un ternerito. Los bebés hacían su delicia. Donde estaba ejercía imperio de reina, como quiere Ruskin; cual estela dejaba tras de sí la alegría. Representaba en este hogar fraternal el entusiasmo y la esperanza. Edita era más seria, pero en el fondo existía la misma alegría del vivir que caracterizaba á sus otros hermanos. Amaba los libros, mas ante todo aquellos que los hombres de todas las épocas admiran por hacerles desear cosas buenas y hermosas. Reflexionaba mucho, y su conversación instruía y cautivaba.

Las hermanas eran tres princesitas, pero no de la aristocracia de la sangre, sino de aquella imperdurable, la del talento y del corazón. Su tía, miss Lionel Coucy, vieja solterona, acertó bien en llamarles así. Todo lo que embellecía el hogar y era poesía de la vida, constituía un deber para ellas. El mismo empeño tenaz que manifestaban Godofredo y Seth en mejorar su campo, observábase en las jóvenes.

El domingo era un día asaz feliz.

Los hermanos se levantaban á las ocho; luego se reunían en el *hall* para el oficio divino. Godofredo presidía la función revestido de la austeridad que le reflejaba su misión de padre y hermano mayor; leía la Biblia recostado sobre un almoha-

dón bordado por las primorosas manos de Edita y arreglado por la artística Doreen. Empezaba por agradecer á Dios los sendos beneficios que les había dado durante la semana. Después de leer algunos salmos y el Evangelio de la semana, se entonaban himnos acompañando Doreen en el piano. Con fervor repetían el versículo de David:

«He levantado mi vista hacia el Señor, de donde viene la ayuda.»

Los vastos conocimientos de Godofredo, como sus elevadas facultades intelectuales, hacía seleccionara las poesías más hermosas y los trozos más sublimes para ser cantados ó leídos en el ideal día. Al acabar los hermanos se besaban en signo de paz y de fraternidad. Excuso narrar se vestían con sus mejores trajes. En seguida salían á pasear por el monte. Era aquel un cuadro digno de Rosa Bonheur: caballos de formas nobles, cabalgaduras inglesas, amazonas bellas y erguidas, caballeros *sans peur et sans reproche*: en el fondo de aquel grupo humano una casita todo primor, perros finos jugueteando y por encima de todo la alegría interior exteriorizaba sus mejillas sonrosadas, pupilas dilatadas y la fisonomía nobilísima.

Á eso de las doce y media regresaban para almorzar á la una. Terminado el *lunch* departían alegremente un largo rato, luego salían á la *terrace* todas las sillas de hamaca y *chaises-longues*. Cada uno de los hermanos, sentado muellemente, leía. En una mesita, Doreen apilaba multitud de

revistas. De vez en cuando la voz de la activa niña interrumpía aquel silencio delicioso con canciones tan hermosas como *Tif for tat*, *A mother's lock*, *Queen of my heart to night* ó *Carmela*.

Después de comer tenía lugar otra lectura del Evangelio, seguida de himnos religiosos.

Pasaron de esta manera cuatro años siguiendo los preceptos del deber y de la excelente educación moral que habían recibido, sin ver otras caras que las de los peones y las de los vecinos. El poco conocimiento que tenían del castellano hacía penosa ó casi nula la sociedad de los criollos. La neurastenia de que habían sufrido se aminoró muchísimo, gracias al aire puro y á la relativa soledad. Pensaron en hacer vida social. Edita especialmente proyectaba tiempo ha muchas cosas al respecto. Soñaba con tener á sus amigas y amigos á su lado durante un delicioso mes de expansión en bote, á caballo, á pie, bailando y en feérica *causerie*. Un *party* de gente joven, ¡qué paraíso—pensaba—, lejos de los ojos escrutadores, de las tías solteronas y de los envidiosos! Una noche en que le bullían estas ideas creyó prudente comunicarlas. Corrió descalza, en camisón, al cuarto de Doreen, quien rezaba como una virgen de corazón puro. Esto apagó un tanto su entusiasmo, pero no lo suficiente. Aguardó leyendo. Doreen, impaciente, concluyó ligero; y ya cuando habló se encontraba á leguas del misticismo y de los cielos donde habita el Padre nuestro. Edita la abrazó fuertemente, signo de alegría en

ella, y con timidez en un principio, luego con entusiasmo frenético, le dijo: «Si invitáramos á Ellen, á Nelly y al señor Morton y á Ricardo Brun, ¿qué te parece?» Doreen saltó de alegría y silbó una cancioncita favorita; empezó á bailar por el cuarto y ponderó á su hermanita.

—Aprenderé canciones nuevas, valeses modernos y quizá podamos representar alguna comedia.

—¿Y quiénes serán los espectadores?

—No pensaba en eso, pero podíamos decir monólogos.

—Mañana hablaremos—repuso Edita, é imprimiendo un beso á su hermana desapareció haciendo piruetas. Ya bailaba un vals con Mr. Brun.

Siempre que se acercaba Navidad apoderábase de los hermanos un contento instintivo. Faltaba un mes para la dichosa fiesta que los ingleses aman tanto.

Godofredo y Seth habían dirigido también sus ideas á Nochebuena. Hacía un mes mandaron buscar los números especiales de más de veinte periódicos ilustrados para regalarlos á sus hermanas.

Á la hora del *lunch* juzgó bien Edita sugerir su plan. Doreen la apoyaba con sutil argumentación. Godofredo no pareció sorprenderse, y dando un cariñoso beso á su hermana, le dijo:

—Pienso como ustedes; la soledad es perjudicial en muchos casos, y este es uno de ellos, pero voy más allá. Quisiera invitar unas quince personas para la semana de Nochebuena.

—Muy bien—exclamó Edita, quien gustaba sobremedida de los placeres sociales.

—Eres el hermano más bueno que existe—repuso Doreen gesticulando bastante.

Á Seth le pareció bien la idea, pero en este momento contuvo la emoción que le regocijaba. Pensó en cierta invitada muy rubia, con picarosos ojos azules y un modo coqueto que le cautivaba. Había olvidado á su amiga, pero esta alusión despertaba en él un mundo de ensueños. Estaba en edad y posición de realizar su deseo. Para ninguno de los hermanos fué tan íntimo el goce de una fiesta en perspectiva como para Seth, pero como su alma sentía más de lo que podía decir, calló, reservando su felicidad. Los días que sucedieron fueron de perfecto contento. Doreen era el alma de los preparativos. Edita y *Trilby* escribían las invitaciones.

Quince invitados escogidos harían una reunión ideal en todo sentido. Los jóvenes que debían venir habían sido señalados por Godofredo, quien se empeñaba en no acercarse á sus hermanas sino aquellos hombres que fueran dignos de ser un día sus esposos. Sobre su joven frente, hermosa como la de un Julio César, á menudo se dibujaban arrugas pensando en la suerte de lo que más estimaba en la tierra: sus tres hermanas. Sus padres antes de morir le habían encomendado el sagrado depósito, y desde esa hora augusta se consideraba guardián de un tesoro inestimable. La dulzura de su modo

de ser iba unida á una penetración y seriedad poco comunes en un hombre joven. Conocía sin serlo todas las angustias y los encantos de la paternidad, pues ejercía tan alto cargo con sus hermanos. No era extraño le adoraran. Su palabra y su consejo eran ley, no porque él fuera severo ni autoritario, sino por inspirar sus decisiones en la más alta sabiduría.

Llegó el día deseado, 24 de Diciembre. La casa estaba pronta. El frente había sido adornado con guirnaldas de enredaderas y flores salvajes; en la puerta se leía en grandes letras: «¡Salve!» Farolitos pendían de la galería. En todos los floreros había flores y la mesa del comedor hallábase cubierta de costosa platina. Edita y Doreen vestían trajes alegres de muselinas, escotadas, luciendo sus brazos y pechos alabastrinos. ¡Cuán señoras parecían!

Trilby, en su traje favorito, junto con sus hermanos, había ido al encuentro de los invitados; la estación distaba seis leguas de allí. Iban á caballo, les seguía un *break*, un *charret* y tres caballos de andar. Era una verdadera caravana.

No esperaron mucho al tren: llegó inundando de humo y de bullicio á la estación. Los tres hermanos sintieron la perplejidad propia del encuentro de caras nuevas tras largos años de retiro voluntario. La mayor parte de los invitados, recostados sobre las ventanillas, miraban á las personas sobre el andén. Ricardo Brun percibió á sus amigos y antes de bajarse los saludaba cariñosamente. Los demás

hicieron lo propio en coro. En pocos segundos *Trilby* sufría los abrazos, palmoteos y franca conversación de sus amigas, quienes la asaltaban á preguntas. Godofredo presentó los señores á su hermana. La alegre y distinguida comitiva se dirigió á los vehículos, que los esperaban afuera. Tanto inglés junto nunca se había visto en la estación ni en la comarca. Los peones y demás transeúntes que allí se hallaban miraron asombrados, y en voz bajita decían: «Van para la Estancia de las Invencciones; son ingleses.»

Trilby propuso se detuvieran en lo del jefe de la estación, que galantemente les había cedido su sala y comedor; la propuesta no fué escuchada; todos prefirieron irse cuanto antes. Mientras se arreglaban consultando sus respectivos gustos, pasó un buen rato. Fueron en el *charret* Lionel Towres, que manejaba, y Ella Terris; en los asientos de atrás el capitán Brooks y Mary Terris. La gente sería escogió el *break*; allí estaban miss Dickins, mistriss Marjorybanks, mistriss Sackville, mister Sackville, Ricardo Brun, Lucas Melville, Eduardo Morton y Lionet Towers. El honorable Jorge Greville West, agregado de la legación británica en la Argentina, había preferido ir á caballo acompañando á *Trilby*. Seth cabalgaba junto á Dorothy Sackville y Ruth Majorybanks tenía por caballero á Godofredo. El aspecto de la comitiva hubiera impresionado á cualquier esteta. Juventud, belleza, fuerza y vigor, tenían allí selectos

representantes. Á la mitad del viaje las jóvenes amazonas fueron á ocupar asientos en el coche: estaban muy cansadas. Seth no pudo vencer con sus tiernas miradas el cansancio de Dorothy.

El camino se realizó en medio del mayor contento. Á la puesta del sol llegaron á la Estancia. Como la casa enfrentaba al Este, atajaba al sol, que parecía envolverla en un incendio; arboleda y población se veían como una mancha en un océano de luz intensa. Por entre dos colinas se divisaba este espectáculo grandioso. Impresionó mucho á los invitados.

Al llegar, Doreen y Edita se adelantaron á dar la bienvenida á sus huéspedes. Una animación inusitada reinó por algunos momentos delante de las escaleras del *chalet*. Saludos, palabras de admiración, expresiones cariñosas, risas resonaron en aquellos aires tranquilos. Doreen, acompañada de Dorothy, Ella y Mary, las llevó á sus cuartos respectivos. Edita ya tenía su rueda de jóvenes con quienes conversaba, interrumpiendo sus palabras con risas de alegría. *Trilby* atendía á las señoras. Al entrar á sus cuartos los invitados hallaban en lugar conspicuo el programa de los festejos en su honor:

ESTANCIA VIRGINIA

Navidad de 189...

Á las 8 p. m. comida.

El 24 de Diciembre á las 12 m. tendrá lugar
oficio divino. Luego se bailará.

» 25 pic-nic en el monte.

» 25 de noche: cabalgata.

» 26 pesquería y pic-nic.

» 26 de noche: baile-cindrella.

» 27 paseo en bote por el río y pic-nic.

» 27 baile.

» 28 pic-nic y paseo á la cascada.

» 28 concierto improvisado, etc., etc., etc.

De esta suerte habían organizado paseos y bailes para solazar á los huéspedes. Todo esto hacía escapar frases de íntima felicidad á cuantos lo leían.

Á las ocho sonó el *gong*, señal de que la comida estaba pronta. La concurrencia se encaminó al comedor.

Lámparas con artísticos *abat-jours* multicolores enviaban su luz suave sobre el rico mantel adornado con guirnaldas de flores naturales. El *hall* se encontraba muy iluminado. La casa tenía aspecto feérico: luces y flores por doquier. La comida duró un tiempo considerable; fué un rato muy animado. Al café se retiraron las señoras y jóvenes, dejando á los hombres fumando. Doreen corrió instantáneamente al piano y con todo el entusiasmo de su alma expansiva y eternamente cándida deslizó los acor-

des de la marcha *Tannhauser*. Afuera brillaba la luna. Edita caminaba con sus alegres compañeras por la terraza. Terminada la pieza de música, se oyó una salva de aplausos y se levantaron los caballeros de la sobremesa. Los viejos quedáronse atrás, naturalmente á charlar con ahínco sobre los puntos de la deuda consolidada ó las acciones de tal ó cual compañía.

Una vez todos reunidos, *Trilby* propuso se fuera á caminar; la esplendidez de la noche, clara y serena, invitaba á ello.

Si existe algo de agradable en reuniones sociales campestres, es salir á pasear de este modo. Inmediatamente se formaron pequeños grupos. Edita habló del encanto que hay en cantar un coro; guiados por Doreen y Stephen Carryl, que era muy músico, cantaron el hermoso *Home sweet Home* y otros cantos. Cuando quisieron acordarse era tardísimo. Momentos después se oyeron doce tiros y he aquí que en todas las preeminencias de la estancia aparecieron fogatas enormes. Los bañados se incendiaron. En las cuatro esquinas de la casa ardían antorchas y habían levantado afuera un gran árbol con farolitos. Era la hora en que la humanidad recuerda el nacimiento de Jesús, el más digno y amante de los hombres.

La concurrencia se congregó en el *hall*: iban á cantar los himnos de Navidad. Doreen tocó un preludio de Bach y luego comenzó el acompañamiento. Todos cantaron clara y ardentemente. Por vez

primera se oyeron voces semejantes en aquel sitio apartado de la civilización.

Experimentábase al ver y al oír aquello una emoción dulcísima.

Á los peones, aunque hombres rústicos y de pocos alcances, les parecía aquello una visión, algo nunca visto: el campo era un incendio, la casa un foco de luz radiante y el resonar de la sencilla melodía:

Duerme, dulce niño,
es bueno dormir.

Así se olvida la ingratitude humana.

De tal manera corría el refrán del himno, que nunca fué cantado en condiciones más poéticas. Godofredo recitó conmovido el padrenuestro y luego leyó el Evangelio para Navidad. En seguida se dijeron los cumplimientos de estilo: *á happy Xmas*, felices Pascuas.

La mayor parte de la gente salió á contemplar los fuegos de San Juan y la quemazón de los bañados. Asemejábase aquello á un inmenso cirio encendido en honor del niño Jesús.

El baile empezó momentos después.

La peonada tenía el suyo en una de las chacras circunvecinas.

En el *maëlstrom* de la excitación y del placer fugaron horas tras horas. En el campo el único reloj es el sol ó el propio cuerpo; por esta parte no temían indiscreciones. El frío penetrante y el gri-

sáceo color del cielo que anuncia el amanecer, les sorprendió en las elegantes actitudes del *pas de quatre*, y aun bailaron.

La luz suave, muy suave, penetraba por todas las aberturas de la casa cuando se retiraron.

Seth esa noche no durmió; fuese al monte con un libro. Recostado contra un tronco, en una suave pendiente de la laguna, allí dejó vagar su fantasía, poblando todo con la imagen de Dorothy. Las jóvenes, después del cuchichear inevitable luego de un baile ideal, dormían soñando. Doreen, terminado un sueño leve y nervioso, despertóse con la idea fija en los quehaceres domésticos. Antes que despertaran los invitados había de atender á los mil detalles que hacen marchar bien un hogar. En su actividad de hormiga había la deliciosa *insouciance de la cigale*: trabajaba y cantaba. Sonriente con sus iguales, era afectuosa y maternal con sus inferiores. Lucas Melville y Ricardo Brun no por ser hombres dejaron de preceder su sueño, bien ganado, con risueña conversación y amabilísimo pensar: estaban enamorados, pero, como pasa en estos casos, se limitaron á decirse mutuamente: «¡Qué bonita es ella, qué bien conversá, baila tan bien!...» De ahí no trascendió su emoción. Para el que es diestro en el amar, estas pocas exclamaciones á la manera de lava descubren los volcanes. Claro es que tanto Lucas como Ricardo durmieron íntimamente convencidos de que el compañero era el enamorado y no él mismo.

El capitán Brocks, compañero de cuarto del honorable Jorge Greville West, malhumoró á éste sobremanera con su detestable pipa. Como buen marino, *c'était l'homme du souvenir*: el humo del tabaco tenía para él un poder evocador.

Jorge Greville reflexionaba sobre el matrimonio cuando cayó en grato sueño.

* * *

Eran las once pasadas cuando el *break* de familia conducía por partes á los invitados para el monte, donde habían de *picniquiar*. Sobre una esplanada, en uno de los extremos de la laguna, se colocaron mesas, sillas, canastas, botellas de vino, mantas y hamacas. Edita dispuso con sus amigas la pintoresca ubicación de las mantas. Para cada cuatro personas había una, y á los lados platos, comestibles y un fogón. La mesa fué puesta también, pero nadie hizo uso de ella.

Á la una comenzó el *pic-nic*. Se comieron fiambres, jamón, lengua, conservas y pasteles fríos; había también abundancia de duraznos, melones y sandías.

Entretanto, dos tocadores de guitarra, bien ataviados á la antigua, cantaban. Una de las canciones gustó mucho:

Es muy lindo observar en un baile
cuando empieza un amante á obsequiar

á una dama que cuando él da vuelta ella le hace ja, ja, ja, ja, ja.

Hay algunas que dicen: «Yo siento el amor en mi pecho abrazar», y después que está creído el amante, ella le hace ja, ja, ja, ja, ja.

Y él se piensa que ya está seguro con el sí que ya le oyó pronunciar y la mira, suspira y da vuelta: ella le hace ja, ja, ja, ja, ja.

Así yo cuando obsequio á una dama, si camino voy mirando atrás para ver si le oigo la risa cuando me hace ja, ja, ja, ja, ja.

Á las inglesitas aquello de ja, ja, ja, les hacía reír enormemente. Repitieron la canción varias veces. Concluido el *lunch*, se iniciaron siestas en las hamacas, paseos y *flirtations*. El excesivo calor impedía andar en bote. Á las cuatro comenzó á declinar el sol, dejando en la sombra una gran extensión del lago; entonces se embarcaron. Los músicos iban en la proa tocando suaves melodías. La laguna estaba tranquila; el espejo de las aguas sólo era perturbado por el ritmo de los remos: una red de camalotes y otras plantas acuáticas enlazadas circuían los bordes, inaccesibles por la tupida arboleda. Los árboles afectaban todos los tintes del verde; aquí y allá una pequeña ensenada interrumpía la línea de árboles y daba acceso al monte. Todos rebosaban el placer, y Godofredo en

particular sentía la poética verdad de este pensamiento:

Il y á une âme dans chaque chose, il y en a une dans l'Univers quoique l'être soit bruit ou pensant, défini ou vague, toujours part delà sa forme sensible luit une essence secrète et je ne sais quoi de divin, qu'on entrevoit par des éclairs sublimes.

En un rincón Seth, junto á Dorothy, apoyada la frente en su vigorosa mano, le hablaba así:

—¿Recuerda los paseos á Kenilcourt en domingo? ¡Qué felices éramos entonces! Como niños corríamos uno tras otro, bailábamos juntos, corríamos juntos, dándonos lo que más apetecíamos. Me acuerdo que un día mi padre dijo al suyo: «Creo que Seth está haciendo la corte á su Dorotea.» Y que él respondió: «Podrá amarla mejor cuando sea dueño de una suerte de campo y cinco mil ovejas.» ¿Recuerda, Dorothy?

Ella murmuró un sí y siguió observando los círculos concéntricos que se dibujan en el agua al caer un objeto.

—¿Se ha olvidado ya de cuando solicito, tras del piano, le daba vuelta á la música de aquel vals *No me olvidas*, y que una vez le di allí un furtivo beso?

Dorothy respondió á aquellas frases, que inspiraran un ensueño de tarde de verano, con una risa frívola:

—No recuerde los buenos tiempos. Mire aquel pescado que zambulló allí. Fuera yo él, y le salpicaba de agua fría.

Estas palabras cayeron como tales sobre Seth; se sintió como una mosca presa en las redes de una araña: triste y sin poder huir.

Seth aguardó otra ocasión más propicia para tender su vuelo al reino de Cupido. En tanto el barco avanzaba rasgando las aguas como á tules.

Godofredo observaba á su hermano con profunda satisfacción. ¿Su alegría no era también suya?

Doreen, hablando sus ojos ternuras, jugueteaba con Lucas Melville. Le pedía cantara. Ella accedió. Silencio como el que debió existir en el castillo *de la belle au bois dorman* precedió su cantar dulce:

Abre tu ventana, corazón mío.
Abre, que el frío me hiela;
tus ojos me alumbrarán.

Abre tu ventana, princesita.
Yo te llevaré por el mundo;
seré allí tu guardián y maestro.

Abre tu ventana, reina de los jardines.
Es corta la vida y el amor recuerdo imperdurable.
Ven conmigo; deja tus flores por mi corazón.

Al terminar, «¡bis!» fué el grito unánime. Lo misterioso de aquella selva y de aquel lago realzaban la serenata. *Beautiful*, espléndido; *charming*, encantador, eran las palabras que más se oían allí.

El bote regresó y se llevaron las provisiones para otro punto. Bajaron en un puerto para beber la bebida más nacional. En derredor del fogón se sentaron Doreen y Edita; sirvieron el té, que hace

felices á los ingleses; se notaba en todas las fisonomías. Mr. Sackville y Mr. Marjorybanks bebieron sus tazas con verdadero placer. Se tomaron hasta cuatro, interrumpiendo la amable función con apreciaciones sobre la belleza del sitio y de los perros que les seguían. La gente joven se esparció por los senderos. Seth, distraído, se encaminó hacia una floresta natural, silenciosa é inaccesible; Dorothy lo acompañaba.

En llegando, le dijo con voz suave:

—Sentémonos aquí.

El sitio era tan hermoso que atraía; por entre la enramada, como á través de hilo de oro, se percibía el lago sereno.

Seth empezó su narración mirando intensamente á su bella compañera:

—Hace cinco años, Dorothy, híceme un propósito; tenía entonces diez y nueve años; para cumplirlo debo tener tu consentimiento (el recordar pasados tiempos les había vuelto la intimidad). ¿Me lo darás, querida Dorothy?

Ella no dijo palabra, pero alargando su mano, la extendió á Seth, quien se la llevó á los labios, cubriéndola de besos.

—Háblame, Dorothy; dime que serás mi prometida. Te he amado desde jovencito en silencio. Cuanto te contaba esta mañana expresa el cariño que me inspiras. ¿Me querías tú? ¿Me quieres?

Dorothy se puso en pie, y con voz algo alterada por una emoción grandísima, contestó:

—Te he querido desde que te vi por primera vez en casa. Sin conocernos nos quisimos.

Seth le dió un beso, y de la mano, como cuando jovencitos en Kenilcourt, volvieron á tomar el sendero de la ensenada.

Esa noche al destaparse el *champagne* todos se miraban, para descubrir á quién se iba á festejar. Godofredo se levantó, y dirigiéndose á su hermano y á su prometida, les dijo:

—Siéntome muy feliz al anunciaros el acontecimiento más grande que ha tenido lugar en estos cuatro años solitarios de nuestra vida. Seth, nuestro queridísimo hermano, se ha comprometido con la señorita Dorothy Sackville.

Aplausos y gritos de *hurra, well done*, bien hecho, interrumpieron las palabras de Godofredo.

—Dios no podría recompensar mejor su amor al deber y al trabajo. Su compañera que ha de ser en esta vida es digna de él. En mi nombre y en el de mis queridas hermanas le deseo la felicidad que desearia para mí. He dicho.

Las copas chocaron al son de los vivas. Seth abrazó sinceramente á su hermano y dióle gracias por cuanto habia contribuído á su felicidad. Dorothy fué colmada de felicitaciones. Doreen estrujó con besos á su futura cuñada.

El señor y la señora Sackville se felicitaban de la elección de su hija, pues la consideraban un buen partido: Seth tenia carácter y posición social. Jorge Greville West sintió, al oír el *speech* de Godofredo,

no dijeran otro tanto de él. Pensaba en *Trilby*: sus gustos por el campo; su amor á los animales y los sports; su coraje le fascinaba. Heredero de un tío, el duque de..., un día sería dueño de una inmensa fortuna y de varias casas de campo. *Trilby* haría una *chatelaine* exquisita. Saldrian siempre á cazar y discutirían juntos sus intereses rurales. Estas imágenes se sucedieron con rapidez por su mente. El año venidero vendría á la estancia en primavera, como las golondrinas, para llevar su bien amada á otros climas. *Trilby* le quería también, pero no sospechaba fuera otra cosa que amistad.

Para ella, andar bien á caballo, remar y ser buen tirador, constituía ya una rara virtud en un hombre, y si á ello iba unido presencia gallarda é inteligencia pensativa, sentía para semejante hombre simpatía y en algunos casos amor.

Lucas Melville y Ricardo Brun se miraban pensativos. ¿Qué hacían ellos en aquella fiesta de amor cristiano?

Doreen y Edita les parecían ideales: eran virtuosas, eran buenas y eran bien educadas. «Pero —se preguntaba Lucas Melville— ¡quién soy yo para merecer una niña tan llena de vida, de trabajo y de poesía! ¿Acaso la merezco? ¡Pobre de mí!» Como los caballeros medioevales, se consideraba indigno de su dama; lector de Samuel Smiles, recordaba vivamente el capítulo sobre el matrimonio en *El carácter*. ¿Era él Guizot, Heine ó Gladstone? El sentimiento de su poco valer lo aplastaba,

pero algo le sostenía: era el poder de su voluntad para el bien. Con ella podía contar. Se esforzaría en hacerse querer y sería querido.

El capitán Brooks se miró de soslayo en un espejo: pronto declinaría su belleza física. No pudo menos que mirar á su coqueta vecina Mary Terris. «Haría una buena esposa de marino», pensó para sí.

Después de comer, el itinerario marcaba: cabalgata. Á las nueve, cuando la luna enviaba sus más claros rayos, salieron á caballo dirigidos por *Trilby*, que experimentaba gran satisfacción en ello.

Seth y Dorothy se quedaron en casa. Esa noche empezaba para ellos la época feliz de los comprometidos, que gozan de tanta libertad en Inglaterra. Dorothy tocó los valeses que siendo niña habían gustado tanto á su futuro esposo.

Los festejos se cumplieron en un todo durante los días siguientes. Al acabarse la temporada, cuando se despidieron, sintiéronse pequeñitos los corazones.

Seth fué á Buenos Aires con la familia de Sackville.

* * *

La fiesta de Navidad tuvo destinos felices para los dueños de Virginia Farm. Godofredo resolvió dejar encargado del establecimiento á Lucas Melville, mientras él emprendía viaje á Europa con sus hermanas. Después de estar un mes en Buenos

Aires, se embarcaron para la vieja Inglaterra: su hogar y su patria. Los hermanos volvieron á ser los favoritos de sus amigos. Por tres años olvidaron que existía el Uruguay y sus campos. Seth se casó con Dorothy; después de una larga luna de miel por Suiza é Inglaterra, se estableció en la Estancia Virginia.

Lucas Melville hizose el amigo íntimo de Doreen y de Edita; durante su estadía en Europa les escribía regularmente. Doreen de esta manera llegó á penetrar más su carácter noble y sus elevadas intenciones y á quererlo como él deseaba.

Por fin se casaron y hoy viven tranquilos en Buenos Aires.

En Inglaterra, en un baile aristocrático, *Trilby* tuvo el placer de encontrarse nuevamente con Jorge Greville West, quien siguió el camino de los cisnes ofreciendo su mano á la mujer que más admiraba en el mundo.

Edita se casó con Ricardo Brun y se establecieron en Londres: él se puso al frente de los negocios de su padre. Edita brilló en sociedad como es de suponerse; su talento y distinción le dieron un lugar prominente en la alta sociedad londinense. Ayudó á *Trilby*, que con el tiempo fué duquesa de..., á cumplir sus deberes sociales, que son muy grandes para damas de alcurnia en Inglaterra.

Godofredo anduvo errante por algunos años: viviendo ya con *Trilby*, ora con Edita, ya con Seth, ora con Doreen.

Acabó por imitar á sus amados hermanos, y desde ese día siente con Ruskin que «No hay fortuna como la vida. La vida, teniendo en cuenta todos sus poderes de amar, de ser feliz y de admirar.»

Helena Farm, Tacuarembó Grande, Enero de 1901-Febrero de 1902.

Marcos, amador de la belleza

(CUENTO FLORENTINO)

Horae serenael

«El arte... otra forma de expresarse el alma escritura simbólica, coloreada.»

J. R. AIKEN.

«Esa veta apropiada de melancolía que se hallará siempre como inseparable de la perfección de lo bello.»

E. POE.

Al notable estilista Manuel Núñez Requero.

Vivía en Fiésole, en el monasterio del mismo nombre, un joven príncipe llamado Marcos. Pertenecía á una de las más renombradas familias de la época, tan célebre por su crueldad como por su amor á lo bello. La mala herencia se había detenido en Marcos, á quien sólo la contemplación de la belleza movía en sus acciones y pensamientos.

Sus padres habían muerto envenenados, se decía, víctimas de la envidia que les tenía el protec-

tor reinante, su tío. El pobre y desolado joven había sido recluido inmediatamente en un monasterio, con el secreto designio de que se volviese monje. El perverso deseo del tirano no se cumplió: Marcos creció como heredero presunto que era al gobierno de Florencia. Llegó por su íntimo sentido del arte á dominar á todos aquellos monjes. Escuchaban su juicio, consejo ó simpatía. Todos ellos alababan á Dios, consagrándose á un oficio. Italia pasaba por el afebrado periodo del Renacimiento, y en Fiésole, no menos que en las demás partes, se pensaba en hermosear el monasterio.

Una mañanita muy fría, Marcos fué notificado de que el *Capo della Repubblica* había fallecido en una orgía; el mancebo era el llamado á sucederle. No sin amarga melancolía abandonó el hogar sereno de su vida y á aquellos hombres fuertes y puros. Para dominar á un pueblo refinado y cruel como el florentino, se necesitaba otro temple.

No por mucho tiempo pesó sobre él la inquietud y el pavor engendrados por una nueva empresa. Recordó el instante más divinal de su vida, cuando en absoluto silencio, allá sobre la superficie tranquila de las aguas, le había sido revelada la potencia interior de su espíritu por vez primera, con todas sus posibilidades de éxito y de gloria. Por conductos distintos nos llega esta divina nueva. En su caso, fué al través de la belleza de su fisonomía donde el perfil clásico revelara la misma serenidad é inocencia que en Grecia. Desde

ese día su existencia se transformó. Era tan intensa su incomparable felicidad, que viéndose dueño de los destinos de un pueblo, pensó poder conducirlos á su visión y producir en él la dicha.

Su coronación fué claro indicio de su propósito filosófico. Los austeros consejeros se mostraron adversos á tanta prodigalidad. Todos los sabios y artistas con que contaba Europa, fueron invitados á esta ceremonia, que en la forma de una mascarada debía reproducir la procesión de los Caballeros del Graal al sitio donde se celebraba el divino banquete. Para Marcos, el Graal era la belleza, objetivo ó tendencia por la cual en ese momento era más fácil acercarse á Dios.

En el instante de ser coronado en la gloriosa catedral, una atmósfera de profunda espiritualidad radiaba del joven monarca. Cuando la corona ducal iba á posarse sobre sus sienes, la arrebató de las manos del cardenal-arzobispo y adelantándose con ella al altar, dijo humildemente:

—Hasta el día de mi muerte no seré coronado, porque aun se está por saber si merezco tal recompensa.

La estupefacción fué general. Debía aumentar con el tiempo.

Seleccionó sus consejeros entre los hombres, cuyo espíritu se inclinaba más á la filosofía que á la astucia, tan prevalente entre los estadistas de la época. Comenzó desde luego á desenvolver su filosofía política, fácil de resumir: *reformar por lo*

bello. Se rodeó de una guardia compuesta de los jayales más bellos é instruidos del ducado, cualquiera fuera su origen. Mandó construir en los jardines del palacio seis magníficas casas y las llenó de cuanto su mansión tenía de más artístico. Por turno, mandó que morarían allí todas las familias pobres de Florencia. Antes de instalarse en ellas se las bañaba y vestía como en la corte. Esta gente se sentaba en la mesa ducal y participaba de todos los pasatiempos de esa vida variada, cómoda, intelectual y placentera que fué maravilla del *Quattrocento*. Los seres felices aumentaron en proporción á la ambición que despertaba en ellos aquella riqueza artística fácilmente accesible al esfuerzo y á la inventiva.

Triunfos soberbios ideados por Boticelli, en que el arte más consumado ponía de relieve las lecciones saludables del pasado, tenían lugar á menudo. Los artistas ó pensadores eran invitados á exponer su sistema ó filosofía á la juventud estudiosa. Florencia volvía el cerebro de Italia, y la edad de oro se avecinaba serena. Un adolescente puro y noble conducía á los florentinos al descubrimiento del reino, que no es menester buscar fuera de nosotros mismos. El embellecimiento intensivo de la ciudad preocupaba también mucho al duque. Edificios sugestivos, no sólo exponentes de alta idealidad, sino de esa fuerza y grandeza que la arquitectura imparte, se levantaron como por encanto, acrecentando las maravillas de la ciudad.

En el curso de los asuntos humanos, no era fácil suponer que pudiera durar mucho esta tregua de paz al despotismo y al envilecimiento ciudadano. Esta época recordaba uno de sus días en que yendo el alma en pos del eterno encanto, se pasan leves las horas en la ascensión de una montaña. Desearíamos que ese momento feliz nunca tocara á su fin. Pero como sucede en aquel día, en esta época, el sol tenía que declinar. El tierno y enajenador perfume de esta jornada se evaporaría como el perfume de un lirio del valle.

Comenzaron á conspirar los seres que han menester de la sombra para prosperar. La agitación creció sorda, pero fuertemente. Un prelado, á quien Marcos despojó de una prebenda influyente, halló medio de envenenarle. El hecho ocurrió en un banquete fastuosísimo con el cual se quería simbolizar las nupcias de Psiquis y Eros.

Hondo fué el clamor del pueblo. Al esparcirse la noticia, el palacio fué invadido, y al pie del lecho mortuario cayeron asesinados muchos de los agregados al séquito del príncipe. El cuerpo del mártir fué reclamado por el populacho, que se acordó del dicho de Marcos al ser coronado.

Con pompa extraordinaria se celebraron sus exequias, y á indicación de los síndicos, el ataúd fué abierto para coronarle.

La preciosa joya había desaparecido del tesoro. Los que comprendieron lo acontecido, oyeron en lo íntimo de su ser las voces de la juventud he-

roica y angélica que glorificaban á Marcos y le conducían á los más altos sitios del coro «cuya música es la alegría del mundo».

Así se esfuman los grandes sueños y se recompensa á los caballeros fieles.

Montevideo, Julio 1911.

La melancolía de Arturo Cordell

¡Oh mi querido terrible maestro,
detén tus desdenes; dejad pasar la prueba;
yo no espero hallar el beso de la paz,
ni los labios sombreados ó el corazón
que á mi encuentro iban!

Del inglés, de LYON RAILE

I

El padre de Arturo no descansó hasta encontrar para su hijo colocación en América. Resignado se fué Cordell de Boston, á los diez y nueve años, la edad más deliciosa de la vida. Había crecido á la luz de Harvard University. Amaba como á su madre el vetusto claustro del saber. En la atmósfera indefinible del *alma mater*, con todos sus encantos se sentía abrasado por el anhelo de ennoblecerse, de vivir una vida superior, aunque fuese á despecho de cualquier preocupación tradicionalista ó mundana. Aunque su padre le quería mucho, no entendía la vida de esa suerte. Cuando

conoció á Arturo Cordell viajaba yo en el Brasil, comisionado por la Singer Sowing Company. Vivía aquél en una Fazenda, casi al borde del *certao*, ó desierto brasileño. Poco quedábale ya de su altiva virilidad y de los finos rasgos de su helena belleza. Una sed perenne de refinamiento por oposición al medio ambiente ultramaterialista en que vivía llenábalo de una terrible ansiedad, que en él parecía locura. En conversando con Cordell, comprendí cuánto puede interesar la vida contemplativa por sus riquezas interiores. Á veces, la honda melancolía de Arturo tomaba relieves extraños. Se lamentaba de no tener á su lado un joven heroico que fué su amigo del alma y en quien personificaba todos los hechizos de la Grecia. Doloroso era oírle referir el pasado colegial. Si su cuerpo moraba en la Fazenda, su espíritu vagaba por la Nueva Inglaterra.

Vivía con la mente en Boston y Cambridge, con su ambiente místico y al mismo tiempo renovado por una gran sed de vaticinar el triunfo de la vida. Había hecho todo lo imaginable para aclimatarse al país. Gustábale Petrópolis, porque á veces, envuelto como en un sudario húmedo de neblina, divisaba los árboles y las cosas á la luz de la luna, tan hermana de sus tristezas. Se le presentaba el invierno de su país. Deleitábale pasearse gozando en los misteriosos amores de la vida serrana, al comenzar el crepúsculo cuando en lampos rosáceos se coloran las cimas pedregosas. Se acordaba del

glorioso Alpenrot, que purpurea las niveas cimas de los Alpes Berneses.

Había buscado aún, en las bruscas transiciones de la canícula de Río, el fresco tonificante de Petrópolis, un motivo de alegría física. Al hacer el viaje exclamaba desde lo más hondo de su corazón: «Demasiada Naturaleza y muy poca humanidad.» Por más bellos que fueran los valles que se entreabren repentinos al borde de un morro, no le evocaban nunca las imágenes predilectas y risueñas de los lares lejanos.

«Demasiada luz—exclamaba sin cesar—; no me puedo concentrar.» Le complacía cruzar la bahía de Pinanabaro, sobre todo cuando encapotado el firmamento, ocultos el Corcovado, el Tiyuca y el Pan de Azúcar, pareciale hallarse sobre la laguna veneciana con que á menudo soñara. Gustábale el poder evocador de las cosas. Visitó los monumentos de Río, maravillándole la Candelaria por sus mármoles multicolores y cierta suntuosidad poco común. La coloración de los altares y las imágenes de palo, las encontraba disonantes con la definición de Dios: «Espíritu y amor». Había subido al Corcovado á toda hora del día para contemplarlo á los efectos transitorios que la luz da á los objetos. Era una fiesta, sí, pero lo era para la vista más que para el espíritu, que no se satisfacía allí por entero. Amaba el Pan de Azúcar desde que le había divisado un día, rojo, cobrizo, como un gran ídolo budista. En viéndole, había podido concebir mejor á Dios

que en la Candelaria. La avenida Beiramar desperataba su entusiasmo. «Eso sí—me decía—: tiene un valor cultural equivalente á las grandes catedrales ó á un templo de la ciencia como Harward.» Le exaltaba de entusiasmo la mar serena reluciendo su tersura al febriciente beso del sol y amurallada entre morros de vegetación lujuriosa. Toda su fe en el pueblo brasileño procedía de la contemplación de este espectáculo único.

Conociéndole, joven de cultura social, nuestro embajador le invitó á la morada presidencial. En este palacio, donde triunfa á menudo el buen gusto y el lujo, se halló bien.

«Demasiada luz, demasiada exterioridad», me repetía siempre.

¡Qué nostalgia tenía de la nieve! ¡Qué *saudades* del *home* americano, tan hermoso, limpio, con sus rincones confortabilísimos, sus poéticas ventanas entornadas mirando al jardín! Haciale falta la serenidad de América, su optimismo, su inquebrantable fe en el porvenir.

Vierge et viril, son corps inadoptable réluit au galop.

De sa main vers la frise erigée

il pravoque au combat un dieu digne de lui!

¡Pobre triste alma de joven! Sólo en el Reino del espíritu se hallaba bien. Buscaba sin saberlo una inteligencia espiritual; la Naturaleza sola no le conmovía. El ambiente donde vivía no le daba la sensación del misterio, la noción de lo infinito, las

emociones y pensamientos indefinibles del alma. Para abreviar su sed, sólo existía una fuente: *América*. Me interesó tanto el desgraciado joven, que escribí á su padre sobre el estado de su precaria salud. Fué demasiado tarde. Al volver de una jira por Minas Geraes, lo hallé moribundo. Al expirar, sus ojos dulces y vivos me buscaron ansiosamente. Confuso ya su pensamiento por el obscurecimiento psíquico, articuló con suprema energía estas palabras: «¡Demasiada luz, menos luz!»

II

Repuesto ya de la gran pena, púseme á hojear uno de sus libros favoritos.

Eran los *Imaginary Portraits*, de Walter Peter. En su letra más clara había puesto bajo el título el pensamiento latino *hortus deliciarum*. Hallé muy subrayada la frase del autor: «Era un período como lo notaban los viejos, de los jóvenes y su influencia».

Evidentemente se había detenido en el estudio sobre *Sebastian von Stork*. Muy pronto el hondo lector me dará la razón de su preferencia: «Encuentro en esta biografía imaginaria reflejado mi propio temperamento».

Aquí y acullá escribió á guisa de comentario

los siguientes pensamientos: «La inquietud del infinito vence siempre en mí los bajos deseos.»

«¿Por qué se habrán divorciado el cuerpo y el espíritu? Sin rebajarse ni el uno ni el otro pudieran haber realizado cada cual su vocación, como la siguen dos fieles amigos.»

«¿Cuándo volverá á gobernar el mundo un Pericles?»

«¿Perece el arte en una sociedad muy sensual? ¿Acaso no atrofiará un día el excesivo materialismo el órgano misterioso con que se perciben las cosas bellas?»

»¡Imposible imaginarse en nuestros días tortura mayor que la de sentirse superior al ambiente en que se vive, y no hallar quien así lo reconozca! El alma languidece por falta de estímulos.»

«Amo los países donde los intereses prevalentes son los de la vida interior. Los trópicos tienen un efecto desastroso sobre mí. Tengo nostalgia por la obscuridad, una aspiración semejante á la de Mignon por Italia, mas aplicada al Norte de Europa y América del Norte con sus nieves purpúreas, pinares y paisajes familiares. Carece esta parte del mundo de la inquietud, del reposo, del silencio que delectan á las almas concentradas. ¡Expresamos tanto cuando estamos en paz absoluta con nosotros mismos! ¡Hay tantos modos de evidenciarse sin recurrir á la palabra, el arreglo de un cuarto, el amor por ciertos libros, cuadros ó dogmas religiosos!»

«Mi vida sueña sin desfallecer con la verdad pura. Las pasiones al exasperarme se esfuerzan por detener el vuelo.»

«La práctica del Evangelio es tan sólo un proceso mental por el cual se niega rotundamente el poder del mal y se afirma de continuo el divino parentesco hasta confundirnos con la mente única.»

...Con el bosquejo rápido de esta vida amiga, ha anhelado incorporar á las letras latinoamericanas ese doloroso malestar que se apodera de no pocos espíritus en estos ámbitos del continente americano, cuando han probado una civilización más artificial... ¿Vendrá ella? Arturo Cordell es un precursor.

¡Á Goethe se le espera aún en la América latina!

Río de Janeiro.

Fantin

«...porque Dios entra en el hombre cuando éste siente dilatar su fuerza y nobleza más allá de todos los límites.»

TAINÉ.

A Eduardo Ferreira, amistosamente.

Apenas desvanecida la fatua alegría que ocasiona la decapitación de María Antonieta, el pueblo parisiense sintióse presa de descontento consigo mismo y hubo en la atmósfera mental de la revuelta ciudad una calma relativa.

En su boardilla, iluminada por la luna llena, Fantin meditaba, el alma en pena.

Hijo de un campesino de los alrededores de Troyes, el castellano de San Juan de Seult, apercibiéndose de sus gustos artísticos cuando le sirvió de paje, le había enviado á París para estudiar.

Un día había sido sorprendido copiando extasiado unos ángeles de Fra Angélico. Parecíase mucho á los querubines del pintor iluminado por su

larga cabellera, la fisonomía franca y la armonía de los rasgos ahumados en una expresión de sorprendente nobleza. Su mirada era la de un soñador expresivo y patético. Aun sólo conocía la poesía del amor; ello se advertía en la ondulante dulzura que emanaba de sus ojos.

El arte—esa síntesis superior, esa traducción de lo real al idioma más sutil del espíritu—llenaba por completo su vida. La política lo dejaba indiferente. Aun en los momentos de horror por que Francia atravesaba, sus dibujos del Jesús Niño formaban la única deliciosa inquietud. Con la tranquila majestad de un dios mármoleo contemplaba desplomarse todo en su torno.

Á veces, el rumor de la baraúnda revolucionaria llegaba hasta su ventana cuando pasaba por allí alguna tétrica patrulla ó banda de foragidos vociferando cantos obscenos mezclados de soez idolatría por los dioses del día. Casi olvidado enteramente en su rincón solitario, solían quebrantar la soledad el casero con su voz quejumbrosa ó la doncella que le traía el planchado. Poco á poco trabaron amistad estas dos juventudes. No podía ser de otra suerte: la lavanderita era la hija mayor del marqués de Seulf. Éste, en su fuga precipitada, no había podido llevarla consigo.

Ejercía ahora el empleo de planchadora en casa de unos antiguos sirvientes de su padre.

Había huido así de la *Conciergerie* y de la guillotina luego.

Absorto en su arte, Fantin sabía del París acrático por la marquesita.

Á cada nuevo encuentro crecía la pasión que ambos sentían uno por el otro. La separación causábales indecible angustia.

En aquellas horas trágicas, la existencia pendía de un hilo. Al saludarse sentían alborozado sobresalto ante la idea «¡Vivos aún!»

Cierto día llegó Blanca angustiadísima. Refirió á su amigo una orden severísima proclamada esa misma tarde á tambor batiente y entre himnos, á la Una é Indivisible.

Todo ciudadano era llamado á las armas so pena de muerte.

...Por fin, se acordaba Fantin de su asoleado ensueño. Rota ya la faz de su mente, debía decidirse sobre la marcha. Como las olas bravías de un mar agitado, flotaban en su cerebro las preocupaciones más caras: su pasión por Blanche, sus cuadros, sus amos por vengar, su manifiesta aversión por la insolente plebe empeñada en destruir el arte francés.

Hasta aquí se había ejercitado únicamente en las meditaciones apacibles de lo bello.

Por vez primera Blanca se despidió de Fantin con un beso, muy conmovida.

La muerte cercaba al amor.

Esa noche el joven artista preparó su estancia como para una fiesta. Colgó en sitio escogido su obra maestra: un busto del Niño Jesús sobre fondo

de oro muerto, sosteniendo en sus dedos ebúrneos las tablas de la ley mosaica. Rodeó con sus otras telas la prenda favorita en apostura adorativa.

Sobre la mesa depositó sus libros más amados: la *Athalié*, de Racine; *El Cid*, de Corneille; *Manon Lescaut*, de Prevost, y un vetusto misal con ricas láminas recamadas de oro y púrpura.

Una vez todo en orden, púsose á leer las *Baladas* de François Villon.

Amargado por la pérdida de sus ilusiones, cansado, acaso loco de rabia por sentirse molestado en sus planes de dicha futura, cruzó veloz por su imaginación el suicidio. No le duró mucho este estado de supremo desaliento: cayó sobre su libro vencido or el sueño.

Y estas fueron las imágenes de su inconsciencia. Reverberó el fondo estelar de su cuadro del Jesús, fulgurando el halo de arabescos en torno de los luengos y agraciados cabellos del pequeño profeta. Miróle en los ojos dilatados, tiernamente. La mano del Dios se detuvo en el cuarto mandamiento: «Honrad padre y madre.»

Al propio tiempo oyó Fantin como envuelta en hálito perfumado, una voz que le decía suave a oído: «¡Resignación!...»

El día siguiente entró Blanca dueña de una gran calma, y dijo al amado de su corazón: «Ya no puedo alojarme más en lo de la ciudadana Tro-noy sin comprometer á su esposo. De morir aquí ó allí, prefiero hacerlo á tu lado.»

Fantin también no esperaba nada de la vida, sino el don sereno de la muerte.

Á estos extremos crueles había sido reducida la humanidad desde que la Virgen María había sido sustituida por la diosa Razón en los templos de Francia.

Al culto de la Pallas Atenea medioeval, sucedía el del Moloch sanguinario y feroz.

De lo alto de la beatitud resplandeciente, el comprensivo Maestro bendecía, cual en Caná, las nupcias de Blanca y Fantin.

Misterio del amor, que aun transforma en delicias el reino del terror.

El reducido cuarto habíase dilatado: era el alcázar de Psíquis.

Al borde de un renunciamiento absoluto, los esposos vivían en una realidad superior.

Amáronse como sólo pueden hacerlo los proscritos, los parias ó los agonizantes.

El amor en una situación insostenible es tan completo, que sólo puede resolverse por la muerte.

Una mañanita muy fría, varios ciudadanos armados de picas y linternas rojas prendieron al pintor por orden del comité de la Salud Pública. Era acusado de seguir con poco entusiasmo los triunfos republicanos en su empeño de regeneración social... Fué condenado por traidor á la causa de la razón.

Á los pocos días de su juicio sumario, por no

decir vertiginoso, Fantin y Blanca fueron ajusticiados. Eran tan víctimas de la ignorancia atrevida y malévola como lo habían sido medio siglo antes Manón Lescaut y el caballero des Grieux.

Donde no puede ya alcanzarlos la maldad humana, gozan de inefable serenidad.

Una oración

A la señorita... recordando una amistad encantadora.

Venía de dar clase con el ánimo alegre, y guiaba mis pasos al dulce hogar. Mi espíritu estaba en calma; vestía esa serenidad que presagia algún acontecimiento importante. Entré en casa, y lo primero que observé fué una carta con sello de Grecia. Me estremecí de placer; ni el pensamiento ni la contemplación de lo bello han podido suprimir el corazón.

Abri la carta emocionado, como el que penetra en el hogar de la bien amada. Era del mejor de mis amigos: noble de sentimiento, bello en su físico, despierto á las cosas del alma. Hacía ocho años que para mí el grande amigo descansaba junto á sus mayores. El que creía muerto, vivía, y la carta refería su intensa vida. Experimenté honda alegría y púseme á leer la misiva.

«Amigo del alma:

»Por fin llego á saber de tu vida. La amistad

que nos une desde el colegio ha atado de tal manera á mi espíritu y tales alegrías he sentido por ella, que amo asociar tu recuerdo á todos los grandes hechos de mi vida.

»La ventura ha abierto para mí sus áureas puertas, y en forma de un puro amor he sido bendecido. Siento renovar mi ser, dilatarse en mí el genio de la vida que pide amor, dulzura, abnegación y ternezas. Experimenté el paterno sueño, y en pocos días heme vuelto un soñador, á la manera de los vigorosos mancebos de la adorada Atenas. Dice un moralista: «Cuéntame tus oraciones y haré la historia de tu vida.» Voy á transcribirte el perenne ruego que repiten mis labios mañana, tarde y noche. Esta oración te hará saber más de mí que cuanto brotara de mi pluma:

«Jesús, bien amado, quiero cantar tus alabanzas. Mi corazón hacia Ti se eleva como el incienso, ligero.

»Quiero dormirte cerca de Ti, bien amado, Señor de lo Eterno, de quien eres la imagen suprema.

»Dulce dueño mío, Tú eres más hermoso que cuanto contemplo; cerca de Ti el día no concluye.

»El universo estrellado, el sol, son poco luminosos al lado de la luz con que Tú inundas el alma, sensible á la inmortal belleza.

»Á Ti buscaba en mis ensueños.

»Señor, mírame; llena mi alma de celestiales delicias; déjame beber en tu copa; dame la mano para andar juntos.

»Señor, me siento feliz, pero falta á esa felicidad el amor. Hazme á la imagen de aquella por quien mi corazón desborda. Su imagen ya no se me borra más. Hay en este amor algo de Ti, pues por él me he acercado á lo divino. ¡Cuántos proyectos me ha sugerido ella desde el momento en que la vi como una visión de lo alto. Deseo bendigas todas mis empresas. Señor, te ruego que despiertes en su corazón ingenuo, en su alma de joven, esa amistad que los hombres llaman «amor», y que pensando en Ti llamaría unión encantadora aquí y en el más allá. Tú sabes, Señor, qué tesoros de felicidad oculto para ella.

»Comunicale en sus sueños que nada es imposible para mí si ella lo manda.

»¿Qué desea? Un amor más intenso. No he sentido otro más grande ni más hondo. Dile, Jesús, que siempre la recuerdo en mis ruegos y que tan sólo por ella anhelo ser poderoso y grande.

»No le ahorres, Señor, ningún testimonio de la grandeza, de la hermosura, de la constancia de esta pasión, que en poco tiempo se ha vuelto el gran fin de mi vida.

»Te lo agradeceré, Señor, pues has embellecido mi vida con un ensueño de lo infinito...»

Á esta altura de la carta la dejé caer embelesado.

El sol matinal penetraba en la estancia en largos hilos de oro. Mis ojos se llenaron de lágrimas, y díjeme: «Amigo querido, me has precedido en el

camino de la dicha; es preciso que como tú, sueñe, y al soñar, ame.»

Vencido por honda emoción me arrodillé también y comencé á dialogar con Dios...

Al levantarme comprendí que más hermoso que un día de primavera y más tierno que el apasionado ósculo es el amor naciente entre dos almas jóvenes.

Historia de una cruz

Vivía su miseria en París una viuda junto con sus siete hijos; no siempre se había deslizado su vida así; recordaba tiempos opulentos; pero circunstancias diversas la habían reducido á esta situación precaria.

Hasta entonces la buena mujer sostenía su familia cosiendo, pero vino un invierno rudo y el trabajo disminuyó día á día. Además, uno de sus hijos había estado enfermo y los gastos aumentaban al punto de exceder su modesto jornal.

¿Qué hacer en semejante situación? No había en aquel trance madre así reflexiva. Este cuadro la obsedía: siete pequeñuelos que cual tantos pajaritos gemían en su nido, la llamaban, esperando de ella su sostén. Era el término de esta perspectiva la amenaza de una muerte ineludible. En este ambiente marmóreo se movían sus ideas.

Pobre viuda, acudía por doquiera en busca de trabajo, vendía cuanto objeto y cuanta alhaja tenía. Sus esperanzas obscurecían. En el momento

supremo de la angustia le vino una idea como luz súbita, que aclara sobremanera, para dejar en pos de sí más obscuridad. Poseía una cruz de oro, recuerdo de su madre muerta, y de la que había prometido no separarse nunca.

Era, ¿por qué no decirlo? el objeto más precioso y el que más quería. No podía conciliar las dos nociones, la cruz símbolo de redención y la cruz, en su caso particular, instrumento de desesperación.

¿Debía ó no vender la cruz? Determinó por fin venderla, muy en contra de sus íntimos deseos.

Se dirigió á un joyero. En el camino luchaban sus sentimientos ideales con las necesidades apremiantes del momento: un pensamiento, sin embargo, vencía sus escrúpulos, el de sus hijos, cuya vida candorosa dependía de este acto desesperado.

Dentro de la joyería, que de noche es un alcázar luminoso y sugestivo... lloró y luego rezó como para expiar su falta, si falta era.

El desalmado joyero no percibió el dolor de la heroica hija y realizó la compra con presteza.

¡Pobre viuda! Sin duda esta indiferencia aguzó su pesar. Estaba lejos de pensar que el tierno amor á su madre le granjeaba un corazón. Un joven de apostura de gentilhomme había seguido sus pasos esquivos y lo había observado todo con melancólica satisfacción. Vió en la desenvoltura digna y serena de esta mujer la naturaleza de su madre, á quien había amado mucho.

La viuda, por su parte, tan pronto como salió, se encaminó á la panadería más cercana. Pensaba que su madre allá en lo alto velaba por ella. No caminaba, corría. Llegó á su casa, y ante todo, sus hijitos la colmaron de besos y abrazos...

Pasó una hora de íntima alegría, alegría que sólo los apenados conocen bien.

El bullicio infantil se apagaba en el cuarto; adormecidos por el cansancio se desvestían los siete niñitos, cuando se oyó un golpe suave á la vez que temeroso de ser inoportuno. La madre se alarmó, pero dejando entre vestido y desnudo el cuerpecito escualido de su criatura, fué á la puerta. La abrió con cierto recelo; entró un gallardo desconocido, le hizo entrega de una cartera con dinero y le explicó su acción en los siguientes términos:

«Tuve yo también una madre; un ángel por madre. Su felicidad era mi felicidad; su tristeza no lo era menos.

»En medio del boato y de los placeres de sociedad me educó y fui feliz... pero cuando menos divisaba el desenlace de tanta dicha, se me fué para siempre. Desde aquel día infausto todo me es indiferente.

»Mi felicidad está enterrada á su lado. No obstante, me siento desahogado al encontrar en usted lo que buscaba vanamente, una hermana en mis penas; por eso le traigo este dinero.» Y se sacó del bolsillo la cruz que tanto atesoraba la viuda.

Mientras tanto la viuda había palidecido al extremo de que su hijito corrió á su lado y la acarició tiernamente.

El caballero continuó, visiblemente afectado: «Desde hoy, os lo juro, seré el padre de vuestros hijos y un hermano en vuestra pena.»

Una escena de la última guerra civil

Á José M. Zamora.

El ejército ciudadano había pasado por allí; los campos, que acaso los mismos soldados habían arado, eran pisoteados sin piedad; los alambrados destrozados por doquier; todo presentaba la imagen de desolación y destrucción propia de la guerra cruel é inicua.

¡Cuánto joven iba allí, esperanza de sus padres; cuánto esposo, sostén de un hogar; cuántos hombres, arrebatados á sus trabajos!

De un grupo se adelantaron tres en dirección á un bañado, se apearon y desmontando á un compañero enfermo, le depositaron como fardo entre los pajonales. El mal que aquejaba al joven era de aquellos que hacen presentir el «sueño sin sueños» del morir; el reposo que la maldad humana ha vuelto irrealizable. Por ello le abandonaban; vivía, y sin embargo, le sentenciaban á no formar parte del ejército de los vivos.

¿Qué ocurría? El soldado no presentaba herida visible. Un golpe feroz con la culata del fusil había acaso causado el rasgamiento de la envoltura del cerebro. ¿Quizá el mismo delicado órgano del pensamiento había sufrido en varias partes graves é irreparables lesiones? Sea de ello lo que fuere, este pobre ser se sentía al borde del idiotismo y de la locura sin estar precisamente en ninguno de esos estados, pues no podía articular palabra ni coordinar fácilmente sus ideas. Allí le dejaron sus amigos, sus compañeros, sus conciudadanos hermanos.

La guerra, sus imperiosas necesidades, borran todo parentesco y los bellos sentimientos que él sugiere. Los que esto hicieron eran hombres buenos, seres tiernos en sus sentires; sin embargo, no vacilaron en dejarlo sólo allí para que los elementos inconscientes apuraran el fin de su vida. Le despojaron de cuanto podía servirle para vestir.

Antes que en el seno de la noche durmiera en la más intensa soledad para siempre, una familia de negros que por allí tenía su rancho le recogió.

El enfermo era presa de una agitación espantosa: se revolcaba por el suelo; estuvo así por algún tiempo hasta que arrastrándose penosamente fué de nuevo al bañado.

La pobre gente estaba tan asustada, que anunció el estado del enfermo á una familia holgada de estancieros que por allí vivía. Ésta lo llevó á su casa, cuidándole una de las hijas como si se tratara de un hermano. En la casa á que aludi-

mos sólo quedaban las mujeres, pues todos los demás habían marchado á cobijarse bajo el estandarte de las instituciones.

Es de imaginarse en medio del natural espíritu de abnegación y caridad de la mujer, el pánico que produciría un enfermo de esta naturaleza. Vano eran los recursos limitados del hogar para él.

Después de cinco días de penosos sufrimientos, el joven desconocido agonizaba.

El espíritu estaba por alzar el vuelo. El alma alegremente se despedía del cuerpo joven: ni los sollozos de la madre sin consuelo, ni las caricias de las amables hermanas, ni el paso nervioso del padre y de los hermanos, se veían alrededor del lecho solitario en que un desconocido moría. En vano el rostro pálido del moribundo quería manifestar siquiera una pequeña revelación de los sentimientos que el alma reserva para los buenos y nobles; en vano la vista buscaba en el horizonte lúgubre del cuarto una visión del hogar, acaso sereno y apacible, que le vió nacer.

Todos los ágiles miembros se agitaban sin objeto; el cerebro estaba herido de muerte; el precioso tejido nervioso, la tela gris sutil en que el Dios desconocido surca las ideas, habíase rasgado. Toda esperanza de cura era estéril. El joven se moría sólo velado por una joven, como él en la suave primavera de la vida. Era ella una de esas mozas á quienes, si la civilización ha negado sus magníficos recursos, la grandeza del espíritu de la fami-

lia y la belleza de la Naturaleza, fuente de las más elevadas gestiones, ha sabido madurar un corazón abnegado y una voluntad que no conoce lo imposible. Acaso en ese instante del despedir, confusos y vagos recuerdos pasaban por la mente agobiada de dolor y pena, cruzaban como los ensueños generosos del vivir. Quizá en esa ruina de la inteligencia flotara—cual un hada de la leyenda—la silueta ideal de la novia que suscitó los primeros sueños del amor, porque con la pasión amorosa despierta el ser humano á la inquietud deliciosa del misterio de la vida. Las mil circunstancias secretas que vuelven ideales las horas de los enamorados, surgirían nuevamente como los mejores recuerdos de una existencia recién comenzada. Allá en lo más remoto del tesoro del recuerdo, la imagen—entre todas augusta y santa—de la madre se levantaría como el sol para iluminar y fecundarlo todo. Así desfilarian los recuerdos por la mente del soldado ciudadano, por cuyo cuerpo aun circulaba una sangre rica y viril; pero ante el cerebro obscurecido, todo el fermento poderoso de la vida era impotente.

La soledad se hacía en torno de aquella juventud, una de las tantas inmoladas al Dios impasible de la guerra. En aquel silencio de los afectos había la majestad del dolor y la hermosura siempre conmovedora del sacrificio. La muerte se acercaba más y más, y con ella la noche caía presurosa. Así la Naturaleza manifestaba simbólicamente su gran

tristeza. Las sombras caían, y con ellas la agitación del moribundo iba menguando, hasta que la calma armónica del ideal penetró en su rostro, y dando un fuerte apretón de manos á su cuidadora, expiró...

La buena familia que tanto había evidenciado el perfecto espíritu cristiano le dió sepultura.

Hasta hoy descansa, sin saber quién era los que embellecieron con cariño sus últimos días.

Cruz ni monumento alguno señala el sitio donde duerme para no despertar más. Si algún día mano piadosa quiere erigírselo, que no olvide esculpir sobre la lápida su historia: «¡Juventud! ¡Anatema á las guerras civiles!»

Petrópolis.

Reminiscencias

(CUENTO DE NOCHEBUENA)

A la señorita Emma Lereña Juanicó.

Los Roberto vivían en una mansión campestre que había sido castillo en la Edad Media. De esta noble familia sólo vivía un anciano de ochenta años y su nieto, á quien quería como á su propio hijo.

El año estaba ya avanzado, la Naturaleza se hallaba sepultada bajo la nieve, el cielo ostentaba un color gris melancólico.

El anciano iba apoyado en el antebrazo de su nieto Remy. El viejecito hablaba del pasado que había impreso en su feliz memoria tantos inefables recuerdos.

Venían de hacer el paseo cotidiano por los tortuosos senderos de la Bretaña. Era víspera de Nochebuena; en toda la gente notábase cierta alegría que provenía de la proximidad de felices acontecimientos.

Remy, el dichoso niño, sabía de antemano cuál sería el regalo de su abuelito: veinticinco monedas de oro.

Llegaron á la casa. Remy, habiendo sentado cómodamente al abuelito, se fué á su cuarto. Mientras tanto, el anciano daba órdenes á los criados y se hacía traer bolsitas de luises para regalar.

La emoción profunda que ocasiona el hacer bien se dibujaba en aquel rostro aun rosado, dándole la impresión nobilísima de la alegría interna, y no con poco deleite se descubría este pensamiento.

El alma es siempre joven, pero, condición indispensable, el altruismo debe predominar.

«La comida está en la mesa», grita un lacayo, y el viejo despertó de su caritativo ensueño, si lo es la utopía caridad. Remy entró en ese momento; nieto y abuelo marcháronse del brazo al comedor.

Remy acostumbraba jugar al ajedrez con su abuelito después de comer, pero esa noche vino crecido número de visitas, y él se refugió en la amplia biblioteca á leer á David Copperfield. Leía con pasión aquel hermoso libro que describe la dura batalla de la vida librada hasta que el cúmulo de victorias levantan el arco de triunfo llamado éxito. Los actos del protagonista encontraban en Remy un admirador. Había leído de continuo unos tres cuartos de hora en medio de un silencio sólo interrumpido por la respiración. Se hallaba su alma ya lejos del escenario mundanal; palpaba su co-

razón por las cosas del pasado, se interesaba su espíritu en la acción de la novela cual si asistiera al desarrollo de los sucesos. La atención poderosamente sostenida desfalleció de un golpe y empezó un delirio: torrentes de ideas vertidas del Niágara de la imaginación. Parecióle que la lámpara se extinguía lentamente, luego vió surgir una brillante luz semejante al diáfano cristal por su transparencia, se dibujó en su foco un ángel de forma tan sutil como el vapor, desplegando anchuroso ropaje, y tan suelto que tremolaba continuamente describiendo graciosos contornos multicolores. Era su rostro imagen de salud, sus ademanes expresión de bondad. Plegó las facciones y se pintó en el agraciado semblante el júbilo; llamó á Remy. El joven, extasiado, obedeció, tomó el libro y echóse en los brazos de la aparición. En seguida entablaron conversación; ésta recayó pronto sobre los regalos de Navidad. Mientras, el ambiente habíase transformado, se encontraban afuera en el alto cielo.

Hacía un frío crudo; la nieve, cincel de los campos, había cesado, y la atmósfera, purificada, dejaba percibir á través del aéreo tul la luna, los soles y los mundos.

Ora sentía Remy las inclemencias de la intemperie, ya un suave calor, que parecía venir del hogar de la biblioteca. Preguntó el joven al espíritu su nombre, mas éste rehusó bondadosamente decirselo. Como insistiese, le contestó: «Quién soy sólo lo sabrás cuando te apartes del bien.»

Eran tan lúcidas sus miradas, tan atrayente todo su ser, que el corazón no podía oponerse á sus deseos. Volvió Remy la cabeza y vióse en un modesto interior: era la casa de un honrado labrador casado y con siete hijos. El cuarto era de aspecto sombrío, rodeado de tableros de roble; en un hogar espacioso ardían leñas de todas especies, formando una llamarada bermellón; difundíase una luz dorada por toda la pieza, haciendo resaltar la meticolosa limpieza y orden admirable.

De un lado del hogar estaba la mujer zurciendo medias; del otro se hallaba el marido fumando la pipa, las manos en los bolsillos, las piernas cruzadas sobre el guardafuego. Fijaba su mirada en las llamas; pensaba con todo el entusiasmo de su buen corazón en sus hijitos, que esperaban tantas y tantas cosas de su brazo trabajador, pero impotente.

Comunicó sus pensamientos á su esposa, escuchó atento su respuesta, y luego el flujo de la cruel realidad derrumbó con su invencible ímpetu la nave frágil, á la vez que ligera, de la esperanza. Se desgarraron en lamentos los corazones, pero el más tierno de los dos invocó la religión, relató casos insondables de la desgracia humana, y como los albores matinales disipan el terror de las tinieblas, vino la comparación de su propia existencia á la de otros á ahuyentar el descontento y manifestarse la felicidad relativa. En la pieza contigua roncaban siete robustas criaturas, soñando quizás en festejar el más bello día de la infancia: Navidad.

Miró Remy los zapatitos á ver si tenían algo, mas los halló vacíos. «¡Pobrecitos!—exclamó con pena—. Y más aún sus padres.» El ángel oyó estas palabras con visible alegría, y puso en sus manos siete luses. Remy los repartió emocionado... Cambiaron de sitio; era la choza de una modesta viuda que trabajaba día y noche para alimentar á sus pequeños. Cantaba tristemente, cosía con afán, velaba á los tres niños dormidos con sin igual ternura... El ángel hizo recorrer á Remy todos los grados de la pobreza y de la desgracia, comparándolos con la holganza en que vivía. Remy á la segunda visita llevaba el consuelo de su propio impulso; sentíase su alma triste y conmovida. Luego que se encontró nuevamente á la intemperie, dijo: «Ángel querido, al ver toda esta miseria me imagino cuán agriados han de estar esos corazones, cuán feroces sus sentimientos; pero entro á sus casas, observo á los habitantes y veo que su desgracia y su pobreza pone, sin embargo, en sus labios cantos de consuelo y en el corazón la felicidad de la esperanza.»

Remy dejó caer el libro, y adiós aparición; se hallaba en plena realidad. Miró á su derredor, buscó al ángel, encontró sólo ideas é imágenes. Revistó lo ocurrido, volvió á sentir las emociones experimentadas; el recuerdo era dulcísimo, y á esos deseos bajó el amor á poner final al desorden; la acción rielaba en el horizonte y estaba pronta á incorporarse al mundo que fecunda.

Se despidió del cariñoso abuelito; pocos momentos después dormía.

Las doce van á dar; las campanas se sueltan á balancear: hay misterio que recordar, gratitud que despertar, amor que avivar. Expira el 24, nace el 25; como el fósforo deja huellas luminosas en la obscuridad, destella el amor paterno en las tinieblas del egoísmo: es Navidad. La grave figura del abuelito entró en el cuarto de su nieto, dejó su tradicional regalo y se retiró. Llegó la deseada mañana; Remy se vistió á toda prisa, tomó el dinero, bendiciendo al querido abuelo; salió sin dar cuenta á nadie: iba á realizar su sueño...

.....

Años han pasado; Remy es ya hombre; su abuelo ha muerto, es heredero de una cuantiosa fortuna; vive temporalmente en París, donde cursa abogacía. Tiene una inteligencia preclara y un trato afable; promete ser algún día conspicuo miembro del foro.

¡Basta de exterioridades, abajo las apariencias! Recordemos las palabras de Shakespeare: «Los sepulcros dorados encierran los gusanos más repugnantes.»

La vida moderna, el kaleidoscopio del placer había envuelto en sus encantos al joven. Amigos no le faltaban, lisonjas le sobraban; menguaba la amistad, hija de la sinceridad; abriase camino el egoísmo, veneno que destruye los más nobles sentimientos, heraldo del ateísmo.

Era una noche crudísima, la última del año viejo; la nieve caía espesa en copos; era sin duda imagen de las lágrimas que debiera verter el mundo. No todos los habitantes de la gran ciudad dormían; sólo la virtud descansaba en las faldas del sueño; el vicio, que como lechuza tan sólo en la noche hace vida activa, desvariaba agigantando su descaro orillando el frenesí.

Sonaron las tres, y un joven alto, de facciones finas, de frente anchurosa, de color pálido, de ojos apagados, bello el conjunto, salía de una casa lujosa. De mármol, he dicho, parecía aquel rostro menguado de color juvenil, privado del carmín que da el alma á los que embelesan su vida cautiva, y desde luego, ¿á qué materia helada y de lúgubre aspecto he de comparar el palacio feérico de los sentimientos cuyos cristales en otro tiempo tan diáfanos hallábanse empañados en un rocío que ocultaba á los paseantes la perspectiva halagadora de suntuosos salones con lustres resplandecientes, chimeas brillantes, maravillados con todos los hechizos del arte? todo esto recelaba el tupido velo de las pasiones malvadas.

Bajó con pesar y con acelerado paso las escalinatas de la casa de juego.

Dirigiase á la calle cuando una pobre mujer, envuelta en una rotosa pañoleta, ocultando un bellissimo rostro surcado por la miseria, le interceptó el paso. Le suplicó tiernamente, y con lágrimas rodando por sus cadavéricas mejillas, una limosna.

Remy la empujó, pero la infeliz le siguió, desgarrando su quebrantada voz seriamente comprometida por una terrible pulmonía, alzando las manos al cielo en súplica, exponiendo sus penurias y desdichas indecibles.

Continuó su camino, sordo á esa voz de la caridad que en su juventud con tanta solicitud había escuchado y que con tan bellos rasgos había ennoblecido su vida de niño y de joven.

La conciencia, siempre viva del alma, llamó á la puerta el corazón, recordó el pasado, refrescó el recuerdo del abuelo muerto, expuso las consecuencias terribles de su maldad.

Dió vuelta á la calle muy preocupado de sí... al día siguiente, al abrir un diario, leyó de una mujer encontrada muerta sobre la nieve; recordó entonces haber oído un quejido espantoso, luego un golpe seco: había sido la desgraciada viuda, madre de los tres hermosos niñitos que tan generosamente había socorrido aquella inolvidable Navidad.

Dejó caer el diario, bajó los párpados y durmió. Del fondo obscuro del cuarto avanzaba á pasos lentos un ángel, sus alas tenues caídas, su mirar triste, la aureola de luz que lo rodeaba á medio brillar; Remy hacía lo posible para esquivar aquella forma fascinadora; en vano cerraba los ojos: su mente la veía, la imaginación presentábasela con vivísimos colores. Habló la aparición y estas fueron sus palabras:

«Vengo á manifestaros quién soy. Soy la juven-

tud, el Febo de esta sociedad envilecida por la más abominable codicia, ennegrecida por el egoísmo más pavoroso, maldecida por la indiferencia; seguía tus pasos porque eras bueno; me has abandonado, un rudo golpe ha ensordecido tu corazón, tu espíritu juvenil ha dado su último estertor. El mal ha sido grande, pero aun existe una reparación que te volverá á lo que eras.»

En esto el espíritu angélico volvió á su primitiva belleza, llenóse el cuarto de brillantísima luz como antaño, y he aquí que desfiló la infeliz viuda ya revestida de la eterna gloria, sonriente, entregando sus tres hijitos á Remy.

Hogar

A la señora M. V. de Villegas.

Grandioso parece el mundo á
las almas fuertes.

Era en Hawarden donde el genio activísimo de Gladstone se entregaba á las dulzuras íntimas del hogar. También formaban parte de sus preocupaciones la lectura y el estudio.

Bien se le hubiera podido llamar á esa mansión de paz, imitando los nombres poéticos de los palacios alemanes: Gladstoneruhe, descanso de Gladstone ó Lekturfrieden, paz de la lectura.

Al penetrar en el espacioso *hall*, á la entrada del castillo, llamaría la atención del visitante la inscripción sobre el amplio fogón medioeval:

*Spare not
Waste not
To sobriety
Add diligence.*

Y la cual traducida literalmente significaría:

Ni privaciones
Ni despilfarros;
A la sobriedad
Unid la diligencia.

Este precepto resume el modo de vivir de la patriarcal familia que habita el castillo.

Después de atravesar por anchos corredores se pasaría al Templo de la Paz, nombre con que la familia designaba la biblioteca y el escritorio.

Allí se descubría una forma esbelta, triunfadora del desgaste de los años, destacando la cabeza anchísima y la eminencia frontal, sólo comparable á las de Goethe y César, las facciones rígidas y salientes y una expresión facial imponente.

En ese precioso recinto, crisol de los pensamientos más selectos que ha producido la humanidad genial, Gladstone esquivaba el país de las brumas físicas, pero de la claridad del espíritu y del esplendor del buen sentido, surcaba los mares azulinos del Norte y los verdosos del Sur para transportarse al país de sus ensueños: Grecia, la Grecia de Homero, de la cultura y la belleza, del valor y de la libertad, de la poesía y de la filosofía.

La biblioteca era su hogar intelectual. Allí elaboraba sus proyectos, allí se expandiría su admiración por lo grande, allí se sobrecogería su corazón al contemplar á los pueblos oprimidos.

En la enorme biblioteca, con puertas de cristales sobre el jardín siempre verde y con una vista espléndida sobre el río Dee, había varios escritorios destinados á los diversos trabajos; pero lo que más llamaba la atención era una mesa con libros y manuscritos apilados, y que servía de bufete á la señora de Gladstone, primer ministro de Hawarden y secretario del Rey de la Elocuencia.

Ella siempre estaba al lado de su esposo como un ángel guardián; en el Parlamento se la encontraba en la Galería de las Señoras y en la calle al lado de su ilustre consorte ó en una modesta victoria, paseándose de tarde por Hyde Park.

La vida cotidiana de Gladstone se desarrollaba entre las siete de la mañana y las diez de la noche.

Al levantarse se dirigía silencioso á la iglesia parroquial de Hawarden, donde oficiaba su hijo Esteban, para asistir con recogimiento á las oraciones matutinas. Luego que el divino oficio hubiera terminado avanzaba hacia su hijo saludándole con cariño y volvía en seguida al castillo. Allí se desayunaba y seguramente se sentía agasajado por sus nietos

¡Qué cuadro de hogar feliz más digno del pincel de un Rubens ó de un Van Dyck!

El fotógrafo, ese pintor mecánico, ese producto del realismo y de la velocidad con que hoy se vive, ha retenido vagas impresiones del cuadro tierno

de tanta felicidad, mas desgraciadamente, no el colorido vital que conmueve.

Terminado el desayuno pasaba Gladstone al estudio para contestar su inmensa correspondencia; pasaba de ahí á la mesa donde tenía sus trabajos políticos, que le ocupaban hasta la hora del almuerzo.

Para el *lunch* no había hora fija en el castillo; se tendía la mesa á la una y quedaba puesta dos horas.

De tarde se ocupaba Gladstone de ejercicios físicos; aun á los ochenta años era bastante fuerte para tronchar macizos robles y pinos.

Los forjadores de acero de Sheffield y Birmingham se complacían en mandarle continuamente sus más nuevos ejemplares de hachas.

Gladstone era popularmente conocido como uno de los leñadores más entendidos, y ha evocado la musa de un herrero: «Fabricó Vulcano el hacha de sólido acero, para que el prudente brazo de Minerva la manejase.»

Su hijo Esteban lo acompañaba en ese singular ejercicio.

La familia entera se armaba á menudo de hachas, formando una partida de *amateurs* en arte tan saludable. ¡Qué exclamaciones de vivísima alegría no causaría á la «gran señora», á sus hijas y á los nietecitos, en perpetuo movimiento alrededor del abuelo, luchando como un titán contra el gigante pero ya carcomido árbol!

La comida se servía á las siete en Hawarden y Gladstone atribuía su buena salud y larga vida á la frugalidad de sus comidas y al cuidado que ponía en hacer bien la masticación. Su vino favorito era el Oporto, el cual, batido con una yema de huevo, le sostenía á través de sus largos discursos de cuatro y cinco horas. Después de la comida no se llenaba el comedor de espesas y amarillentas nubes de humo, pues como el general Ignatieff, Gladstone nunca fumó.

De noche leía los autores clásicos.

Cada día le traía nuevos conocimientos ensanchando el horizonte ya vastísimo de su saber. Así se explica la lozanía de su talento hasta las postrimerías de su existencia.

Ha sido quizás el único hombre de genio de quien puede decirse con suma propiedad que fué viejo en su juventud, joven en su senectud.

Al llegar la hora de recogerse me imagino ver su figura distinguida cerrar un rico volumen de las obras de Píndaro, en griego, sobre el oscuro tafilete del escritorio que llamaremos de la literatura, y meditabundo encaminarse al dormitorio. Antes de cerrar la puerta dirigir un sentido adiós á sus queridos libros; recorrer los largos corredores del castillo hasta llegar á su cuarto, dirigir una plegaria al cielo con voz vibrante y sincera, acostarse y dormir arrullado por pensamientos propios de un alma que ha sabido cultivar la virtud y como el perfume que exhala la

modesta violeta, ascender su alma tranquila los escalones de la eternidad.

Gladstone está, como dice Shakespeare, en camino «al país de donde viajero alguno ha vuelto» á referirnos sus impresiones y al que entrará con la frente coronada de palmas, mirtos y olivos.

La muerte del filósofo

Á Samuel Blixen.

Cinco días ha que el austero Hipólito agoniza. Su mirar perspicaz reposa; mira hacia su mundo interior; la facultad soberana de analizar, que es en él una segunda naturaleza, está al servicio de sí mismo. Evoca su vida. ¿Qué ha sido, en suma? Una meditación acerca del genial poder humano. Recuerda con quién ha vivido, y entre sus huéspedes están Shakespeare, Milton, Marco Aurelio, Tito Livio, Goethe, Hégel, Carlyle, Stuart Mill. Todos los inmortales han atravesado su palacio cerebral; muchos de ellos han vivido en su íntima amistad.

Uno de los de esta legión pensativa, al ser evocado, se detiene en la mente del filósofo.

«Es triste y noble; la cabeza es la de un hombre completamente dominado por su cerebro: un soñador idealista.» Es Marco Aurelio, el amigo consecuente del *poeta metafísico*; recuerda cuánta energía dieron á su ser los pensamientos estoicos. Hace

un leve movimiento de brazos al pensar así; uno de los discípulos que allí vela comprende el ademán y le alcanza un libro de pensamientos. Están escritos en la divina lengua de Homero, idioma favorito del maestro. En leyéndolos dilátase su imaginación fuera del espacio, extendiéndose á las regiones etéreas, donde le hacen revivir los placeres infinitos. Imágenes en tropel pasan y vuelven á pasar; una sola domina á las demás: la Naturaleza. En este momento el alma del pensador-rey se identifica con la del piadoso emperador.

Todo ha sido bueno y hermoso en su vida; por esa óptica ve á los demás. Entretanto la imagen de la Divinidad se le aparece; ser único, tejido formado de infinitas fibras y células entrecruzadas y en cuyo seno, como en un océano, flotan los soles y los mundos, y perdida entre esos detalles aterradores la escuálida é infima humanidad.

«El hombre es un átomo efímero», se repite el filósofo, anonadado de su pequeñez é insignificancia en el concierto eterno de la materia.

Aumenta su mal de pensar. Queriendo desterrar de su cerviz sutil ese nihilismo, que ahoga los arranques tempestuosos del corazón, pide con la voz ya debilitada le lean las novelitas cortas de Turguenev, cuya forma compara con las producciones de la Grecia clásica. Se extrañan los discípulos ante mandato tan singular; de diseminados que están se agrupan en torno del lecho de su padre espiritual.

Entre ellos, absorto y ensimismado, destaca un perfil de hombre hermosamente intelectual el agudo Paulo, discípulo bien amado del maestro. Á su lado, téticamente pálido, destilando lágrimas sus ojos melancólicos, recostado en el respaldar de la cama, está el historiador literario de la Rusia sombría. Otros muchos discípulos, fervorosos apóstoles de la grandiosa misión que les lega el pensador-rey, en actitudes sugestivas escuchan con devoción la lectura favorita.

Observan las facciones del incansable investigador: apenas si éstas traducen emoción alguna; va adquiriendo el rostro una profunda paz; trasluce Paulo, que la envoltura humana ha caído, dejando despejada la imagen del alma; lo comunica á sus hermanos en la idea.

El filósofo querido ha vuelto al infinito.

Aunque hombres hechos á la lucha y al dolor, todos lloran.

Melchor avanza y abraza al maestro yerto; los demás imitan ese acto piadoso. Alguien abre las ventanas del cuarto. Y cual si la Naturaleza quisiera reverenciar también al sabio y sincero filósofo, penetran alegres los rayos solares; anuncian bello día de primavera.

En la eternidad se regocijan los espíritus.

Hiera Odos

(EL CAMINO SAGRADO)

Meditación sobre el atleta helénico

Los tiempos clásicos fueron
fecundos en almas serenas.

R. LEÓN.

¡Oh la euritmia plástica de las Afroditas, de los Apolos, de los efebos que se ejercitaban en la palestra! ¡Qué raza ideal aquella cuyo viviente modelo tenían ante sí Mitrone y Policeto; Scopas y Fidias, Praxiteles y Lissippo!

La cuna de este producto fué la gimnasia. Ella devolvía generaciones de seres cada vez más armónicos, fuertes, ágiles y serenos.

Maravilla—dice Plinio—cómo la mente se activa por el ejercicio corpóreo. Sin duda, tendía su mirar hacia Palas Atenea y los electos que le consagraban con su armonía corpórea y la pulcra belleza cuanto podía inflamar su divino cerebro.

En la disciplina del cuerpo encontró este pueblo heroico su denuedo milagroso y la olímpica calma.

La gimnasia alcanzó allí á un grado de perfección que no hallamos ya más: era racional y sistemática.

El gimnasta no sólo conducía los ejercicios; sabía á fondo sus efectos fisiológicos. Ningún personaje importaba tanto al Estado: ¿no multiplicaba acaso hijos de dioses?

Después de observar al joven bajo su cargo, le decía: «Enséñame tu tórax, las espaldas y las caderas, para prescribirte el ejercicio que más necesitas.»

Desarrollados los músculos deficientes, se iniciaba á ejercicios más complejos. Adquiría, una vez terminada esta preparación, esa apostura altiva, seria y majestuosa; la donosura sencilla y pura que transpiran los jóvenes héroes de los juegos. ¡Qué animación, cuál entusiasmo retratan las facciones delicadas, suaves, de esas mentes aun inaccesibles á la malicia! Se dominan con el pensamiento casi hierático de expresar mayor suma de voluntad y belleza.

Ved el *Apoxyomenos* de Lissippo. El mancebo acaba de terminar la lucha. Se está quitando el sudor, el aceite y el polvo que recubren su cuerpo, el más bello entre los bellos. Á pesar de la reciente victoria, un orgullo tranquilo diviniza su viril destreza y la imperturbable confianza en sí mismo.

¡Así gozan de sus triunfos los magnánimos! Sin pasar por la Estigia, la corona de olivos lo ha inmortalizado. Dos mil años han pasado desde que el pensativo atleta se detuvo en el momento casi religioso de la victoria para ser comentado en mármol por Lissippo. En la época de Pausanias, historiador al que tenemos de consultar continuamente cuando se trata de estos espíritus claros y lúcidos, existían 230 estatuas de jóvenes triunfadores en la vía Olimpia. El número ha menguado de un modo considerable á causa del saqueo perpetrado en diversas ocasiones por legionarios romanos. Á Lissippo cupo esculpir una multitud, una sacra cohorte de estos Victorios á quienes sólo faltaban las alas para elevarse bien alto en el azur.

El arte ha inmortalizado cada uno de los juegos.

Observad el *Discóbolo* del Vaticano alzando el disco.

¡Qué musculatura maravillosa blasona este cuerpo casto! No podemos concebirlo sino de humor reposado, alegre, sano. Rebosa de esa peculiar ecuanimidad que ignorará siempre la tragedia y *morbidezza* de la vida.

¡Radioso garzón que embellece cuanto toca y realiza con la potestad de la constancia sus levantadas aspiraciones!

En el *Doriforo* de Policleto se refleja la conciencia del propio valer en fuerza y euritmia corporal. Las proporciones de esta estatua sirven de modelo á generaciones de artistas.

No obstante el desnudo, uno lleva de estas visiones poemas genuinos de belleza física, purísimas sugerencias. La castidad—entiendo con el epicúreo *Mario* de Walter Pater—, la castidad de los hombres y de las mujeres, con todas las condiciones que le son propias, es la cosa más bella de la tierra y la más verídica conservación de la energía creadora mediante la cual fueron traídos al mundo. Exaltan á la virtud, á la sobriedad, á la sangre fría estas imágenes viriles. El sacrificio de la mollicie en aras de la energía y de la belleza, parece ser el pensar de sus inmensas frentes. *Lux cendentibus virtus.*

Completamente desnudos se presentaban á los ejercicios y á los juegos públicos. Con ello se proponían tornarlos indiferentes á toda mudanza atmosférica. En el fondo de esta preocupación del físico estaba el más nervioso y vibrante patriotismo. Tanto Solón como Licurgo, excelsos legisladores, buscaban la creación de una población habituada tanto al ardor estival como á los niveos fríos.

La gimnasia cuidaba del desarrollo de la agilidad, resistencia y gracia en el joven. El *pentathlon* formaba el alma de este arte. Componíanlo cinco ejercicios: el salto, la lucha, la carrera, el disco y la flecha.

En la Elida encantadora se reunían los helenos cada cuatro años para vigorizar el vínculo étnico en una grandiosa solemnidad. Glorificábase allí el

cuerpo y el espíritu. Al pie del bosque sagrado, que hermosea aún el Olimpo, se celebraban «los juegos». La tregua de Zeus realizaba la serenidad espiritual de este pueblo. La multitud se miraba como en un espejo en esta juventud electa, la «Victoria Aptera» de la nave del Estado. Bajo su mirar atento disputábanse los divinales modelos de nerviosidad equilibrada y esbeltez suprema, la corona de olivo silvestre y la victoriosa palma. Frenética la muchedumbre, renovaba en carne viva sus emociones de las Panateneas. Un *peplos* viviente formaba el incomparable espectáculo hecho de alegría física, tranquilidad y la hermosura masculina en todo su apogeo.

Al venturoso vencedor, al Olimpionikes, decretábanle una estatua en el recinto sagrado.

Seguido del pueblo delirante, iba al templo á dar gracias á los dioses y á ofrecerles el sacrificio. Con un banquete concluía la apoteosis.

Píndaro celebraba el acontecimiento en sus odas á los vencedores. Oid las estrofas melodiosas: «Vencer en los combates de la lucha y la carrera, conquistar con fuerza y audacia las más bellas recompensas, y en la vida ver al hijo ceñido de coronas píticas; he ahí la felicidad que gusta ponderar al sabio. Quien la alcanza no es, á decir verdad, el igual de los dioses, el cielo no le abrirá sus puertas de bronce, mas ha tocado el límite de la dicha humana, su trirreme le ha llevado á los confines de la ventura posible, pues vía alguna de

la tierra ó del mar conduce á las playas de los Hiperbóreos. Sólo Perseo penetró en ellas» (1).

Desde aquí en adelante preciso será acercar el luminoso efebo de un dulce mirar que no excluye la prepotencia del carácter, el Hermes praxiteliano, exhumado en el Heraión.

Descienden de una misma raza soberbia: Herakles, Prometeo, Perseo, Jansón, Héctor, pueden contarse entre sus antepasados.

Si les cupiera asediar á Troya, serían Aquiles, Patrocles; en la *Eneida* resplandecerían junto á Eneas con la gracia y el arrebató de Nicias y Euriale, prototipos de amistad fraterna.

Imposible fijar la vista sobre dos ejemplares más maravillosamente cumplidos de seducción y elegancia.

El cuño de estos caballeros de la hora prima es de un atildamiento innato, expresivo de sublimes excelencias. Hermes se apoya sobre un tronco de un árbol, donde reposa también la flotante clámide. Medio inclina la cerviz hacia el niño sonriente, jugueteón, extasiado en la propinqua amistad con el infante demiurgo. Entre la inocencia del uno y la del otro, no caben diferencias esenciales, sino gradaciones de matices. Aun la insidiosa Furia no ha conseguido arrebatarlo á la dirección é impulso de la vida informe.

Mira la calma que alborea á su alrededor como

(1) Píndaro, X Oda *Pytia*.

nimbo de la aurora. Fija tu atención en cuanto no alcanza á dilucidar el vocablo. Admira y enmudece.

Éstos fueron reyes de la Naturaleza consciente como el león lo es del reino animal; el roble, del vegetal, y el diamante, del mineral.

¡Adorémoste, síntesis zahori de la juventud: tus pródidas expansiones, tu sentido de la vida, tu empuje, tu idealidad elegante y tu encanto arrobador!

Desde la alteza de sus plintos, parlan en un lirismo breve del divino esfuerzo que les ha discernido el éxito:

«Con estos órganos diestros, con esta garganta, con este diafragma, con esa frente casi rectilínea, soy capaz de cuanto puede exigirse de un mortal. Tú venciste: pureza, sobriedad, férreo propósito.»

Se ilumina mi imaginación, el recuerdo la enciende. Me alcanzan vino de Chipre para librar —entre las espirales de la mirra que sube alto, muy alto— el corderito ofrendado á las potencias creadoras, en holocausto á las bellezas fugitivas del microcosmos.

La realidad helena es nuestro sueño visionario y penoso.

¡Oh tú, divino pueblo mío, donde todo prodigó madurez! Depara á mi espíritu un estello en tu pentélico ambiente.

Aléjame de todo *devenir* que no sea el tuyo.

Devuelve á mis músculos rendidos el módulo primal.

Mi amor traspasa toda razón.

Permiteme, pueblo bien amado, apoyarme contra algún sarcófago esculpido.

Acaso levantando el viento las telas ligeras con que para aproximarte exorné mi cuerpo, Aquilón, cediendo á mi ruego, confunda la orla transparente con las molduras corintias, y quede allí extático en sereno abandono, entre ánforas y lámparas de aceite balsámico.

Así me veo en tus prados de astodelios y amapolas, junto á los iniciados del Misterio Eleusiano.

El ebúrneo portal gira sobre sus goznes estridentes.

Las antorchas crepitan.

Melódico himno ondula el éter.

Bien amada de las islas Venturosa, ven: el hogar de Psiquis te espera.

Pétalos de rosa lo alfombran y perfuman.

La ondulada línea del Océano bordea la gran turquesa del cielo.

Tornasolados fulgores modulan escenas extraordinarias.

¡Os amo, os adoro, serenantes recuerdos!

Á bordo del *Orcona*, Mayo de 1911.

FIN

INDICE

	Págs.
LA NOVELA DEL RENACIMIENTO.	
<i>Predmbulo.</i>	v
I.—Lo que significaba el arte á la sazón.	7
II.—Lo que nos dicen algunos cuadros.	13
III.—La época: cómo se vivía de prisa y estéticamente.	22
IV.—Filosofía del arte.	48
 LA FUENTE ENVENENADA.	
<i>Á guisa de predmbulo.</i>	61
I.—Paris.	63
II.—El suplicio del amor.	66
III.—Un misterio.	77
IV.—La calma destructa.	80
V.—Davos.	90
VI.—El sacrificio.	93
VII.—Aparente serenidad.	101
VIII.—La fe.	103
IX.—La carne.	109
X.—La dicha.	112
XI.—La muerte.	114
<i>Epitlogo.</i>	120

VARIOS.

Poesía de una estancia.	127
Marcos, amador de la belleza.	155
La melancolía de Arturo Cordell.	161
Fantin.	169
Una oración.	175
Historia de una cruz.	179
Una escena de la última guerra civil.	183
Reminiscencias.	189
Hogar.	199
La muerte del filósofo.	205
Hiera Odos.	209

OBRAS DE V. BLASCO IBÁÑEZ

- En el país del arte** (Tres meses en Italia).—*1'50 ptas.*
Cuentos valencianos.—*Una peseta.*
La Condenada (cuentos).—*Una peseta.*
Arroz y tartana (novela).—*Tres pesetas.*
Flor de Mayo (novela).—*Tres pesetas.*
La Barraca (novela).—*Tres pesetas.*
Entre naranjos (novela).—*Tres pesetas.*
Sónnica la cortesana (novela).—*Tres pesetas.*
Cafías y barro (novela).—*Tres pesetas.*
La Catedral (novela).—*Tres pesetas.*
El Intruso (novela).—*Tres pesetas.*
La Bodega (novela).—*Tres pesetas.*
La Horda (novela).—*Tres pesetas.*
La maja desnuda (novela).—*Tres pesetas.*
Oriente (viajes).—*Tres pesetas.*
Sangre y arena (novela).—*Tres pesetas.*
Los muertos mandan (novela).—*Tres pesetas.*
Luna Benamor (novela).—*Tres pesetas.*

ARGENTINA Y SUS GRANDEZAS

(SEGUNDA EDICIÓN)

Precio: 25 pesetas

C. O. BUNGE

Profesor en las Universidades de Buenos Aires y La Plata

LA EDUCACIÓN

Forma un abultado volumen en 4.º de cerca de 600 páginas, y es un acabado estudio de todos los sistemas de educación conocidos desde los tiempos primitivos hasta nuestros días.

Precio: 6 pesetas

BIBLIOTECA CIENTÍFICA

OBRAS PUBLICADAS

- Ernesto HÆCKEL.**—*Historia de la Creación de los seres según las leyes naturales.*—Obra ilustrada con grabados.—Dos tomos en 4.º
- P. LANFREY.**—*Historia política de los Papas.*—Traducción, prólogo y continuación hasta Pío X, por J. Ferrándiz.—Un tomo en 4.º
- A. RENDA.**—*El destino de las dinastías.* (La herencia morbosa en las Casas Reales).—Un tomo en 4.º
- J. FOLA IGÚRBIDE.**—*Revelaciones científicas que comprenden á todos los conocimientos humanos.*—Un tomo en 4.º
- David-Federico STRAUSS.**—*Nueva vida de Jesús.*—Traducción de José Ferrándiz.—Dos tomos en 4.º
- P. J. PROUDHON.**—*De la creación del orden en la humanidad ó principios de organización política.*—Un tomo en 4.º
- José INGEGNIEROS.**—*Histeria y Sugestión.* (Estudios de Psicología clínica).—Un tomo en 4.º
- José INGEGNIEROS.**—*Simulación de la locura ante la Criminología, la Medicina Legal y la Psiquiatría.*—Un tomo en 4.º
- Luis BUCHNER.**—*La vida psíquica de las bestias.*—Un tomo en 4.º
- Augusto DIDE.**—*El fin de las religiones.*—Un tomo en 4.º
- Rafael ALTAMIRA.**—*España en América.*—Un tomo en 4.º
- C. O. BUNGE.**—*La Educación.*—Un tomo en 4.º de cerca de 600 páginas: Seis pesetas.

CARMEN DE BURGOS

GIACOMO LEOPARDI

(SU VIDA Y SUS OBRAS)

Primera obra escrita en castellano que se ocupa con extensión de la inmensa y fecunda labor literaria del poeta de Recanati, juzgada con entusiasmos elogios por los principales críticos españoles y extranjeros.

Dos tomos en 4.º: 6 pesetas

Clorinda Matto de Turner

VIAJE DE RECREO

(España, Francia, Inglaterra, Italia, Alemania y Suiza)

Obra póstuma de la insigne escritora peruana, en la que describe sus impresiones de viaje por los citados países.

Un volumen en 4.º, impreso en papel satinado é ilustrado con más de 250 grabados.

Precio: 5 pesetas

HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

POR J. MICHELET

Ilustrada con más de 1.000 grabados reproduciendo escenas de la Revolución, cuadros, estatuas, retratos, estampas, medallas, sellos, armas, trajes, caricaturas y modas de la época.—Traducida por primera vez del francés.—Traducción y prólogo de V. Blasco Ibáñez.

Tres gruesos volúmenes encuadernados en tela, á 10 pesetas cada uno.

HISTORIA SOCIALISTA

POR JUAN JAURÉS

Esta obra acabamos de ponerla á la venta y se compone de 73 cuadernos, que forman cuatro abultados tomos, impresos en excelente papel satinado é ilustrados con numerosos grabados. La encuadernación es lujosa y sólida, llevando en la cubierta una artística plancha dorada.

Precio de los cuatro tomos encuadernados, 40 pesetas

También se sirve por cuadernos de 40 páginas, al precio de DOS REALES cada uno.

